

HISTORIA ECLESIASTICA

Eusebio de Cesarea

(Concluida alrededor del año 325)

INTRODUCCION

I. EUSEBIO DE CESAREA

1. Fuentes de su vida

Una personalidad como la de Eusebio en el campo de las letras cristianas y, sobre todo, en el de la historia de la Iglesia, bien merecía una «vida» que satisficiera nuestra curiosidad por el «hombre», puesto que las obras, al menos en su mayor parte, nos son bien conocidas.

Una «vida» existió. El discípulo y sucesor de Eusebio en la sede cesariense, Acacio (350-366), la compuso después de la muerte de su maestro. Pero debió de perderse muy pronto.

Nuestras fuentes de información, por consiguiente, quedan reducidas a unas cuantas noticias que podemos encontrar, además de en San Jerónimo, dispersas en las cartas de Alejandro de Alejandría, en las obras de San Atanasio, de Eusebio de Emesa y de Eusebio de Nicomedia, en las actas de los concilios, en las obras de sus propios continuadores en la historiografía eclesiástica: Sócrates, Sozomeno, Teodoreto, Filostorgo, Gelasio de Cícico, etc., sin olvidar alguna fuente más tardía, como el proceso verbal del concilio de Nicea II y los Antiherética, del patriarca constantinopolitano Nicéforo.

Pero sobre todo nos quedan las propias obras de Eusebio, en las que se pueden espigar no pocos e importantes datos, aunque, naturalmente, no sean completos. Eusebio tenía algunas costumbres, excelentes desde este punto de vista; por ejemplo: prologar y dedicar sus obras, lo que nos permite disponer de algunos indicadores que indirectamente nos ayudan a jalonar su carrera y a discernir la orientación de sus simpatías personales, particularmente en materia doctrinal. Pareja ayuda nos presta cuando alude a las vicisitudes de su vida pasada o menciona los títulos de sus obras anteriores o copia de ellas largas tiradas, cosa en que no tiene el menor reparo.

Es una lástima que de su epistolario no quede apenas más que fragmentos dispares,

conservados casi por pura casualidad, cuando él mismo se preocupó de reunir una colección, lo más completa posible, de las cartas de Orígenes, y basó gran parte de la documentación de su Historia eclesiástica, según se verá, en autorizadas colecciones de cartas, que de esa manera se salvaron para la posteridad.

De las cartas recibidas por él apenas tenemos referencias, si exceptuamos las que él mismo dice que le escribió el emperador Constantino y que reproduce cuidadosamente en su De vita Constantini.

La biografía de Eusebio ha ido tomando forma a medida que todas estas fuentes han sido explotadas en una elaboración secular que va de Valois y Tillemont en el siglo XVII hasta Sirinelli y Wallace-Hadrill últimamente, pasando por las extraordinarias figuras de Lightfoot, Schwartz, Harnack, Lawlor, etc. Ellos son nuestros grandes acreedores.

2. Primeros años y actividad hasta la gran persecución

Al comenzar a estudiar la vida de Eusebio y querer fijar la fecha de su nacimiento, hay que contar con la expresión καθ' ἡμᾶς, que, por indicar los hechos ocurridos después del nacimiento del autor que la usa o las personas que aún vivían cuando él nació, nos permite una aproximación bastante estimable.

Gracias a esa clave se ha podido fijar la fecha del nacimiento de Eusebio entre los años 160 y 164. Efectivamente, en su Historia eclesiástica, después de haber contado la persecución de Valeriano (258-260) y de haber establecido todo un catálogo de las obras de Dionisio de Alejandría, como si se tratara de cosas pasadas, advierte expresamente que en adelante va a narrar lo acontecido en su propia generación, indicado con la expresión καθ' ἡμᾶς.

Y lo primero que sitúa ya en su propia generación es la intervención de su admirado obispo de Alejandría, Dionisio, en la polémica contra Pablo de Samosata, sucesor de Demetriano en la sede antioquina, y en el concilio reunido en Antioquía para refutar sus errores. La enfermedad no le permite a Dionisio asistir personalmente, pero envía sus cartas con su opinión, y muere en 264 o 265.

Por consiguiente, el nacimiento de Eusebio debe fijarse entre las fechas indicadas.

No es más fácil determinar en dónde nació. «Eusebio de Palestina» le llaman algunos,

«Eusebio de Cesárea», la gran mayoría, comenzando por sus contemporáneos. Pero hasta el gran precursor del humanismo renacentista, Teodoro Metoquita (1260/61-1332), nadie señala expresamente que la patria de Eusebio haya sido Cesárea.

La expresión «de Cesárea» después del nombre es un recurso de los contemporáneos, que la emplean para distinguir a nuestro Eusebio de su homónimo, el influyente obispo de Nicomedia, y esta otra del mismo Eusebio *την ἡμετέραν πόλιν*, escrita cuando ya era obispo de Cesárea, puede no indicar más que la sede episcopal. Una cosa es cierta, sin embargo: que Eusebio, si no nació en Cesárea, la ciudad romana de Palestina más importante, al menos pasó en ella de hecho casi toda su vida. Los viajes que realizó y la posible ausencia por algún tiempo para asistir a las lecciones del sabio presbítero antioqueno Doroteo, en los días de Cirilo de Antioquía, último obispo antes de la gran persecución, no aminoran en nada el alcance de la afirmación. El hecho de que se le hiciera obispo de la ciudad, habida cuenta de la práctica vigente en aquella época, basta para darlo por confirmado.

Pero no sólo es incierta la patria. Mayor es aún la oscuridad reinante acerca de su familia. A pesar de vivir en Palestina, no es probable que fuera judía, de lo contrario no se comprendería muy bien la actitud de Eusebio frente a los judíos cada vez que tiene que enjuiciarlos. Seguramente se trataba de una familia de origen griego o muy helenizada. Tampoco es posible determinar con certeza si los padres eran cristianos o no. Harnack se inclina por la afirmativa. Es extraño, sin embargo, que Eusebio, siguiendo su costumbre de dar a entender al lector cuanto le puede favorecer, no haya dejado caer en alguna parte de su obra alguna referencia a la circunstancia de proceder de unos padres ya cristianos, circunstancia tan estimada en su tiempo, según sugiere él mismo al hablar de Orígenes, aunque tampoco alude en ninguna parte a una conversión, circunstancia autobiográfica explotada también por algunos Padres que le habían precedido, como Justino, Clemente, Cipriano, etcétera. Eusebio, con todo, parece haber crecido en un ambiente bastante cristiano — su mismo nombre sería también un indicio — y es posible que al menos su madre fuera cristiana. Por lo pronto, en Cesárea y en ese ambiente es donde Eusebio nació a la fe, se instruyó y se formó para llevar a cabo su gran obra.

Pero si hallamos la base cristiana de esta formación en ese ambiente, su prosecución y los medios materiales que la harían posible, así como el apoyo, la dirección y el ejemplo vivo se

debieron al hombre que polarizará toda su admiración y todo su afecto agradecido, al menos durante la primera mitad de su vida: Pánfilo.

Oriundo de Berito, en Fenicia —hoy Beirut—, de noble y acomodada familia, Pánfilo se había formado en Alejandría, empapándose del ideal origeniano en su triple dimensión: filosófica, exe-gética y ascética, y de sus métodos, quizás bajo la dirección del ilustre presbítero alejandrino Pierio.

Vuelto a su patria y después de desempeñar, al parecer, algunos cargos públicos, se trasladó a Cesárea, de cuya iglesia fue ordenado presbítero, donde fundó una escuela de investigación. Quizás el traslado, la ordenación y la fundación de la escuela se hallen estrechamente ligados entre sí y tengan la misma causa: el obispo Agapio. Después de una serie de obispos discípulos de Orígenes — Teoctisto, Domnino, Teotecno y el electo Anatolio—, todos ellos sobresalientes por sus dotes intelectuales, es elegido obispo de Cesárea Agapio, de quien Eusebio no puede elogi- ar más que el celo pastoral y su generosidad para con los pobres, pero no las cualidades que había exaltado en los otros, lo que hace sospechar que el mismo Agapio, consciente de sus limi- taciones, decidió encargar el cuidado del legado origeniano a otro más capacitado que él. El hombre ideal por todos los conceptos era Pánfilo. No podemos saber si lo llamó o se presentó él mismo siguiendo, quizás, las huellas de Orígenes; lo cierto es que Agapio, después de ordenarlo presbítero, supo sacar de él el máximo partido.

Puesto al frente de la biblioteca de Orígenes, Pánfilo parece que continuó el trabajo de éste, tratando principalmente de reorganizar y completar la biblioteca y, mediante los métodos filoló- gicos aprendidos en Alejandría, sobre todo a base de copiar, colacionar y corregir los manuscri- tos de los libros escriturísticos y las obras origenianas (entre ellas las Hexaplas, o al menos las Tetraplas del Antiguo Testamento), reconstruir y fijar el texto de la Biblia según Orígenes. Le ayudan en este trabajo su joven criado y a la vez auténtico «hijo espiritual», Porfirio, notable calígrafo, y otros dos jóvenes, Afiano y Edesio, medio hermanos, de noble y rica familia de Gaga, en Licia, y excelentemente preparados en las ciencias jurídicas y filosóficas por las escuelas de Berito. Habiendo entrado en contacto con él, habían quedado cautivados por su personalidad y le habían seguido incondicionalmente hasta la misma Cesárea, en donde continuarán trabajando juntos hasta que les alcance el martirio.

Un día, no sabemos cuándo, se les juntó Eusebio. Su encuentro con el maestro lo describirá así: «En su tiempo (de Agapio) conocimos a Pánfilo, hombre distinguidísimo, verdadero filósofo por su vida misma y considerado digno del presbiterado de la comunidad local». Es la misma expresión que utilizará igualmente para describir su primer encuentro —aunque desde más lejos— con el otro hombre que más tarde acaparará también su admiración, Constantino: «Así lo conocimos también nosotros, cuando atravesaba la nación de Palestina en compañía del más antiguo de los emperadores».

Esta similitud de expresiones para relatar acontecimientos tan capitales y decisivos para él nos ayudará a comprender y a no tomar en sentido estricto, porque no se compaginaria con aquellas, esta otra en que llama a Pánfilo «mi señor» y que hizo pensar a Focio que Eusebio podía haber sido esclavo de Pánfilo, quien lo habría emancipado, hecho que vendría a ser confirmado por el genitivo posesivo του Παμφίλου que acompaña al nombre de Eusebio en el encabezamiento de sus obras ya desde tiempos de San Jerónimo y que hace también que Nicéforo Calixto le tenga por sobrino de Pánfilo. La expresión «mi señor», «mi dueño», con el acento enfático con que Eusebio la utiliza, expresa sin más su devoción y entrega al maestro. Es la misma con que a él le llama su tocayo el de Nicomedia, de quien Arrio le hace, además, hermano. En cuanto al genitivo του Παμφίλου —que, si no lo adoptó él, por lo menos lo aceptó—, responde perfectamente a la costumbre de los escritores y eruditos helenistas de añadir al propio nombre un distintivo. Eusebio habría escogido el nombre de su amigo y admirado y querido modelo de toda virtud.

Tampoco sabemos si, cuando se incorporó al grupo de Pánfilo, Eusebio había sido ya ordenado presbítero. Es muy probable que fuera el propio Agapio quien lo ordenase, como había hecho con el mismo Pánfilo.

Juntos formaron algo más que un equipo eficaz de trabajo. A todos les unía la misma pasión por el estudio, el mismo amor a las Sagradas Escrituras, pero sobre todo el mismo ideal de vida cristiana en la línea trazada por Orígenes: como él y sus discípulos, según parece, llevaban vida común y formaban como una familia en la misma casa.

La actividad del grupo, bajo la dirección y responsabilidad —incluso económica— de Pánfilo, se centraba particularmente, como ya dijimos, en la restauración y ampliación de la biblioteca origeniana y en la fijación del texto bíblico, que luego, bien garantizado, podía copiarse y ser

enviado a otras iglesias. En algunos manuscritos bíblicos se han conservado testimonios de este trabajo, y concretamente de la intervención personal de Eusebio.

Pero todo este trabajo de revisión, de exégesis y de crítica, con toda su problemática, exigía un campo de lectura y estudio mucho más vasto. Pronto formaron parte del programa las obras de los autores cristianos —ortodoxos y heréticos—, de los judíos y de los paganos, así como los documentos de todo orden que podían servir a sus preocupaciones exegéticas, apologéticas o históricas.

Por los resultados podemos afirmar que Eusebio se especializó en este tipo de trabajo. Naturalmente, no podía llevarlo a cabo sin una buena biblioteca. La de Cesárea, iniciada por Orígenes y ampliada gracias a los afanes de Pánfilo y de sus colaboradores, disponía de los elementos más fundamentales. Sin embargo, Eusebio buscó nuevas fuentes de información en otras bibliotecas, según se desprende de sus obras, y sin duda fue esto lo que motivó sus raras salidas fuera de Cesárea antes de la persecución.

Poco a poco fue acumulando Eusebio un material exegético, apologético e histórico incomparable, casi todo él de primera mano, proveniente de autores paganos, judíos y, sobre todo, cristianos. Llegado el momento oportuno, todo este material fue tomando forma concreta en obras propias o en colaboración con Pánfilo, algunas de las cuales estaban ya terminadas o muy avanzadas cuando comenzó la gran persecución.

Dejando aparte la Historia eclesiástica, de la que nos ocuparemos luego en particular, citaremos la Crónica. Se componía de dos partes, la primera de las cuales presentaba en prosa seguida un resumen de la historia general, y la segunda ofrecía en columnas sincrónicas la cronología de los hechos históricos, profanos y bíblicos, reducidos a breves notas. Ninguna de las dos partes se conserva en el griego original, salvo algún que otro fragmento, pero se ha conservado completa en una versión armenia, y la segunda parte también en versión latina realizada por San Jerónimo. Aunque un poco alejadas del original, por estar hechas sobre revisiones posteriores y muy elaboradas, estas versiones nos permiten, no obstante, hacernos del mismo una idea bastante aproximada. Así podemos comprobar que las breves notas históricas de la segunda parte se hallan ampliadas en la Historia eclesiástica y que toda la Crónica, igual que sus otras obras preñadas, está inspirada por la misma preocupación apologética que había inspirado a los grandes

apologistas y a los mejores cronógrafos que le habían precedido y servido de guía, especialmente Sexto Julio Africano.

A la misma época pertenece la obra titulada Introducción general elemental que constaba de diez libros, de los que no se conservan más que cuatro (VI-IX) formando parte de otra obra, algo posterior, titulada Eclogae prophetae.

3. Desde la gran persecución hasta el Concilio de Nicea (325)

El 23 de febrero de 303 estallaba en Nicomedia la gran persecución contra los cristianos. Al día siguiente se promulgaba el edicto imperial que la legalizaba. A Cesárea de Palestina llegó casi a fines de marzo, pero hasta el 7 de junio en que muere mártir Procopio de Escitópolis, de quien Eusebio dice que fue el primer mártir de Palestina, no parece que la persecución fuera muy cruenta. A partir de entonces hubo algunas víctimas, como Zaqueo y Alfeo, martirizados el 17 de noviembre del mismo 303; pero hay que esperar a la publicación del cuarto edicto en 304, y sobre todo a la elevación de Maximino Daza a la dignidad de César en 305, para ver recrudecerse la persecución y aumentar el número de víctimas, no pocas de las cuales se presentaron espontáneamente al gobernador, como lo hizo el compañero de Eusebio, Afiano, ejecutado el 2 de abril de 306. En general, el rigor de la aplicación de los edictos se ve que dependía del celo y hasta de la venalidad de las autoridades locales y del mayor o menor influjo directo de los emperadores.

En Cesárea de Palestina se dejaron sentir estos vaivenes de la persecución. Fue en uno de esos momentos de recrudecimiento, en noviembre de 307, cuando Pánfilo fue detenido y encarcelado. Su ejecución no tendrá lugar hasta tres años más tarde, el 16 de febrero de 310, en medio de un nuevo recrudecimiento de la persecución iniciado el 309, obra quizás del mismo gobernador Firmiliano, que los juzgó y condenó a la pena capital.

¿Cómo atravesó Eusebio la tormenta? No lo sabemos. Podemos afirmar solamente que durante la persecución se ausentó dos veces de Cesárea, sin que sepamos en qué momento —quizás en los comienzos; acaso tras la muerte de Pánfilo— ni por cuánto tiempo ni por qué motivos. Lo cierto es que en Tiro asistió personalmente a los combates de algunos mártires, y en la Tebaida de Egipto fue testigo ocular de ejecuciones masivas de cristianos. ¿Estuvo también Eusebio encarcelado allí, junto con el futuro acérrimo defensor de Atanasio, Potamón de Heraclea de

Egipto? Así parece afirmarlo éste cuando en el concilio de Tiro de 335 le echa en cara a Eusebio el haber escapado con vida y con absoluta integridad física, mientras él, Potamón, había salido de la prueba «en defensa de la verdad» con un ojo de menos. El precio pagado por Eusebio, según él, habría sido la apostasía, real o simulada; así parece confirmarlo San Atanasio al aludir a este episodio y concretar la acusación en «haber sacrificado», aunque no parece muy convencido. Focio, en cambio, parece afirmar que Eusebio estuvo preso juntamente con Pánfilo; por consiguiente, en la misma Cesárea de Palestina. Lo más probable, de ser cierto su encarcelamiento, es que éste hubiera tenido lugar, efectivamente, en Cesárea, lo cual no contradice a la afirmación de Potamón si éste se encontraba entre los 130 confesores egipcios que en el verano u otoño de 308 pasaron por Cesárea camino de las minas de Palestina y que ya llegaban mutilados, unos en los ojos y otros en los pies: el obispo de Heraclea se enteraría de quiénes se hallaban también allí presos, sobre todo de las personas más destacadas, entre las cuales se contaban, naturalmente, Pánfilo y Eusebio.

Efectivamente, fue durante la prisión de Pánfilo cuando compusieron juntos cinco libros de la Apología de Orígenes, a los que, muerto ya Pánfilo, Eusebio añadirá el sexto. Al decir de Focio, los dos compartían la cárcel, aunque esto no significa necesariamente que los dos estaban presos. Eusebio se limita a decir que la compusieron «él y el santo mártir Pánfilo». Por lo demás, bien sabido es que en las épocas en que la persecución amainaba no era infrecuente el contacto y hasta el trato casi normal de los cristianos libres con los que se hallaban presos. En Cesárea la mayor parte de las ejecuciones —y con mayor razón de los arrestos— recaían sobre cristianos que habían provocado con su exceso de celo a las autoridades. Indudablemente, Eusebio, aunque sincero admirador del martirio, no era de éstos. De haber sufrido realmente prisión, lo hubiera él mismo dado a entender más de una vez, como también hubieran aireado y explotado sus enemigos con mucha más frecuencia y saña — sabemos que no se andaban con miramientos— su crimen de cobardía y apostasía si éste hubiera existido fuera de la mente exaltada del fervoroso anti arriano Potamón, para quien no podía haber otro modo de salir con vida de la prisión que mutilado o apóstata. Pero, aun dando por cierta la prisión de Eusebio, pudo salir de ella vivo y gozando de plena integridad física y moral. Así debieron de comprenderlo los fieles de Cesárea cuando, muerto su obispo Agapio —y no mártir—, eligieron a Eusebio para sucederle. Es la mejor prueba

contra la acusación de Potamón y en favor de la conducta de Eusebio durante la persecución. Es poco menos que inconcebible que los cesarienses, aun sabiéndolo culpable, al menos de cobardía, le hubieran elegido obispo, y que su prestigio fuera, como fue, en constante aumento a los ojos de sus propios fieles y ante todos sus contemporáneos, incluidos los adversarios, sin contar ya el hecho de haber sido propuesto para la iglesia de Antioquía en 330, es decir, después del concilio de Nicea, cuyos cánones —a los que él apela para declinar el honor— tan claramente cerraban el camino de la ordenación a los apóstatas.

El 30 de abril de 311, Galerio hacía publicar en Nicomedia el edicto de tolerancia, firmado por los cuatro augustos, que ponía fin a la persecución y permitía a los cristianos el ejercicio libre de su religión. El único en no ponerlo en práctica fue Maximino, pero tampoco se atrevió a continuar la persecución con carácter general, sino que se limitó a sentencias de muerte dictadas aisladamente, siempre «a petición de las ciudades», hasta su derrota por Licinio el 30 de abril de 313.

En Palestina, sin embargo, no hubo ya más ejecuciones, y en Cesárea el último martirio había tenido lugar el 5 de marzo de 310, a bien poca distancia de la ejecución de Pánfilo, ocurrida exactamente el 16 de febrero anterior.

Pronto se dejaron sentir en Oriente, fuera de los dominios de Maximino, los efectos de la política procrisiana de Constantino, seguido de Licinio, y Eusebio lo acusa en las sucesivas reelaboraciones de los últimos libros de su Historia eclesiástica. El mismo Maximino siente la necesidad de librarse de la acusación de perseguidor, curándose en salud, como lo demuestra en la carta que Eusebio nos ha transmitido.

La muerte de Agapio debió de ocurrir entre 313 y 315. Después de los trabajos de Lightfoot y de Schwartz, no cabe admitir como sucesor inmediato de Agapio al Agricolao que aparece en el concilio de Ancira de 314 como obispo de Cesárea (en realidad se trata de Cesárea de Capadocia), por lo que cabe suponer que fue Eusebio quien le sucedió, en fecha que puede fijarse entre 313 y 315.

Este acontecimiento marca un hito importante en la obra literaria de Eusebio. Desde que comenzó la persecución, pese a las dificultades de todo género y a las ausencias, por lo que podemos apreciar desarrolló una enorme actividad intelectual. En cambio, a partir de su consagración

episcopal, hasta bien pasado el concilio de Nicea, encontramos un gran vacío en su obra literaria. No podemos determinar las causas, pero sí cabe suponer que no fue ajeno el ingente trabajo de reconstrucción material y espiritual de su iglesia.

Durante la persecución, y más exactamente durante el encarcelamiento de Pánfilo, hemos visto ya que escribió con él la Apología de Orígenes. De los años de persecución (303-312) datan, asimismo, los 25 libros Contra Porfirio, hoy perdidos salvo algunos fragmentos, y la obra titulada Extractos de los profetas, que incluía los libros VI-IX de la Introducción general elemental, únicos conservados y que, al decir del mismo Eusebio, debían de ser un complemento de la Crónica. Posterior al año 309, aunque no mucho, parece ser también el Comentario al Evangelio de Lucas.

En torno al 311 hay que fijar la reelaboración y ampliación de la Historia eclesiástica y la composición de Los mártires de Palestina, como veremos más en particular, y la adición de los datos correspondientes a los años 304-311 en la Crónica. Lo más probable también es que a estos años de persecución —en todo caso es anterior a 313— pertenezca igualmente la Compilación de antiguos martirios, que recogía documentos y actas de los martirios anteriores a la persecución de Diocleciano; quizás porque gran parte de su contenido se hallaba también en la Historia eclesiástica, se perdió.

De finales de la persecución o de los años inmediatos parece ser la obra apologética Contra Hierocles, escrita para refutar el libro del que fue gobernador de Bitinia y prefecto de Egipto durante la persecución, Hierocles, libro titulado Φιλαληθῆς λόγος, en el que establecía un paralelo entre Jesús y Apolonio de Tiana. El problema lo reasumió Eusebio en la Demostración evangélica, pero con una perspectiva más amplia.

No muy posterior a la muerte de su maestro fue sin duda su Vida de Pánfilo en tres libros, cuya pérdida es lamentable por muchos conceptos, pero más especialmente porque en ella daba Eusebio el catálogo de la biblioteca que Pánfilo había logrado reunir en Cesárea enriqueciendo el fondo formado por las obras de Orígenes.

En torno al año 312 hay que fijar la composición de la obra en dos partes titulada Sobre la discrepancia de los Evangelios o Preguntas y respuestas sobre los Evangelios —dos libros dirigidos a Esteban y uno dirigido a Marino—, de la que quedan solamente fragmentos y un resumen o Epítome que el propio Eusebio hizo posteriormente, después de componer la Demostración

evangélica, y que nos da una idea de la importancia que la obra tenía para la crítica bíblica. Posiblemente pertenecen a la misma época las obras, hoy perdidas o no identificadas, cuyos títulos eran: Sobre la poligamia y progenie numerosa de los antiguos varones, Preparación eclesiástica y Demostración eclesiástica.

Este conjunto de obras, y particularmente la Introducción general elemental, fueron preparando el camino para otras dos obras de mayor envergadura, el díptico formado por los 15 libros de la Preparación evangélica, de una parte, y los 20 de la Demostración evangélica, de otra, aunque, por desgracia, solamente quedan los 10 primeros y un largo fragmento del XVI. Terminada la primera, según todos los indicios, hacia finales del 313 o comienzos del 314, debemos suponer que la otra no tardó en seguirla y que estuvo terminada antes de 318; en todo caso, antes de estallar el conflicto final entre Constantino y Licinio, en 321.

No es posible señalar con absoluta nitidez el itinerario mental seguido por Eusebio al componer todas estas obras, comenzando por la Crónica. Norma suya es resumir los temas de sus producciones anteriores en obras nuevas, incorporándolos a voces literalmente o casi, completándolos, retocándolos y readaptándolos a puntos de vista y perspectivas diferentes, olvidándose en ocasiones de borrar lo que debiera ser eliminado. Sin embargo, podemos llegar a distinguir algunos puntos que jalonan toda la obra como expresión de sus centros de interés en los diversos momentos históricos por que ha atravesado. Sirinelli los resume así: «1) Establecimiento de una cronología que integra a los judíos en el lugar que les corresponde; 2) establecimiento de la relación profética y de la continuidad de los datos religiosos entre los judíos y la Iglesia cristiana; 3) una historia de esta Iglesia cristiana, que desemboca en el relato de sus éxitos definitivos, y, por último, 4) una vuelta a la segunda etapa, pero repensando en ella todo lo adquirido, en función de la victoria presente la historia sirve ahora en ella para justificar la doctrina, en una vasta y combinada visión en que se mezclan argumentos cronológicos, filiación y confrontación de religiones y civilizaciones, y en donde se elabora, conscientemente o no, una imagen de la evolución de la humanidad».

La realización de todo este trabajo requería sobre todo poder disponer de un material inmenso. No cabe duda de que Eusebio tenía recogido ya mucho cuando estalló la persecución, además de lo incluido en las obras ya terminadas. Pero debió de continuar luego, a pesar de las

dificultades, y a un ritmo notable, acentuado naturalmente al llegar la paz. Mas para ello necesitaba disponer de una buena biblioteca. Es casi seguro que las bibliotecas de Cesárea y de Jerusalén no sufrieron detrimento en la borrasca persecutoria y que Eusebio pudo utilizarlas, la primera todo el tiempo, y la segunda, al menos, después de 311.

Apenas consagrado obispo, la actividad científica y literaria de Eusebio parece amainar y hasta casi cesar por completo. En los cuatro lustros que siguen, apenas se pueden situar algunas pequeñas producciones. Cargado con la responsabilidad pastoral, tiene que dedicar su tiempo a la urgentísima tarea de reconstrucción espiritual y material de su iglesia. Su condición de obispo de una ciudad tan importante, que le convertía en metropolitano de Palestina, y su creciente prestigio personal le sacan de su vida retirada y estudiosa y le lanzan a la acción, incluso fuera de los límites de Cesárea.

Con ocasión de la inauguración de la iglesia de Tiro —entre 314 y 318, por señalar las fechas extremas—, acude a esta ciudad invitado por su amigo el obispo Paulino y pronuncia el Panegírico, que luego incorporó a su Historia eclesiástica, en el nuevo libro con que la completó poco después y que dedicó al mismo Paulino de Tiro.

La mayoría de los historiadores consideran el año 318 como punto de partida del arrianismo. En todo caso no se puede retrasar a más acá de 323. Aunque Eusebio no había estado relacionado personalmente con Luciano de Antioquía, a cuyo magisterio apela Arrio, sin embargo, la afinidad de ideas teológicas, y sobre todo las afinidades personales, le hacen inclinarse del lado de este último cuando fue condenado y excomulgado por los obispos de Egipto reunidos con Alejandro de Alejandría. Si hemos de creer a Eusebio de Nicomedia en su carta a Paulino de Tiro, Eusebio de Cesárea tomó partido en seguida por Arrio. Esta postura suya, que parece estar motivada más por lo que representaba la actitud de Arrio frente al absolutismo alejandrino que por estar convencido de la plena verdad de su doctrina —de hecho, en lo doctrinal Eusebio nunca estuvo del todo por ninguno de los dos partidos—, fue, sin embargo, suficiente para impulsarle a escribir algunas cartas en favor del presbítero alejandrino, con el fin de obtener su rehabilitación. De esta época, efectivamente, son las cartas que escribe al obispo de Balanea, Eufración, y al de Alejandría, Alejandro, de las cuales se citan sendos párrafos en las Actas del concilio de Nicea II. A pesar de ir acompañadas por otras cartas de los obispos de Palestina —Paulino de Tiro y Teodoto

de Laodicea entre ellos—, no lograron el resultado apetecido.

Es entonces cuando Eusebio toma, al parecer, la iniciativa de convocar un sínodo de obispos, que se tiene efectivamente en Palestina —seguramente en Cesárea—, y en el que los obispos congregados acceden a las peticiones de Arrio y de sus partidarios, permitiéndoles reincorporarse a sus funciones ministeriales en Alejandría, pero con la condición de someterse a su obispo Alejandro.

La ocasión de responder se le presentó a Alejandro con la muerte del obispo de Antioquía Filogonio en diciembre de 324. Reunidos los sufragáneos antioquenos para elegir un sucesor, aprovechan la oportunidad para pronunciarse acerca de la doctrina discutida y promulgan una profesión de fe estrictamente anti arriana, en la misma línea que la de Alejandro. Al negarse a suscribirla, Eusebio de Cesárea, Teodoto de Laodicea y Narciso de Neroniade fueron excomulgados, aunque sólo provisionalmente. Efectivamente, la carta sinodal de Antioquía parece suponer que Constantino había convocado ya el concilio de Ancira.

Constantino había quedado dueño absoluto del Imperio tras derrotar a Licinio en septiembre de 324, y uno de sus objetivos más acariciados fue, desde el primer momento, mantener a toda costa la unidad política del Imperio, contra la cual no podían menos de conspirar las contiendas que los cristianos traían entre manos. Primero había tenido que enfrentarse con las disensiones suscitadas en Occidente por los donatistas. Ahora se encontraba con un caso similar en Oriente, por obra de los arrianos. Para con éstos sigue un procedimiento análogo al seguido con aquéllos.

Posiblemente, Constantino se hizo ya presente en el susodicho concilio de Antioquía por medio de Osio, lo que explicaría el resultado que ya hemos visto y la elección de Eustacio de Berea para suceder a Filogonio. Este resultado tan rotundamente unilateral no debió, sin embargo, de convencer a Constantino, a quien no interesaba la victoria de un partido, sino la paz entre todos, y así, antes incluso de disolverse la asamblea de Antioquía, les hizo llegar la convocatoria para un concilio más amplio y representativo que se celebraría en Ancira, lugar que pronto, por razones de clima y, sin duda, también políticas, cambió por Nicea, en Bitinia.

Eusebio debió de realizar el viaje con su amigo Paulino de Tiro, y antes de llegar a Nicea se detuvieron en Ancira y tuvieron alguna intervención pública, como da a entender Marcelo de Ancira.

4. Concilio de Nicea y últimos años

No sabemos en qué disposición de ánimo llegó Eusebio a Nicea, marcado como estaba por la excomunión antioquena. Comúnmente se admite que las sesiones comenzaron entre el 15 y el 20 de mayo de 325, en el palacio imperial de Nicea, bajo la presidencia y dirección del propio emperador Constantino. El viejo problema de quién fue el presidente eclesiástico sigue sin resolver, pero hoy se puede afirmar que en modo alguno pudo ser Eusebio de Cesárea, en contra de lo que parece aseverar Sozomeno, que interpreta mal quizás un pasaje del mismo Eusebio en su De vita Constantini.

Hubo un tiempo en que los autores sobrevaloraron el papel de Eusebio en el desarrollo de este concilio, sobre todo en las discusiones teológicas, basándose fundamentalmente en las supuestas actas del concilio transmitidas por Gelasio de Cícico. La realidad parece haber sido muy otra. El único documento auténtico que nos habla del asunto es su propia Carta a la Iglesia de Cesárea, y en ella es palmario el esfuerzo que hace Eusebio por justificar ante sus diocesanos su decisión final —la firma del documento conciliar—, exagerando el papel que el credo cesariense, presentado y defendido por él, habría tenido en la formulación definitiva de la fe nicena firmada por todos. Según él, lo habría propuesto como base de discusión, y solamente después de mucha resistencia por parte suya se habrían añadido algunos retoques que lo adecuaban mejor para responder al problema arriano, sin por ello correr peligro de sabelianismo, con lo cual, prácticamente, el concilio en pleno habría adoptado su credo bautismal.

Los hechos, con todo, tuvieron sin duda otro cariz. Eusebio, en su calidad de excomulgado, necesitaba a toda costa demostrar la ortodoxia de sus convicciones, y para ello nada más eficaz que presentar el credo que había profesado, junto con toda la comunidad de Cesárea, como laico, como presbítero y como obispo. Aceptada por este camino su defensa, él quedó libre de su excomunión, y los padres conciliares pudieron esquivar la enojosa obligación de tener que confirmar o ratificar la excomunión de uno de los hombres de mayor prestigio intelectual de la asamblea, y que, sin duda, con su respetuosa y moderada actitud, se había ganado el aprecio del emperador. Sin embargo, su firma de la fe de Nicea, que tanto le había costado, quedaba supeditada al mantenimiento fiel de la formulación del concilio, sin posibilidad para nadie de interpretaciones tendenciosas.

Estas interpretaciones, a juicio de Eusebio, no tardaron en llegar, y no solamente sirvieron para enfrentarlo de nuevo con los antiguos adversarios, entre los que ahora destacaban, además, Atanasio y Eustacio de Antioquía, sino también para impulsarle a tomar otra vez la pluma y reanudar su trabajo de investigador y escritor.

Apenas terminado el concilio, inicia una nueva etapa de intensa actividad literaria. De sus controversias con Eustacio quedan solamente simples alusiones en Sócrates, Sozomeno y Teodoreto, pero puede darse como muy probable que a esta época pertenecen el Comentario a Isaías, el Onomásticon, dedicado a Paulino de Tiro, muerto hacia 331, y el tratado Sobre la fiesta de la Pascua, dedicado a Constantino, en que explicaba el significado típico de la pascua judía y su cumplimiento en la pascua cristiana, además de pronunciarse contra la práctica antioquena de celebrarla en domingo. Posiblemente date de esta época también el encargo que le hizo Constantino de cincuenta ejemplares de las Escrituras, cuidadosamente ejecutadas, que destinaba a las iglesias de la nueva capital Constantinopla.

Pero estos años que siguieron a Nicea no fueron años serenos, de sosegada labor en la paz de su biblioteca cesariense. Fueron, por el contrario, años en que tuvo que simultanear su trabajo intelectual con una intensa actividad de política eclesiástica y de polémica doctrinal.

Todavía en 325 o comienzos de 326, Eusebio interviene eficazmente en la deposición de Asclepas de Gaza, uno de los que le habían excomulgado en Antioquía, antes de Nicea. En junio de 328 sube, como sucesor de Alejandro, a la sede de Alejandría, Atanasio, que une sus fuerzas a las de Eustacio de Antioquía. La controversia de éste con Eusebio se agudiza, a la vez que Eusebio de Nicomedia y Teognis de Nicea son repuestos en sus sedes, quizás por influjo de Constancia, y pronto, en 330, la lucha culmina con la reunión de un concilio en Antioquía, en el que toman parte numerosos obispos, entre ellos Eusebio de Cesarea. Los manejos de los arrianos y pro arrianos como Eusebio, que no retrocedían ni siquiera ante la calumnia, dieron resultado, pues lograron la deposición y destierro de Eustacio de Antioquía a Trajanópolis de Tracia.

Eliminado Eustacio, había que buscar un sucesor. Por lo que deja entender Eusebio, el asunto no era fácil, debido al descontento del pueblo antioqueno por la deposición de su obispo. Aunque deja entender que el candidato reclamado era él mismo, lo cierto es que el nombrado fue su amigo Paulino de Tiro, que debió de morir muy pronto, a los seis meses, sucediéndole, quizás como

recurso de compromiso, un tal Eulalio, que tampoco duró mucho, pues murió pronto. La división del pueblo antioqueno se hizo más patente y violenta. El partido que propugnaba la vuelta de Eustacio era fuerte, pero iba contra el parecer del emperador. Por su parte, el partido contrario no debía de ponerse de acuerdo tampoco en cuanto a su propio candidato. Por fin parece que se reunió un número suficiente de votos para pedir al emperador que les diera como obispo a Eusebio de Cesárea. Para éste, dicha elección representaba, sin duda, el mayor triunfo de su carrera eclesiástica, pero supo valorar adecuadamente la gravedad de la situación de la iglesia antioquena y, contentándose con el honor, prefirió declinar la carga aneja —que además le apartaría de sus libros— y renunció, apelando al canon 15 de Nicea. El emperador aceptó la renuncia en carta extremadamente laudatoria, que Eusebio se complace en reproducir junto con las otras referentes al asunto de la elección antioquena.

*Como consecuencia de los desórdenes provocados en Alejandría por arrianos y melecianos, unidos contra Atanasio, el emperador convocó en 333 o 334 un sínodo que debía celebrarse en Cesárea de Palestina —por sugerencia de los arrianos, según Teodoreto—, y en él debía Atanasio justificarse de las acusaciones que se le hacían. Este, sospechando una trampa, no compareció, disculpándose ante el emperador. Entonces Constantino convocó un segundo sínodo que se celebraría en Tiro, y al que deberían comparecer todos, Atanasio incluido, naturalmente, so pena de destierro. Atanasio llegó en junio de 335. Habían pasado exactamente diez años desde Nicea. Pero no llegó solo, pues por los resultados vemos que las fuerzas andaban equilibradas. Menudearon las acusaciones de una parte y de otra, y fue entonces cuando Potamón acusó a Eusebio de apostasía. El concilio, según parece, se disolvió en el mayor desorden; Atanasio marchó a Constantinopla para entrevistarse con el emperador y pedirle justicia, mientras sus enemigos, dueños del campo, dictaban sentencia contra él y enviaban a buscar nuevas pruebas. No podemos determinar el influjo que Eusebio tuvo en todo esto. En su *De vita Constantini* lo pasa por alto y dedica toda su atención a los sucesos de Jerusalén con motivo de las tricennalia de Constantino.*

Constantino quiso realzar la celebración del fausto e inhabitual acontecimiento, que era el poder contar sus treinta años de imperio, con la solemne dedicación de la iglesia del Santo Sepulcro, o de la Resurrección, edificada a su iniciativa y expensas, y ordenó que todos los obispos reunidos en Tiro se trasladasen a Jerusalén para tomar parte en las grandes solemnidades. La

dedicación tuvo lugar el 14 de septiembre de 335 (según el Chronicon paschale habría sido el 17, pero de 334). Es el suceso que acapara toda la atención de Eusebio y, como de costumbre, procura presentársenos como uno de los principales protagonistas del mismo, sobre todo por sus dotes oratorias.

Con este motivo, Eusebio compuso una descripción del templo inaugurado, que dedicó al emperador. Los elementos descriptivos posiblemente quedaron incorporados a su De vita Constantini 3,24ss, y con los teológicos formó la segunda parte (c.II-18) de su De laudibus Constantini, para completar la primera (c. I-10), formada fundamentalmente con el panegírico que había pronunciado en Constantinopla para celebrar las tricennalia de Constantino. Resultado: la obra conocida por De laudibus Constantini, seguiría como apéndice al De vita Constantini, según parece indicar Eusebio mismo, y data, evidentemente, de 335 o 336 a más tardar.

Pero en Jerusalén hubo más que fiestas, discursos y lucimiento personal. En Tiro se había condenado a Atanasio; en Jerusalén, sus enemigos lograron la rehabilitación completa de Arrio, que el emperador quiso imponer al mismo Atanasio. Este, sin embargo, supo maniobrar con suficiente habilidad como para lograr que el emperador convocase de nuevo a los mismos obispos en Constantinopla, mientras su amigo y defensor, Marcelo de Ancira, trataba de desacreditar ante la corte a los eusebianos, especialmente con su escrito contra el sofista Asterio.

Según Schwartz, acudieron como representantes del partido antiatanasiano solamente unos cuantos, entre los cuales se hallaban los dos Eusebios: el de Nicomedia, cabecilla del partido, y el de Cesárea, y fue en esta ocasión cuando el cesariense pronunció su discurso tricenal. Todo es posible, teniendo en cuenta las dificultades, insalvables por el momento, con que se tropieza para una dotación segura. Lo cierto es que Atanasio, bien por influjo de los eusebianos, que cambiaron el contenido de sus acusaciones, bien porque él mismo terminó por chocar personalmente con el emperador, fue desterrado a Tréveris, mientras su amigo se veía depuesto y sustituido por otro en la sede.

Marcelo quedaba depuesto, pero no refutado. De esto encargaron los eusebianos a nuestro Eusebio, quien lo hizo en los dos libros Contra Marcelo y en los tres titulados De la teología eclesiástica, que les siguieron de cerca. Ambas obras dejan mucho que desear, sobre todo en cuanto al método y al logro de su objetivo.

Pocos años le quedaban ya de vida a Eusebio, pero, no obstante, fueron de los más fecundos de su vida literaria. A ellos pertenece sin duda, puesto que menciona la construcción de la iglesia del Santo Sepulcro, el gran Comentario a los salmos, obra de enormes proporciones, aunque se ha perdido en gran parte. También podemos datar de estos últimos años su Teofanía, de cuyo texto original quedan solamente fragmentos, aunque se conserva una traducción siríaca bastante literal.

El 22 de mayo de 337, domingo de Pentecostés, moría Constantino en su villa de Ancirona, cerca de Nicomedia. Eusebio creía tener motivos suficientes para mantener alto el recuerdo del emperador, y en seguida puso manos a la obra de erigirle un monumento literario digno de su grandeza. Así nació la obra conocida comúnmente bajo el título De vita Constantini, equívoco por demás, que no es una biografía, sino un elogio o panegírico fúnebre, con toda la complejidad que lleva consigo este género literario, agudizada por la inserción en él de documentos oficiales, cartas y edictos que pretenden dar plena fe histórica. A l hacerlo, Eusebio cree cumplir un deber sagrado, pero no motivado por razones de amistad o de compromiso áulico —él nunca fue un obispo áulico, hay que reconocerlo—, sino por razones teológicas. En realidad, a pesar de los tópicos usuales que hacen de él poco menos que un rastrero adulador palaciego, el contacto personal de Eusebio con el emperador fue muy escaso y poco propicio para una profundización en la amistad. No debió de pasar mucho más allá de los límites estrictos de la cortesía y de las exigencias oficiales. La confidencia aludida en De vita Constantini I,18 no obsta para la verdad de esta afirmación: nada indica que se tratase de una confidencia exclusiva a Eusebio.

Estos contactos episódicos —incluidos los epistolares, oficiales— podían a lo más halagar la vanidad de Eusebio, pero nada más. Lo que verdaderamente le movió a realizar esta obra hay que buscarlo en otro plano, en el teológico, y más concretamente en el eclesiológico.

Para Eusebio, Constantino realizaba su propio ideal de emperador cristiano como cabeza de la Iglesia en función de vicario de Dios y del Logos. Esta convicción condicionó toda su actitud a la hora de tratar del emperador en todos sus escritos en que debía hablar de él, pero sobre todo en esta obra dedicada a ensalzar sus virtudes; en ella se muestra consumado panegirista en el recto sentido de la palabra. Nadie puede realmente negarle absoluta sinceridad y pleno desinterés.

Sin embargo, poco habría de sobrevivir Eusebio a su admirado emperador; apenas dos años. Sin duda los ocupó en continuar su obra literaria, a pesar de sus setenta años bien pasados, aunque no sepamos qué obras pudo componer en ese tiempo. Tampoco aparece ya su nombre después de 337. En 341, con motivo del concilio reunido en Antioquía para la inauguración de la iglesia del Oro, ya no es él quien representa a la comunidad de Cesárea, sino su sucesor, Acacio. Por otra parte, Sócrates coloca su muerte entre la vuelta de Atanasio a Alejandría en 337 y la muerte de Constantino II, en los primeros meses de 340. Ahora bien, el viejo Martirologio siríaco conmemoraba a Eusebio el 30 de mayo 155. Si esta fecha (no olvidemos que dicho martirologio se compuso apenas cincuenta años después) señala el dies depositionis, Eusebio habría muerto un 30 de mayo, sin duda el anterior a la muerte de Constantino II, es decir, de 339.

Ni la Vida o elogio fúnebre que escribió su discípulo y sucesor en el episcopado cesariense, Acacio, ni su inclusión en el Martirologio siríaco entre los mártires y confesores de Cesárea —en él se incluye también a Arrio—, ni siquiera su merecida fama de escritor extraordinariamente fecundo y polifacético, de la que tantos se aprovecharon, impidieron que, una vez muerto, se perdiese aquel respeto que todos sus coetáneos, incluso adversarios, le profesaron, con la excepción de Potamón, señalada más arriba. Su memoria sufrió vicisitudes muy varias, siendo objeto particularmente de los ataques virulentos de los anti arrianos —los arrianos le hacían suyo—, de los antiorigenistas —siempre había defendido a su maestro, dedicándole incluso una Apología—, y de los anti iconoclastas del concilio de Nicea II —los iconoclastas apelaban a la autoridad de su carta a Constancia—. De poco le sirvieron la tímida defensa que intenta Sócrates o las reticencias del Decreto Gelasio para incluir sus obras entre las proscritas.

En realidad, con el paso de los siglos, sus obras, en la medida que se han salvado, han sido las que mejor han reivindicado su memoria. Siempre se leyeron mucho y se copiaron no poco. Ciertamente, en el Occidente latino se redujeron casi exclusivamente a la Crónica y a la Historia eclesiástica, a través de sus traducciones, hechas, respectivamente, por San Jerónimo y Rufino. Por el contrario, en Oriente no sólo fueron ampliamente utilizadas en el griego original, sino que también fueron en su mayor parte traducidas al siríaco y al armenio. No olvidemos que su obra abarca casi toda la temática del saber teológico y auxiliares, desde la exégesis bíblica y la teología dogmática hasta la topografía y la crítica literaria, pasando por la historia, la apología, la

predicación, el panegírico, etc.

Por otra parte, es un manantial incomparable de documentación para la antigüedad, cristiana y pagana, conservada exclusivamente por él. Como dice De Ghelling, «aparte de la Carta a Diogneto y de los escritos gnósticos coptos, nada se ha encontrado hasta ahora que no figure en forma de mención o de cita en la gran obra de Eusebio de Cesárea. ¿Querrá esto decir que el círculo de esta literatura no se extiende más allá de lo que conocía Eusebio y que ya quedan pocas esperanzas de ver todavía alargarse mucho la lista de los hallazgos? Esto, indudablemente, sería mucho afirmar, pero, hasta ahora, la plenitud de información que manifiestan las páginas tan documentadas de Eusebio nos hace creer que pocas piezas importantes han quedado fuera del ámbito de sus lecturas».

Lo mismo podría decirse de las piezas de literatura profana antigua, de variadísima temática, que de no haber sido por Eusebio se habrían perdido irremediablemente en su totalidad. La humanidad culta debe estarle sumamente agradecida. Por otra parte, como dice Lightfoot, «dejando aparte su doctrina, Eusebio merece el más alto crédito por su inteligente selección de los temas. Ningún escritor ha mostrado nunca una penetración más aguda en la elección de los temas que podrían tener un interés permanente para las futuras generaciones. Vivía en los confines de dos épocas, separadas una de otra por una de esas anchas líneas de demarcación que sólo aparecen con intervalo de varios siglos. Eusebio vio la magnitud de la crisis y se apoderó de la oportunidad. El, y solamente él, preservó el pasado en todas sus fases, en historia, en doctrina, en criticismo, incluso en topografía, para instrucción del futuro».

Su estilo, como bien dice Focio, «no es agradable ni brillante», y con mucha frecuencia el material acumulado le desborda, le domina y le hace ser prolijo, confundirse y hasta caer en contradicción; pero, en conjunto, el tema sale, finalmente, airoso de la prueba y deja en los lectores una idea clara de lo que el autor había pretendido transmitirles, sobre todo cuando se trata de temas apologéticos, que sin duda son, ya por la época en que vivió, ya por sus circunstancias personales, los temas que más extensa e intensamente cultivó. Temas directamente apologéticos o tratados con miras apologéticas, como son los históricos, pues, como bien dice Sirinelli, «en las mismas obras que parecen ser simples compilaciones, como los Cánones, aparecen trasfondos de pensamiento apologético o polémico, y nunca la historia es en Eusebio, sean cuales fueren sus

escrúpulos y su amor a la verdad, el simple proceso verbal de su documentación».

II. LA HISTORIA ECLESIASTICA

I. Eusebio y la «Historia»

*Fue tesis de K. Hase que la historiografía eclesiástica no comenzó con Eusebio, sino con las Centurias de Magdeburgo. Sin embargo, al cabo de más de cien años de incesante búsqueda, se ha hecho más firme la convicción de que el verdadero padre de la historia eclesiástica es Eusebio de Cesarea. Padre de la historia eclesiástica, no de la historia de la Iglesia en el moderno sentido de esta expresión. Ni tampoco en el sentido en que entendieron la historia y la historiografía los grandes historiadores antiguos. Cuando Eusebio utiliza la palabra *ιστορία*, puede referirse tanto al relato de un acontecimiento como al acontecimiento mismo, pero nunca al conjunto de acontecimientos relatados como un desarrollo orgánico sometido al juego de las causas y los efectos en mutua conexión e interdependencia con proyección universal.*

*En Eusebio, *ιστορία* no significaba «la historia» en sentido universal, es decir, en cuanto abarca el acontecer de la experiencia humana en su plenitud y totalidad. Es éste un concepto enteramente ajeno a Eusebio. Eusebio no escribe una «Historia de la Iglesia», sino una «Historia eclesiástica». Del pasado eclesiástico quiere dar a conocer todo lo que —personas, obras, acontecimientos— merece que se salve y pueda ser salvado para la posteridad, todo lo que él considera que puede interesar a un cristiano, obispo, clérigo o laico. Y se limita a reunir material eclesiástico del pasado, es decir, material que pertenece al pasado de la vida de la Iglesia.*

Tampoco pretende hacer historia de gran estilo, al modo de Tucídides, por ejemplo. Sus preceptos y reglas no le permitirían aducir constantemente y de modo directo el mayor número posible de documentos testificales, sobre todo en forma de citas y extractos. Precisamente el mérito mayor de la Historia eclesiástica radica en poner directamente a nuestro alcance —y haber salvado— la riqueza incalculable de su documentación, prescindiendo de su carácter apologético en los siete primeros libros, y «panfletario» en los tres últimos. Eusebio conocía, evidentemente, las seculares reglas de la antigua historiografía. Si las conculca, mejor, si no las sigue, es, sin duda, por una decisión consciente: su Historia eclesiástica no ha de ser una exposición histórica de gran

estilo. Prefiere atenerse al significado más primitivo de la palabra ἱστορία, que apunta al saber acumulado por no importa qué clase de investigación y que había sido recogido y cultivado por la filología alejandrina hasta recibir la configuración concreta de «reunión de material». La especificación le vendrá del mismo material acumulado. Como en Eusebio se trata de material eclesiástico: obispos, sucesión, libros canónicos, escritores, mártires, herejes, etc., su Historia eclesiástica se definirá como «reunión o acopio de material eclesiástico».

Sin embargo, no es material inerte, sin interés histórico, en el sentido moderno de la palabra. Por el contrario, ese interés es máximo. Tampoco se puede decir que el material reunido esté simplemente amontonado, sin ningún lazo interno que le dé cierta cohesión y unidad. No hemos de olvidar que la idea de componer su Historia eclesiástica nace en Eusebio de la necesidad de ampliar y completar los datos expuestos en la Crónica y que ésta se halla montada ya sobre un esquema cronológico bien patente, que sigue las reglas de los filólogos alejandrinos y está orientada desde un punto de vista claramente apologético. La preocupación por el encuadramiento cronológico del material es constante en toda la Historia eclesiástica, y una buena parte del material ha sido aportado justamente como esclarecimiento cronológico, sobre todo cuando se trata de elucidar fechas de escritos y de escritores eclesiásticos, para lo cual va aduciendo listas, catálogos, datos personales. etc.

La abundancia de esta última clase de material convierte a la Historia eclesiástica en la primera fuente para una historia de la literatura cristiana. No de otro modo lo entendió San Jerónimo, que extrajo de ella lo mejor del material para su historia literaria, la obra titulada De viris illustribus, que encaja perfectamente en la tradición de la antigua historia literaria.

Por otra parte, la orientación apologética del material acumulado representa otra especie de lazo interno que sirve también para darle cohesión y unidad, lo mismo cuando pone de relieve las desgracias llovidas sobre los judíos por su crimen contra Cristo, que cuando presenta los martirios como prueba de la verdad y de la fuerza cristianas, o las sucesiones episcopales como garantía del triunfo de la verdad divina sobre la envidia del demonio, por poner algún ejemplo. De hecho, como concluye Overbeck, «en el trabajo de Eusebio, la historiografía eclesiástica aparece como un producto tardío de la antigua apologética cristiana, ya que brota inmediatamente de la antigua cronografía cristiana —que, a su vez, es hija de dicha apologética— y lleva todavía en

sus elementos básicos los vestigios de ese fondo materno de aquella cronografía.

Overbeck se refiere a la cronografía representada por Sexto Julio Africano, muy utilizada por Eusebio. Efectivamente, Eusebio ha tomado de Africano no sólo las principales listas de obispos, sino también los apéndices cronológicos que las ilustran. Y, sin embargo, Eusebio es consciente de lo que hace cuando proclama que no ha tenido precursor en su tarea. Africano se mueve «dentro del modo apocalíptico de escribir la historia, heredado de los judíos, y su cronología, por muy buen material que pueda contener en particular, en el fondo no es nada más que una formulación cuasi científica de una realidad en modo alguno científica: el milenarismo». Eusebio, en cambio, sigue, en el manejo y distribución del material, las normas impuestas por una concepción científica de la historia de la literatura y biográfica, o, si se prefiere, de las διαδοχί, que son realmente el tema central y el hilo conductor de los siete primeros libros.

Por otra parte, el hecho de que Eusebio escribiera una Historia eclesiástica, y no una Historia de la Iglesia, no depende solamente de su idea de la ιστορία, sino también de su concepto de la Iglesia. Resumiendo, diremos con K. Heussi que, para Eusebio, «la Iglesia no es una magnitud histórica, sino supra histórica, trascendente y estrictamente escatológica desde su origen, sin posibilidad de experimentar mutación histórica alguna». En su concepto, la Iglesia, trascendente, no es sujeto de historia. Lo son sus hombres —comenzando por el Hijo de Dios, hecho hombre verdadero—, sus instituciones, sus doctrinas: hombres, instituciones, doctrinas «eclesiásticos». Por eso su historia es «historia eclesiástica».

2. Plan y formación de la «Historia eclesiástica»

El plan que se había propuesto Eusebio al comenzar a escribir su Historia eclesiástica no tenemos que buscarlo: él mismo nos lo facilitó en los dos primeros párrafos que abren la obra. «Es mi propósito —dice— consignar; 1) las sucesiones de los santos apóstoles, y 2) los tiempos transcurridos desde nuestro Salvador hasta nosotros; 3) el número y la magnitud de los hechos registrados por la historia eclesiástica, y 4) el número de los que en ella sobresalieron en el gobierno y en la presidencia de las iglesias más ilustres, así como 5) el número de los que en cada generación, de viva voz o por escrito, fueron embajadores de la Palabra de Dios; y también 6) quienes y cuántos, y cuándo, sorbidos por el error y llevando hasta el extremo sus novelorías, se

proclamaron públicamente a sí mismos introductores de una mal llamada ciencia y esquilmaron sin piedad, como lobos crueles, al rebaño de Cristo; y, además, 7) incluso las desventuras que se abatieron sobre toda la nación judía en seguida que dieron remate a su conspiración contra nuestro Salvador, así como también 8) el número, el carácter y el tiempo de los ataques de los paganos contra nuestra doctrina, y 9) la grandeza de cuantos, por ella, según las ocasiones, afrontaron el combate en sangrientas torturas; y, además, 10) los martirios de nuestros propios tiempos, y 11) la protección benévola y propicia de nuestro Salvador.

Sin embargo, comparando este plan con el texto, tal como ha llegado a nosotros, en seguida nos percatamos de que no coinciden exactamente. Los nueve primeros números del plan concuerdan perfectamente con la temática de los siete primeros libros, aunque no siguiendo un orden riguroso de tema por libro, ni siquiera aproximado, sino correspondiendo, más o menos, todos los temas con cada época que va transcurriendo hasta llegar a la propia generación de Eusebio. En cambio, para los dos últimos temas anunciados, contamos con el último capítulo del libro VII y los libros VIII-X.

Esto hizo pensar ya a H. de Valois, en su edición de 1659, que la formación de la Historia eclesiástica tuvo sus etapas. Después de él todos han coincidido en que no se completó del todo hasta las vísperas del concilio de Nicea, pero discrepan a la hora de establecer las etapas de formación.

Lightfoot creía ya en 1880 que Eusebio debió de escribir los libros I-IX mucho después de la publicación del edicto de Milán (313), y que a ellos añadió el X entre 323 y 325.

Para Schwartz, sin embargo, el proceso fue diferente. Según él, Eusebio tenía ya recogido todo el material cuando terminó la persecución en 311, pero no lo tuvo en condiciones de publicación hasta los primeros meses de 312. Ajustándose a los datos conocidos, señala como fecha de publicación el periodo comprendido entre finales de 312 (se habían publicado ya las Acta Pilati) y la caída de Maximino, en el verano de 313. Esta primera edición constaba, según él, de ocho libros que se cerraban con el edicto de tolerancia, o palinodia, de Galerio.

Pero la derrota que Licinio infligió a Maximino cambió la situación de la Iglesia en Oriente, y Eusebio se animó a refundir su Historia eclesiástica en una nueva edición. Añadió en el libro VIII la descripción de las tiranías de Majencio y de Maximino (VIII 13, 12-15, 2), y un libro más,

el IX, en el que se destacaba la hostilidad de Maximino para con los cristianos y describía su muerte y la de Majencio. El conjunto iba coronado con la colección de documentos que ahora aparecen en X 5-7. Eusebio publicó esta segunda edición, lo mas tarde, en 315.

La inauguración de la nueva iglesia de Tiro, para la cual compuso un largo y solemnísimosermón, y la muerte de Diocleciano fueron la ocasión que provocó una tercera edición. La inserción del sermón hubiera alargado desmesuradamente el libro IX, y Eusebio optó por añadir uno más, el X, haciendo así alcanzar a su Historia eclesiástica un número de perfección. Dedicó este libro X a su amigo Paulino de Tiro y añadió un apéndice al VIII sobre la muerte de los cuatro soberanos, además de retocar y corregir no pocos pasajes, basándose más en criterios personales que propiamente históricos. Esta tercera edición datada de hacia el año 317.

Pero el año 323, con la rebelión de Licinio, significó un viraje completo en la marcha de la historia. Al quedar solo Constantino en el Imperio tras derrotar a Licinio, Eusebio tuvo que revisar lo que de éste había escrito y dar cuenta de la «locura» que le condujo a perseguir a los cristianos, así como su derrota y perdición. Esta cuarta y última edición es, pues, posterior a 323, aunque anterior a 325. Es muy posible que en ella Eusebio suprimiera algunos documentos relativos a Licinio, pero, al haberse conservado en ejemplares de la tercera edición, han podido recuperarse. Así Schwartz.

Para H. J. Lawlor y J. E. Oulton, el proceso de formación es parecido al propuesto por Schwartz, pero no idéntico. Para ellos, Eusebio había comenzado a escribir su Historia eclesiástica ya en 305, puesto que hace referencia a las Eclogae propheticae que fueron escritas durante la persecución, aunque no pudo publicar su primera edición. que comprendía los libros I-VIII, coronados con la palinodia de Galerio, hasta el año 311. De cerca siguieron las dos recensiones de los Mártires de Palestina: la larga, como obra independiente, y la breve, resumen de ésta, como suplemento del libro VIII (en las ediciones posteriores se la fue relegando al último lugar, tras los nuevos libros añadidos). El conjunto —Historia eclesiástica y Mártires de Palestina— estuvo terminado a finales de 311. Dos años después, a fines de 313 o comienzos de 314, tuvo Eusebio que proceder a una revisión de su obra. Da cuenta del edicto de Milán y de la muerte de Maximino, pero todavía no aparecen indicios de las desavenencias entre Licinio y Constantino de 314. Esta segunda edición comprendía nueve libros. Por último, pasados algunos años, publicó una nueva

edición, la tercera, en la que corregía bastantes pasajes del libro IX y añadía uno más, el X, que seguramente fue escrito a finales de 314 o comienzos de 315, en todo caso antes del concilio de Nicea.

Pero quien, a nuestro entender, ha llegado a comprender más a fondo y auténticamente el proceso de formación de la Historia eclesiástica de Eusebio. tras un análisis filológico verdaderamente paradigmático de la obra y del tratado De los mártires de Palestina, es Richard Laqueur en su obra Eusebius als Historiker seiner Zeit («Arbeiten zur Kirchengeschichte», II), publicada por Walter de Gruyter (Berlín-Leipzig), en 1929.

Laqueur tiene en cuenta los trabajos de Schwartz y de Lawlor-Oulton, sobre todo del primero, y de ellos parte para realizar su investigación. Las conclusiones a que llega me parecen las más justas.

Según él, los libros VII, VIII y X presentan evidentes muestras de haber formado en diferentes momentos la conclusión de la Historia eclesiástica, a diferencia de los restantes libros, que carecen en absoluto de semejantes indicios. Concretamente, el libro IX nunca constituyó el final de la obra.

Por otra parte, Laqueur percibe en la exposición del plan de la obra, arriba citado, dos actitudes y estados de ánimo de Eusebio muy diferentes. Dicho plan comprende dos partes, de las cuales la primera es «incompatible con el hecho de la persecución y de la victoria final del cristianismo», a que apunta precisamente la segunda, que dice así: «y además los martirios de nuestros propios tiempos y la protección benévola y propicia de nuestro Salvador». La primera parte expone los temas desde un punto de vista objetivo: lo que importan son los temas cuyos epígrafes, válidos para todas las épocas, irán apareciendo una y otra vez, alternando con más o menos regularidad, a lo largo de los siete primeros libros. La segunda parte, en cambio, comienza por salirse del ámbito del último epígrafe de la primera parte —los martirios cristianos de cualquier tiempo— y entra de lleno en una perspectiva claramente cronológica: «de nuestros tiempos». El punto de vista es, pues, completamente distinto.

De todo ello deduce Laqueur que esta segunda parte del plan de la obra es un suplemento o apéndice añadido posteriormente. Teniendo en cuenta además el ingente material que Eusebio tiene que manejar, para lo cual necesita mucho tiempo, se aparta de Schwanz y propone su teoría,

según la cual la obra comprendía inicialmente sólo siete libros, sin la menor referencia a la gran persecución, los cuales sustancialmente venían a ser nuestros actuales libros I-VII.

Ahora bien, dada la estrecha relación existente entre la Historia eclesiástica y la Crónica, anterior, es de suponer que datan de fechas muy aproximadas. Por consiguiente, Laqueur concluye que Eusebio publicó la primera edición de su Historia eclesiástica en siete libros muy poco tiempo después de su primera edición de la Crónica, en todo caso antes ya de 303, año en que estallo la gran persecución. El tener publicada ya su obra le permitió dedicar mayor atención, en los años que siguieron, a los acontecimientos de que fue testigo ocular.

Naturalmente, estos acontecimientos no podían dejarle indiferente, sobre todo contemplando con sus propios ojos hazañas no menos gloriosas en los propios contemporáneos que las descritas por él en su obra, realizadas por los mártires de otros tiempos.

Estos acontecimientos pusieron de nuevo la pluma en sus manos, y se dispuso a completar lo que ya tenía publicado, describiendo la gran persecución de su tiempo. Fiel a su método de trabajo, apenas retocó lo ya terminado, y puso su descripción de la persecución como suplemento en forma de un nuevo libro, el VIII. No debió de comenzar a redactarlo hasta la calma de 311, y tenía que basarse casi exclusivamente en sus experiencias personales, por lo que su descripción quedaba muy limitada. Apenas podía disponer de fuentes escritas, debido sobre todo a que Maximino, a cuya jurisdicción pertenecía Palestina, no publicó en sus dominios el edicto de Galerio, y pronto renovó en muchas zonas la persecución. Los principales acontecimientos de esta persecución de 311-313 los recoge en el Apéndice, que añade al libro VIII. Por consiguiente, esta segunda edición de la Historia eclesiástica comprendía ocho libros, más el Apéndice.

Con el año 313, caído Maximino, llega definitivamente la paz. Eusebio comienza entonces a recibir material de todas partes y puede informarse detalladamente de lo ocurrido en las demás iglesias. Esto le condujo a una revisión y transformación total de su historia de la persecución. Sin embargo, como no quería dejar perderse el material acumulado por su propia experiencia, es decir, los martirios de que había sido testigo ocular y que había expuesto por orden cronológico en el libro VIII de su segunda edición, los sacó de aquí y, así desgajados de la Historia eclesiástica, fueron cuajando poco a poco como obra independiente con el título De los mártires de Palestina. Los substituyó por un resumen (epítome lo llama él: se halla en VIII 2,4-12.10) en el que expone

los martirios de los diversos lugares siguiendo un orden topográfico. Esta tercera edición seguía constando de ocho libros.

Sin embargo, hacia el año 317, por el mismo tiempo en que pronunciaba en Tiro su gran sermón de inauguración de la nueva iglesia de dicha ciudad, llegaron a manos de Eusebio toda una serie de textos referentes a la historia política general, que él se apresuró a aprovechar para sus propios fines. Eran unos textos procedentes de la curia imperial, hábilmente orientados para justificar la política de Constantino y de Licinio frente a «los tiranos» Maximino y Majencio. Parecida intención tenían otros documentos imperiales en que se ponía de relieve, como contrapunto a la política de éstos, lo que habían hecho por el cristianismo los dos primeros, los dos emperadores «amados de Dios». A través de ese material, Eusebio veía asegurado el triunfo de la religión cristiana. La inauguración de Tiro lo confirmaba. Este material aumentó considerablemente el volumen del libro VIII. por lo que Eusebio se decidió a reestructurarlo.

No sabemos cuándo lo hizo, pero fue, ciertamente, después de 317. Con el material del libro VIII y una parte del material que le había llegado formó dos libros, el VIII y el IX, dejando para un X libro el resto y el gran sermón de Tiro, junto con la transcripción de algunos documentos y actas imperiales. En esta cuarta edición, pues, la obra alcanzó los diez libros que han llegado hasta nosotros.

Pero no sería la edición definitiva. En 323-324, Licinio, tras perseguir a los cristianos, se rebelaba contra Constantino. Este marchó contra él y lo venció. Dueño absoluto del Imperio Constantino, Eusebio tenía que reflejar estos acontecimientos en su Historia eclesiástica y explicarlos desde su punto de vista. No sabemos si lo hizo con recursos de su propia cosecha o sobre la base de textos «facilitados» por el mismo Constantino. La expresión más característica de esta situación la hallamos en el último capítulo del libro X. Pero no es el único testimonio, sino que la nueva situación le ha obligado a cambiar el tenor y la orientación de otros pasajes, y no solamente de los últimos libros. Como no solía destruir las partes cambiadas, sino que dejaba a las partes envejecidas coexistir con las nuevas o remozadas, se puede seguir perfectamente la pista al detalle, y Laqueur la sigue escrupulosamente, poniendo de relieve el modo típico de trabajar que tenía Eusebio. Así se puede ver que Eusebio cambió en esta última edición todo lo que de las anteriores podía favorecer a Licinio, pero no lo eliminó por completo. Y si suprimió algún documento,

quedaba en ejemplares de la edición anterior, de manera que prácticamente nos han llegado todos.

Esta última revisión de su Historia eclesiástica debió de llevarla a cabo después de 324, ciertamente antes de 326, cuando Crispo fue ejecutado por orden de su padre Constantino: en HE X 9,6 Crispo es todavía «emperador amadísimo de Dios y semejante en todo a su padre».

3. Desarrollo del plan y cronología

El plan comprende, por consiguiente, dos partes, que debemos distinguir cuidadosamente: la que se halla en los siete primeros libros y la que se contiene en los tres últimos.

El material de historia eclesiástica reunido en los siete primeros libros, resumido en los epígrafes del plan original con que se inicia la obra, se distribuye muy desigualmente, pero no sin cierto método, al que se atiene Eusebio.

Como se desprende del prólogo del libro II, Eusebio considera al primero como introducción y queda, por tanto, fuera del plan expuesto. Sin embargo, de hecho, ya desde I, 5 manipula material histórico, por lo que la historia queda fundamentalmente limitada al material comprendido entre I, 5 y VII, 32,32.

Eusebio divide este material en grandes períodos que, más o menos, vienen a coincidir con cada uno de los siete libros y que abarcan hasta la persecución de Diocleciano. La conclusión de cada periodo coincide en líneas generales con la conclusión de cada libro. Mas, para un analista bien avezado como era Eusebio, acostumbrado en la Crónica a seguir los acontecimientos año por año, esta división debía de resultarle bastante incompleta, ya que en cada período tenía que tratar, como se había propuesto, todos los temas enumerados en I, 1, 1-2.

Para facilitarse, pues, la tarea, Eusebio busca una división más manejable, dentro de la anterior, y la encuentra en los años de imperio de cada emperador (o de dos, o de tres, pero eso sólo en casos contados. Como a veces puede disponer de otra unidad de tiempo; la duración del episcopado de un obispo eminente, también la utiliza, sobre todo cuando trata el principal de los temas de su plan, el de las sucesiones. Coloca los reinados a que pertenecen, estas subdivisiones, señaladas casi siempre con la fecha de acceso al cargo, son muy útiles para la comprensión del conjunto, aunque a primera vista muchas veces parecen cortar el hilo de la narración.

Bajo estos esquemas cronológicos, que hunden sus raíces en la filología alejandrina, va Eusebio desarrollando todos los temas que se ha propuesto y los que, de paso, va incorporando porque los cree de interés, aunque no se hallen en la enumeración inicial.

En conjunto, Eusebio se atiene a su plan. A veces, sin embargo, se descuida, o parece descuidarse, y lo abandona. Unas veces tal abandono se explica por la misma fuente que utiliza, que no da más de sí y deriva hacia otro tema que puede tener su interés, al parecer de Eusebio, como ocurre con no pocos pasajes de Dionisio de Alejandría citados en el libro VII. Pero otras veces responde a una decisión deliberada, como sucede siempre que se trata de los libros canónicos. No se lo ha propuesto como tema, porque, para él, la Biblia cae, por su carácter, fuera de la investigación histórica y literaria; pero comprende que no puede dejar de tratar de esos libros para esclarecer el problema de la autenticidad de algunos, lo que hace basándose sobre todo en el uso que de los mismos han hecho los autores cristianos católicos, es decir, ortodoxos, y les dedica tanta atención que, por su importancia, se convierten en el segundo tema de la Historia eclesiástica.

El primero es sin duda alguna el de la sucesión apostólica, tanto que en líneas generales se puede asignar a cada uno de los siete libros, como hizo el padre Salaverri, la exposición de las etapas de esta sucesión. En torno a él se desarrollan con más o menos regularidad las etapas de los demás temas enumerados en I 1,1-2. La base son las sucesiones de las principales iglesias: Roma, Alejandría, Antioquia y Jerusalén, de cuyas listas de obispos podía disponer Eusebio. Con ellas podía dejar bien probada la tradición ininterrumpida que va desde el Salvador hasta los obispos de su propia generación.

El contenido de los tres últimos libros sigue, en cambio, su propio desarrollo. Eusebio establece claramente la diferencia de tema: «Después de haber descrito en siete libros enteros la sucesión de los apóstoles, creemos que es uno de nuestros más necesarios deberes transmitir, en este octavo libro, para conocimiento también de los que vendrán después de nosotros, los acontecimientos de nuestro propio tiempo, pues merecen una exposición escrita bien pensada». Los libros IX y X son, como vimos, resultado de la reelaboración y ampliación del libro VIII primitivo. Se rigen, pues, por el principio o principios rectores de éste.

Sin embargo, lo difícil es determinar cuál o cuáles son esos principios. Los acontecimientos

que se relatan parecen amontonarse uno tras otro sin gran orden ni aparente relación de unos capítulos con otros. El último capítulo termina con el edicto de tolerancia de 311, pero no sigue en los demás un orden cronológico. Comienza exponiendo los inicios de la persecución, la conducta de los cristianos ante ella y el desarrollo de la misma en Nicomedia. Sigue una exposición de la misma en varios lugares del imperio y termina con una somera información política, seguida del edicto de Galerio.

Este orden local que parece seguir no resulta muy satisfactorio sobre todo por sus lagunas y por su confusión cronológica, pues, por ejemplo, describe acontecimientos que suponen la existencia del cuarto edicto de persecución y, sin embargo, no hace de él la menor referencia. Quizás se deba al hecho de haber desgajado de este libro los relatos de los mártires de Palestina, en donde se hallan las referencias cronológicas. Sin duda sigue otro orden.

R. E. Sommerville ofrece una sugerencia que bien podría dar la clave que de alguna manera explicase la distribución de la materia de este libro que, sin embargo, responde a un solo tema: la persecución de Diocleciano. Eusebio, después de exponer el porqué de la persecución, al final del capítulo I cita los versículos 40-46 del salmo 88, y comienza el capítulo II con esta afirmación: «Todo esto se ha cumplido efectivamente en nuestros días». Es decir, para Sommerville se cumple en lo que se narra en los doce capítulos que siguen. Ese fragmento del salmo 88 sería el verdadero principio ordenador del libro VIII. El paralelo entre las lamentaciones del salmo y los acontecimientos narrados sería el siguiente: V. 40 = C. I, 7-8 y 2,15; V. 41 = C. 3; V. 42-43 = C. 4; V. 4 = C. 5-6,1-5; V. 45 = C. 6-13, seguidos de la palinodia de Galerio.

4. Las citas

El gran valor de la Historia eclesiástica de Eusebio reside precisamente en las citas, más por sí mismas, como base de investigación, que por las conclusiones o el uso del mismo Eusebio. Nos ha conservado citados de fuentes antiguas no menos de 150 pasajes, de los cuales la mitad nos serían totalmente desconocidos si no hubiera sido por él. A estos hay que añadir otro centenar de citas indirectas o resúmenes, un tercio de los cuales procede de textos que se han perdido totalmente o en su versión original.

Eusebio tuvo siempre la preocupación escrupulosa de apoyar sus afirmaciones sobre las

fuentes, advirtiéndolo que lo hacía expresamente. De hecho, Eusebio apenas sabe desenvolverse cuando

le fallan las fuentes. Sin embargo, de la misma manera que para él la Sagrada Escritura forma unidad, y uno puede referirse a ella como si fuera un solo libro, así también él considera a la tradición eclesiástica como una sola unidad, y, en consecuencia, al tomar de ella los testimonios que necesita, los considera a todos por igual, sin que hallemos la distinción, que hoy nos parece tan obvia, entre fuentes de primera mano y fuentes de segunda mano.

Eusebio tuvo a su disposición dos bibliotecas excepcionalmente ricas para aquellos tiempos: la de Cesarea y la de Elia Capitolina, o Jerusalén. pero no siempre se hallarían en ellas todas las obras de que nos ha transmitido algún pasaje textual o resumido, o simple referencia. Como fuentes de primera mano podía disponer de cartas, actas de mártires y obras apologéticas o antiheréticas, además de las obras de Orígenes. Sin embargo, hay casos en que es evidente que los documentos o pasajes citados le han llegado de segunda mano: el rescripto de Trajano se lo proporciona el Apologeticum de Tertuliano (III, 33,3), y el de Adriano, Justino (IV 8, 6-8; 9); y sin duda es también de segunda mano el rescripto de Antonino Pío al concilio de Asia (IV, 13). En cambio, es muy posible que en el archivo episcopal de Cesarea se encontrase copia auténtica del rescripto de Galieno a los obispos (VII, 13).

Normalmente, siempre que la cita es directa y de primera mano, advierte de qué libro o parte de la obra lo ha tomado. Así, de los ocho pasajes que cita directamente de Clemente de Alejandría, solamente una vez deja de señalar de qué libro lo toma, contentándose con la expresión «un poco más abajo», referida, claro, a la obra de que está hablando (VI, 14, 3-4). Lo mismo ocurre con el Adversus haereses, de Ireneo, del que saca más de veinte pasajes y solamente en dos omite de qué libro, y con la obra de Flavio Josefo, de la que toma textualmente más de veinticinco pasajes, omitiendo la indicación del libro —pero no de la obra— solamente en otros dos casos: III, 9, y II, 23,20), que es seguramente interpolación apócrifa anterior a él.

El hecho de no citar de qué libro toma un pasaje cuando nos dice que la obra se compone de varios, es indicio de que lo toma de segunda mano. Tal parece ser el caso de los fragmentos de Papías, que posiblemente tomó de Clemente de Alejandría, con el que parece asociarlo en II, 15,2, como también el caso de Taciano, según se desprende de VI, 13,7.

Por otra parte, no es tampoco garantía de ser la cita de primera mano el hecho de estar en estilo directo, como ocurre en VI, 19,17, donde la tercera persona se mezcla incomprensiblemente con la primera.

En general, Eusebio cita con exactitud los textos, lo que no impide que éstos no sean rigurosamente exactos si ya no lo eran en la fuente que él utiliza. Además, no es siempre uniforme y consistente en su manera de citar. Hay veces en que no aparece claro dónde comienza y dónde acaba una cita, sobre todo cuando se trata de textos que no se pueden comparar por ser el único fragmento existente.

No son pocas las ocasiones en que la cita comienza al medio o al final de una frase. En estos casos, generalmente, el sentido no se resiente, pero sí en algunos, como en el pasaje de Filón citado en II, 17, 11-13. Como el interés de Eusebio por los textos no era fijar con exactitud las palabras, sino porque le servían como testimonio y apoyo de sus afirmaciones, es frecuente que se atenga a lo que quiere poner de relieve, aunque esto conlleve la mutilación de parte del texto citado. Así, unas veces falta el antecedente de un relativo, como en V, 2,2, o el verbo principal de la frase, como en IV, 11,9, o la prótasis, o la apódosis, como en V, 8, 5-6, y otras, todo un contexto anterior o posterior para que la cita tenga sentido claro, como en V, 24, 14-11. Estas mutilaciones son muy numerosas, y no se pueden detectar todas por falta de posibilidad de comparación de los textos, ya que se conservan solamente en la Historia eclesiástica (véase, por ejemplo, III, 21,4; V, 1,36; VI, 40,5; VII, 10,5).

Muchos de estos fallos se deben a simple negligencia o descuido, quizás de los secretarios, pero a veces son deliberados y significativos, como es la omisión del discurso de Tadeo en Edesa. en I, 13, 20-21.

En cuanto a los resúmenes que hace, por los que podemos cotejar con los textos originales conservados, vemos que omite, amplía, parafrasea y glosa a discreción, pero siempre resultan más cortos y responden generalmente con fidelidad al contenido del original. Con pocas excepciones se puede asegurar que tenía el original delante, o un florilegio con grandes extractos.

Mucho se ha discutido si Eusebio copiaba del original personalmente sus citas o se las copiaban otros. Creo, con Lawlor, que lo más probable es pensar que la mayor parte de las citas transcritas en Cesarea se las copiaron sus ayudantes o secretarios, mientras él se dedicaba a trabajos

*más delicados. Esto explicaría no pocos de los fallos antes apuntados. En cambio, el material recogido en Jerusalén, también abundante, debió de transcribirlo por sí mismo, sin ayuda de nadie, según da a entender su *καὶ αὐτοί* de VI, 20,1.*

Es de notar que Eusebio nunca utilizó a sabiendas como fuente un escrito apócrifo, herético, pagano o judío, si dicho escrito no coincidía con las fuentes de la tradición cristiana ortodoxa. Porque piensa que coinciden con ellas, cita a Filón y a Josefo. Lo mismo ocurre cuando apela a los historiadores «de fuera» o paganos, como en III, 20,8. Por fidelidad a la verdadera tradición, ni siquiera al tratar la historia de los personajes o de los movimientos heréticos acude a los autores heréticos directamente, sino que utiliza los escritos de los que han combatido la herejía. Así, todo el material histórico que nos ofrece sobre el montanismo lo toma de los anti montanistas Cayo, Apolinar de Hierápolis, Milcíades, Apolonio, Serapión y el Anónimo. Y para informarnos del gnosticismo acude a Ireneo, a Dionisio de Alejandría y a un tal Agripa Castor. En general, Ireneo, Serapión, Clemente y Orígenes son los que le informan sobre las herejías. En aquella época hubiera sido inconcebible el obtener información sobre las herejías en las mismas fuentes heréticas, como se hace modernamente.

Pero Eusebio, siguiendo el método de la escuela alejandrina de filología, no se contenta con citar a los autores, sino que también, siempre que el material se lo permite y en la medida en que se lo permite —según los fondos de las bibliotecas de Cesarea y de Elia—, nos ofrece el catálogo o lista de las obras escritas por los autores que cita. Esto nos ha permitido conocer la lista de las obras de Filón (II, 18), de Josefo (III, 9), de Ignacio de Antioquía (III, 36), de Clemente de Roma (III, 38), de Papías de Hierápolis (III, 39), de Cuadrato (IV, 3), de Arístides (IV, 3), de Agripa Castor (IV, 7,6), de Hegesipo (IV, 8), de Justino Mártir (IV, 8 y 18), de Policarpo de Esmirna (IV, 14), de Dionisio de Corinto (IV, 23), de Teófilo de Antioquía (IV, 24), de Felipe de Cortina (IV, 25), de Melitón de Sardes (IV, 26), de Apolinar (IV, 27), de Musano (IV, 28), de Taciano (IV, 29), de Bardesanes (IV, 30), de Milcíades (V, 17), de Apolonio (V, 18), de Serapión de Antioquía (V, 19 y VI, 12), de Ireneo de Lión (V, 20 y 26), de Heráclito, Máximo, Cándido, Apión y Arabiano (V, 27), del Anónimo antiartemoniano (V, 28), de Judas (VI, 7), de Clemente de Alejandría (VI, 13), de Berilo de Bostra y Cayo de Roma (VI, 20), de Hipólito de Roma (VI, 22), de Orígenes (VI, 24.32.36), de Sexto Julio Africano (VI, 31), de Dionisio de Alejandría (VI, 46; VII, 4.21.26) y de

Anatolio de Laodicea (VII, 13-21).

Es evidente la limitación de alguna de estas listas, sobre todo las de autores occidentales, como Hipólito, pero a todas luces resalta su mérito y su utilidad para la posteridad.

Terminaremos este apartado con unas palabras de P. Nautin: «Todo el mérito de la obra de Eusebio está en esos documentos que nos transmite. Sin duda, los fragmentos que él cita no son siempre los que hubiera escogido un historiador moderno, preocupado por tomar las páginas más típicas y que mejor expresan los sentimientos del autor o el problema debatido. Eusebio, que se interesa muy poco por las doctrinas y no más casi por los resortes profundos de la política eclesiástica, retiene sobre todo los pasajes que le hacen conocer el nombre de un personaje o la existencia de un libro, y en lo demás se contenta con indicaciones rápidas. Sin embargo, por imperfecto que sea, este material documental está lejos de ser desdeñable. Cuando se recogen con atención todos los indicios que él proporciona, cuando se los aproxima los unos a los otros y cuando se los esclarece por medio de otros textos y hechos cronológicamente cercanos, se acaba por lograr mucha más información de lo que se hubiera creído después de una lectura superficial».

5. División en libros y capítulos

La Historia eclesiástica se presenta actualmente dividida en diez libros, como ya hemos visto, y cada libro en diferente número de capítulos. Ya vimos también cuál fue el origen de los diez libros según las etapas de su composición.

El hecho de que una obra esté dividida en libros o «tomoi» es un hecho corriente en la antigüedad. Generalmente se hallaba determinado por razones prácticas, tales como la abundancia de material y el tamaño del papiro o del pergamino. El autor procuraba que cada libro formase en lo posible una unidad temática que permitiese su lectura independiente. La conexión entre unos libros y otros se establecía mediante simples partículas y mediante pequeños prólogos, algunos de los cuales comienzan con la misma frase con que terminó el libro anterior, siempre siguiendo el plan general de la obra, en nuestro caso, tal como se expone en I, 1,1-2.

La división de los libros en la Historia eclesiástica responde al plan y a la abundancia del material. Como el libro I está concebido como una gran introducción, el libro II se inicia con un prólogo que da la razón del corte. Los libros II-VII forman un conjunto homogéneo, dentro de lo

que cabe, como desarrollo del plan inicial, y la división está condicionada por la abundancia de material, que se reparte por igual, más o menos, en cada libro. El nexo lo establece simplemente mediante partículas, generalmente μέν, δέ, δη.

Pero con el libro VIII comienza una etapa completamente nueva, no prevista cuando se comenzó la obra, y por ello se abre con un prólogo especial que da razón del nuevo libro. Ya vimos que los libros IX y X son desarrollo del VIII, exigido por la afluencia de nuevo y abundante material. La característica del material del libro X le permite a Eusebio incluso dedicar ese libro en concreto a su amigo Paulino de Tiro.

Cada libro lleva al principio un sumario en que se explicita el contenido, dividido en capítulos, cada uno con su título correspondiente. Esta reunión de los títulos de los capítulos al comienzo de cada libro aparece en todos los manuscritos de la Historia eclesiástica. Solamente el manuscrito A y la versión siríaca repiten los títulos al comenzar cada capítulo, pero se ve claramente que no están hechos para este uso. Muchos no se entienden más que leídos juntos, uno tras otro, en forma de sumario. El juego de pronombres es buena prueba de ello. Eso sin contar que, a veces, como en III, 13-16 y VI, 26-27, el orden no se corresponde luego.

Generalmente se admite que no solamente la división en libros se remonta a Eusebio mismo, sino también la división en capítulos y hasta los mismos títulos de éstos, como parece indicarlo la expresión «nosotros», que aparece varias veces. «En todo caso —dice Schwartz—, tal como muestran las versiones, se remontan al siglo IV».

Si los libros están más o menos equilibrados en extensión, los capítulos, en cambio, difieren muchísimo entre si en cuanto a longitud. Esta depende, evidentemente, del material. Es lo más a que se puede llegar a la hora de determinar las razones de la división.

En cuanto a la división de los capítulos en párrafos y su numeración, seguimos en todo la establecida modernamente por Schwartz, debido a su utilidad práctica.



HISTORIA ECLESIASTICA

LIBRO I

El libro primero de la *Historia Eclesiástica* contiene lo siguiente:

1. Propósito de la obra.
2. Resumen de la doctrina sobre la pre existencia de nuestro Salvador y Señor, el Cristo de Dios y de la atribución de la divinidad.
3. El nombre de Jesús y el mismo de Cristo habían sido ya conocidos desde antiguo y honrados por los profetas inspirados por Dios.
4. El carácter de la religión por Él anunciada a todas las naciones ni era nuevo ni extraño.
5. Cuándo se manifestó Cristo a los hombres.
6. Cómo, según las profecías, en sus días cesaron los príncipes que anteriormente venían rigiendo, por línea de sucesión hereditaria, a la nación judía y empezó a reinar Herodes, el primer extranjero.
7. Supuesta discrepancia de los evangelios acerca de la genealogía de Cristo.
8. Infanticidio perpetrado por Herodes y del final catastrófico de su vida.
9. Tiempos de Pilato.
10. Sumos sacerdotes de los judíos bajo los cuales Cristo enseñó.
11. Testimonios sobre Juan Bautista y Cristo.
12. Discípulos de nuestro Salvador.
12. Relato sobre el rey de Edesa.

1

PROPÓSITO DE LA OBRA

1. Es mi propósito consignar las sucesiones¹ de los santos apóstoles y los tiempos transcurridos desde nuestro Salvador hasta nosotros; el número y la magnitud de los hechos registrados por la historia eclesiástica² y el número de los que en ella sobresalieron en el gobierno y en la presidencia de las iglesias³ más ilustres; así como el número de los que en cada generación, de viva voz o por escrito, fueron los embajadores de la palabra de Dios;⁴ y también quiénes y cuántos y cuándo, absorbidos por el error y llevando hasta el extremo sus fantasías, se proclamaron públicamente a

1 El tema primordial de la HE serán estas sucesiones, que permiten conocer el orden de sucesión de los obispos en las Iglesias fundadas por los apóstoles, a partir de estos.
2 La intención de Eusebio va mucho más allá de una mera recopilación de material para la historia; lo que pretende es componer el «relato de una historia cuya continuidad le es bien conocida». (F. Bovon)
3 En el sentido de comunidades cristianas organizadas como unidades geográficas bajo la dirección de un obispo, recubriendo siempre el sentido original de domicilio transitorio. Más tarde recibirán el nombre de diócesis.
4 Es decir, los obispos: como sucesores de los apóstoles, son responsables del ministerio de la palabra de Dios después de estos.

sí mismos, introductores de una mal llamada ciencia⁵ y esquilmaron sin piedad, como lobos crueles,⁶ al rebaño de Cristo; **2.** y además, incluso, las desventuras que se abatieron sobre toda la nación judía, luego de que dieron remate a su conspiración contra nuestro Salvador, así como también, el número, el carácter y el tiempo de los ataques de los paganos contra la divina doctrina; y la grandeza de cuantos, por ella, según las ocasiones, afrontaron el combate en sangrientas torturas; y además, los martirios de nuestros propios tiempos⁷ y la protección⁸ benévola y propicia de nuestro Salvador. Al ponerme a la obra, no tomaré otro punto de partida que los comienzos de la economía⁹ de nuestro Salvador y Señor Jesús, el Cristo de Dios.

3. Pero, por esto mismo, la obra está reclamando comprensión benevolente para mí, que declaro ser superior a nuestras fuerzas el presentar acabado y entero lo prometido, puesto que somos por ahora los primeros¹⁰ en abordar el tema, como quien emprende un camino desierto y sin hollar. Rogamos tener a Dios por guía y el poder del Señor como colaborador, porque de hombres que nos hayan precedido por nuestro mismo camino, en verdad, hemos sido absolutamente incapaces de encontrar una simple huella; a lo más, únicamente pequeños indicios en los que, cada cual a su manera, nos han dejado en herencia relatos parciales de los tiempos transcurridos y de lejos nos tienden como antorchas sus propias palabras; desde allá arriba, como desde una atalaya remota, nos vocean y nos señalan por dónde hay que caminar y por dónde hay que enderezar los pasos de la obra, sin error y sin peligro.

4. Por lo tanto, nosotros, después de reunir cuanto hemos estimado aprovechable para nuestro tema de lo que esos autores mencionan aquí y allá y probando, como de un prado espiritual, las oportunas sentencias de los viejos autores, intentaremos darle cuerpo en una trama histórica y quedaremos satisfechos con tal de poder preservar del olvido las sucesiones, si no de todos los

5 1 Tm 6,20.

6 Hch 20,29.

7 Es intención de Eusebio tratar de estos martirios aparte, una vez terminado el tema de las sucesiones.

8 Sin duda se trata del edicto de Galerio del 311; sin embargo, según el mismo Eusebio, Dios ha «protegido» ya a sus fieles en la misma persecución.

9 Para Eusebio, la encarnación del Verbo es la «economía» por excelencia, pero la palabra solo tendrá ese sentido en razón del contexto, como en el presente pasaje, concretando el sentido más general de «disposición providencial», básico para él. Los «comienzos de la economía» se referirán a la actividad del Salvador previa incluso a su encarnación, como son sus teofanías.

10 Eusebio afirma expresamente que es el primer historiador de la Iglesia. No reconoce como tales a los que, como Teófilo de Alejandría, Hipólito y Julio africano, escribieron sendas cronografías, ni siquiera a Hegesipo, que dejó por escrito los recuerdos y relatos que había podido recoger. Eusebio aprecia en su valor estas obras y las utiliza en la medida que dispone de ellas, pero está en lo cierto al no darles categoría de «historia» de la Iglesia.

apóstoles de nuestro Salvador, siquiera de los más insignes en las Iglesias más ilustres que aún hoy en día se recuerdan.

5. Tengo para mí que es desde todo punto necesario el que me ponga a trabajar este tema, pues de ningún escritor eclesiástico sé, hasta el presente, que se haya preocupado de este género literario. Espero, además, que se mostrará utilísimo para cuantos se afanan por adquirir sólida instrucción histórica.

6. Ya anteriormente, en los *Cánones cronológicos*¹¹ por mí redactados, compuse un resumen de todo esto, pero, no obstante, voy en la obra presente a lanzarme a una exposición más completa.

7. Y comenzaré, según dije, por la economía y la teología¹² de Cristo, que en elevación y en grandeza exceden al hombre.

8. Y es que, efectivamente, quien se ponga a escribir los orígenes de la historia eclesiástica, deberá necesariamente comenzar por remontarse a la primera economía de Cristo mismo —pues de Él precisamente hemos tenido el honor de recibir el nombre—, más divina de lo que al vulgo¹³ puede parecer.

2

RESUMEN DE LA DOCTRINA SOBRE LA PREEXISTENCIA DE NUESTRO SALVADOR Y SEÑOR, EL CRISTO DE DIOS, Y DE LA ATRIBUCIÓN DE LA DIVINIDAD

1. Siendo doble la índole de Cristo: una, semejante a la cabeza del cuerpo¹⁴ —y por ella le reconocemos como a Dios— y otra, comparable a los pies —mediante la cual, y por causa de nuestra salvación, se revistió del hombre, pasible como nosotros mismos—,¹⁵ nuestra exposición de lo que va a seguir será perfecta, si iniciamos el discurso de toda su historia partiendo de los puntos más capitales y dominantes. Y de este modo, la antigüedad y carácter divino de los cristianos, quedará también patente a los ojos de los que piensan que es algo nuevo, extraño, de ayer y

11 Se refiere a la Segunda parte de su *Crónica*, la conocemos solamente en traducción armenia y en la versión latina de San Jerónimo. Por este pasaje, confirmado por los de *Eclog prophet*, aparece claro que Eusebio la compuso antes que su HE, que intentará ser una ampliación.

12 Aunque aquí «economía» y «teología» parecen contrapuestas, en el curso de la obra no van tratadas en capítulos aparte como si fueran materias absolutamente distintas. Esto por cuanto las teofanías son también parte de la «economía», como se dijo en la nota 9, y, a la vez, manifiestan el carácter divino de Cristo., esto es, pertenecen a la «teología», entendida como aplicación de la de la Divinidad de Cristo.

13 Con esta generalización quizás apunte a los que no ven en la actividad de Cristo más que la obra de un simple hombre, acaso inspirado, y también a los cristianos que, por desconocer las escrituras judías, no ven en Cristo al hijo de Dios anunciado por los profetas.

14 Cf. 1 Co 2,3; Ef 4,15.

15 Cf. Hch 14,15; St 15,17.

no de antes.

2. Ningún tratado podría bastar para explicar al por menor el linaje, la dignidad, la sustancia misma y la naturaleza de Cristo; por lo que el Espíritu divino dice: Su *generación*, ¿quién la *narrará?*;¹⁶ porque, en efecto, nadie conoció al Padre sino el Hijo, ni nadie conoció alguna vez al Hijo, según su dignidad, sino sólo el Padre, que lo engendró.¹⁷

3. ¿Y quién, excepto el Padre, podría concebir sin impurezas la luz¹⁸ que es anterior al mundo y la sabiduría¹⁹ inteligente y sustancial que precedió a los siglos,²⁰ el Verbo viviente en el Padre y que desde el principio es Dios,²¹ lo primero²² y único que Dios engendró antes de toda creación²³ y de toda producción de seres visibles e invisibles, el generalísimo del ejército²⁴ espiritual e inmortal del cielo, el ángel del gran consejo,²⁵ el servidor del pensamiento inefable del Padre, el hacedor de todas las cosas junto con el Padre, la causa segunda²⁶ de todo después del Padre, el Hijo de Dios, genuino y único, el Señor, el Dios y el Rey de todos los seres, que ha recibido del Padre la autoridad soberana y la fuerza, junto con la divinidad, el poder y el honor? Porque, en verdad, según lo que de Él dicen las misteriosas enseñanzas de las Escrituras: *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él nada se hizo.*²⁷

4. Esto mismo es lo que enseña el gran Moisés, como el más antiguo de todos los profetas, al describir, bajo inspiración del espíritu divino, la creación y la ordenación del universo: el creador y hacedor del universo cedió a Cristo y sólo a Cristo, su divino y primogénito Verbo, el hacer los seres inferiores; y con Él lo vemos conversando acerca de la formación del hombre: Dijo, *pues,*

16 Is 53,8;

17 Mt 11,27.

18 Jn 1,9-10.

19 Cf. Sb 7,22.

20 Cf. Pr 8,23.

21 Cf. Jn 1,1-4.

22 Por la fuerte carga de subordinacionismo de este pasaje, los copistas eliminaron de muchos manuscritos las palabras *πρωτον και*, que les sugería la posibilidad de otras generaciones en Dios, aunque la expresión se encuentra ya en San Justino. *Apol. I, 21,1.*

23 Cf. Col 1,15-16.

24 Cf. Jos 5,14.

25 Is 9,6; Ml 3,1.

26 Expresión desafortunada, que ha dejado profunda huella en la transmisión del texto. Copistas y traductores se han esforzado en corregirla por todos los medios; sin embargo, refrendado por Orígenes (*C. Cels.* 5,39), el contenido de esta expresión y similares se encuentra ya en los apologistas del siglo II, especialmente en San Justino (*Dial.* 56,22; 57,3; 58,3; 60,2-5; 611; 113,4).

27 Jn 1,1-3.

*Dios: Hagamos un hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza.*²⁸

5. Fiador de esta sentencia es otro profeta, al hablar así de Dios en cierto pasaje de sus himnos: *Porque dijo Él y fue hecho; Él mandó y fue creado.*²⁹ Introduce aquí al Padre y creador disponiendo con gesto regio, en calidad de soberano absoluto y al Verbo divino —no otro que el mismo que se nos ha anunciado—, como segundo después de Él y ministro ejecutor de los mandatos paternos.

6. A éste, ya desde los albores de la humanidad, todos cuantos se nos dice que sobresalieron por su rectitud y su religiosidad: los compañeros del gran servidor Moisés³⁰ y, antes que él, Abrahán, el primero, lo mismo que sus hijos y cuantos luego se mostraron justos y profetas, al contemplarlo con los ojos limpios de su inteligencia, lo reconocieron y le rindieron el culto debido como a Hijo de Dios.

7. Y Él mismo, sin descuidar lo más mínimo su piedad para con el Padre, se constituyó para todos en maestro del conocimiento del Padre. Y así leemos³¹ que el Señor Dios fue visto por Abrahán, que se hallaba sentado junto a la encina de Mambré, bajo el aspecto de un hombre corriente. Abrahán se prosterna al punto y, aunque ve en Él, con sus ojos, a un hombre, no obstante, lo adora como a Dios, le suplica como a Señor y confiesa no ignorar de quién se trataba, al decir textualmente: *Señor, tú que juzgas la tierra toda, ¿no vas a hacer justicia?*³²

8. Porque, si ninguna razón puede admitir, que la sustancia no engendrada e inmutable de Dios todopoderoso se transmute en la forma de hombre,³³ ni que con la apariencia de hombre engendrado engañe a los ojos de los que le ven, ni que la Escritura forje engañosamente tales cosas, un Dios y Señor que juzga a toda la tierra y hace justicia y que es visto bajo aspecto de hombre, no estando siquiera permitido decir que se trata de la primera causa del universo, ¿qué otro podría ser proclamado tal, sino su único y preexistente Verbo? Acerca de Él se dice también en los salmos: *Mandó su Verbo y los sanó y los libró de su corrupción.*³⁴

9. Moisés lo proclama, clarísimamente, segundo Señor después del Padre cuando dice: *Hizo*

28 Gn 1,26. Eusebio, en la misma línea de Justino, en cuanto a la aplicación de las teofanías al Verbo, tratará de definir estas manifestaciones anteriores a la encarnación, lo mismo que las profecías que la anunciaban desde los patriarcas.

29 Sal 33,9.

30 Cf. Nm 12,7; Hb 3,5.

31 Gn 18,1-3.

32 Gn 18,25.

33 Cf. Flp 2,8.

34 Sal 106,20.

*llover el Señor sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego de parte del Señor.*³⁵ Y también la Sagrada Escritura lo proclama Dios, cuando se apareció a Jacob en figura de hombre³⁶ y le habló diciendo: *Tu nombre en adelante no será Jacob, sino Israel, porque has luchado con Dios,*³⁷ y entonces Jacob llamó al lugar aquel «Visión de Dios», diciendo: *Porque he visto a Dios cara a cara, y mi alma se ha salvado.*³⁸

10. Y es que no se puede suponer que estas apariciones divinas mencionadas, sean de ángeles inferiores y servidores de Dios, pues, cuando alguno de éstos se aparece a los hombres, no se lo calla la Escritura, sino que por su nombre los llama, no Dios, ni siquiera Señor, sino ángeles, como es fácil probar con incontables pasajes.

11. Y a este Verbo, Josué, sucesor de Moisés, después de haberlo contemplado no de otra manera que en forma y figura de hombre³⁹ también, lo llama generalísimo del ejército de Dios,⁴⁰ como haciéndolo jefe de los ángeles y arcángeles del cielo y de los poderes superiores y como si fuera poder y sabiduría del Padre⁴¹ y a quien ha sido confiado el segundo puesto del reinado y del principado sobre todas las cosas.

12. Porque está escrito: *Y sucedió que se hallaba Josué cerca de Jericó y, alzando los ojos, vio a un hombre de pie delante de él con la espada desnuda en su mano; y Josué, acercándose a él, le dijo: ¿Eres de los nuestros o de los contrarios? Y él respondió: Yo soy el generalísimo del ejército del Señor; acabo de llegar. Y Josué entonces se prostró rostro en tierra y le dijo: Señor, ¿qué es lo que mandas a tu siervo?; el generalísimo del Señor dijo a Josué: Quita las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es lugar santo.*⁴²

13. De donde, partiendo de las palabras mismas, observarás que éste no es otro que el que se reveló a Moisés, puesto que, efectivamente, la Sagrada Escritura dice de este en los mismos términos: *Mas, cuando le vio el Señor acercarse para ver, lo llamó el Señor desde la zarza y le dijo: Moisés, Moisés. Éste respondió: ¿Qué hay? Y dijo el Señor: No te acerques aquí. Quita las*

35 Gn 19,24.

36 Flp 2,8.

37 Gn 32,28.

38 Gn 32, 31.

39 Cf. Flp 2,7-8.

40 Jos 5,14.

41 1 Co 1,24. El texto acusa una transmisión deficiente.

42 Jos 5,13-15.

*sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra santa. Y le dijo: Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abrahán, Dios de Isaac y Dios de Jacob.*⁴³

14. Y que al menos hay una sustancia anterior al mundo, viva y subsistente, la que sirvió de ayuda al Padre y Dios del universo en la creación de todos los seres, llamada Verbo de Dios y Sabiduría, además de las pruebas expuestas, nos es dado escucharlo incluso de la misma Sabiduría en persona que, por boca de Salomón, ella misma nos inicia clarísimamente en su propio misterio: *Yo, la sabiduría, planté mi tienda en el consejo e invoqué a la ciencia y a la inteligencia; por mí los reyes reinan, y los potentados administran justicia; por mí los magnates son engrandecidos y por mí los soberanos dominan la tierra.*⁴⁴

15. A lo cual añade: *El Señor me creó como principio de sus caminos en sus obras, antes de los siglos asentó mis fundamentos. En el principio, antes que hiciese la tierra, antes que brotasen las fuentes de las aguas, antes que cimentara los montes y antes que a todos los collados, me engendró a mí. Cuando preparaba los cielos, con él estaba yo; y cuando hacía perennes las manantiales que están bajo el cielo, con Él me sentaba yo a dirigir. Yo me sentaba allí donde Él cada día se complacía y me encantaba estar delante de Él en toda ocasión, cuando Él se congratulaba de haber acabado el universo.*⁴⁵

16. Brevemente, pues, queda expuesto que el Verbo divino existió antes que todo y también a quiénes, ya que no a todos, se apareció.

17. Mas ¿por qué no fue predicado antes, antiguamente, a todos los hombres y a todas las naciones, lo mismo que lo es ahora? Quizás pueda esclarecerlo esta respuesta: la vida primitiva de los hombres era incapaz de hacer un sitio para la enseñanza de Cristo, todo sabiduría y virtud.

18. En efecto, al menos en los comienzos, después de su primer tiempo de vida dichosa, el primer hombre se desentendió del mandato divino y se precipitó en este vivir mortal y perecedero y cambió las delicias divinas del comienzo por esta tierra maldita. Y sus descendientes poblaron nuestra tierra toda y, con excepción de uno o dos en alguna parte, fueron manifiestamente degenerando y llegaron a tener una conducta propia de las bestias y una vida intolerable⁴⁶.

43 Ex 3,4-6.

44 Pr 8,12.16-16.

45 Pr 8,22-25.27-28.30-31.

46 Este cuadro tan pesimista de los albores de la humanidad no proviene de las Escrituras, sino de las tradiciones populares incorporadas al acervo literario y filosófico de la cultura helena.

19. Ni siquiera se les ocurría pensar en ciudades, ni en constituciones, ni en artes, ni en ciencias. De las leyes y juicios, así como de la virtud y de la filosofía, ni el nombre conocían. Como gente ruda y montaraz, hacían vida nómada por lugares desiertos. Con el exceso de malicia libremente abrazada, corrompían el natural razonamiento y todo germen de inteligencia y suavidad propios del alma humana. Y hasta tal punto se entregaban sin reservas a toda iniquidad, que a veces mutuamente se corrompían, a veces se mataban unos a otros y, en ocasiones, practicaban la antropofagia y llevaron su osadía hasta combatir contra Dios y entablar esas guerras de gigantes, de todos conocidas y pensaron en amurallar la tierra contra el cielo y prepararse, en su loco desatino, para hacer la guerra al mismo que está sobre todo.

20. A los que tal vida llevaban, Dios, que todo lo controla, los persigue con inundaciones e incendios devastadores, como si se tratara de un bosque salvaje esparcido por toda la tierra y los fue abatiendo con hambres continuas, con pestes y guerras y aun fulminándolos desde arriba, como si con estos remedios tan amargos intentara atajar una espantosa y gravísima enfermedad de las almas.

21. Entonces, pues, cuando estaba realmente a punto de alcanzar a todos el sopor de la maldad, como el de una tremenda borrachera que oscureciera y hundiera en tinieblas las almas de casi todos los hombres, la Sabiduría de Dios, su primogénita y primera criatura⁴⁷ y el mismo Verbo preexistente,⁴⁸ por un exceso de amor a los hombres, se manifestó a los seres inferiores, unas veces mediante visiones de ángeles y otras por sí mismo, como poder salvador de Dios, a uno o dos de los antiguos varones amigos de Dios y no de otra manera que, en forma de hombre,⁴⁹ la única en que a ellos podía aparecerse.

22. Pero una vez que, por intermedio de estos, la semilla de la religión se extendió a una muchedumbre de hombres y surgió de los primeros hebreos de la tierra una nación entera que se aferró a la religión, Dios, por medio del profeta Moisés,⁵⁰ hizo a estos, como a hombres que todavía continuaban en su antiguo género de vida, entrega de imágenes y símbolos de cierto misterioso

47 Cf. Col 1,15; Pr 8,22.

48 Cf. Jn 1,1.

49 Cf. 1 Co 1,24.

50 En la perspectiva de la HE, Moisés es el instrumento de Dios, y la religión judía, una religión capaz de suavizar la condición del hombre tras la caída, aunque a base de imágenes y símbolos, como puente entre los «primeros hebreos», poseedores de la «verdadera religión», y sus auténticos sucesores y continuadores: los cristianos. Sin embargo, en su *Praeparatio Evangelica*, 7,8, Eusebio dice que el pueblo judío está corrompido por el influjo de los egipcios, y por ello necesita la ley mosaica.

sábado y de la circuncisión y los inició en otros preceptos espirituales, pero no les desveló el misterio mismo.

23. Pero su ley cobró fama y como brisa fragante se difundió entre todos los hombres. Entonces ya, a partir de ellos, las mentes de la mayoría de las gentes se fueron suavizando por influjo de legisladores y de filósofos de aquí y de allá y la condición propia de animales rudos y salvajes se fue cambiando en suavidad, de suerte que lograron una paz profunda,⁵¹ amistades y trato de unos con otros. Pues bien, es entonces cuando, al fin, en los comienzos del Imperio romano y por medio de un hombre que en nada difería de nuestra naturaleza en cuanto a la sustancia corporal, se manifestó a todos los hombres y a todas las naciones esparcidas por el mundo dándoles por preparados y dispuestos ya para recibir el conocimiento del Padre, aquel mismo maestro de virtudes en persona, el colaborador del Padre en toda obra buena, el divino y celestial Verbo de Dios; y tan grandes cosas realizó y padeció, cuales se hallaban en las profetas; éstas hablan proclamado de antemano que un hombre y Dios a la vez, vendría a morar en esta vida y obraría maravillas y sería señalado como maestro de la religión de su Padre para todas las naciones; también habían proclamado el portento de su nacimiento, la novedad de su enseñanza, sus obras admirables y, por si fuera poco, el modo de su muerte, su resurrección de entre los muertos y, sobre todo, su divina restauración en los cielos.

24. En cuanto al reinado final⁵² del Verbo, el profeta Daniel, contemplándolo por influjo del espíritu divino, se sintió divinamente inspirado y describió así, bastante al estilo humano, su visión: *Porque yo —dice— estaba mirando hasta que fueron colocados tronos y un anciano de muchos días se sentó. Y era su vestido blanco igual que nieve y su cabellera como lana limpia, su trono, llama de fuego y sus ruedas, fuego ardiente. Un rio de fuego brotaba delante de él y miles de millares le servían y miríadas y miríadas asistían delante de él. Se sentó el tribunal y se abrieron los libros.*⁵³

25. Y a las pocas líneas continúa diciendo: *Estaba yo contemplando y vi venir con las nubes*

51 Eusebio piensa aquí, sin duda alguna, más que la paz de Augusto, en la paz moral, fruto de la difusión de la ley judía, según Is 2,1-5. Solamente *Praeparatio Evangelica*, escrita entre 314 y 320, después de haber repensado estos datos sobre la civilización desde un punto de vista no de historia de la salvación, sino de historia y de política, sin más, la identificará con la paz del Imperio romano.

52 La partícula *γοῶν* parece introducir una distinción entre este reinado final del Verbo y la restauración obrada por Él, aludida en el párrafo anterior. Sin embargo, la relación entre ambos no está clara.

53 Dn 7,9-10.

*del cielo como un hijo de hombre que avanzó hasta el anciano de muchos días y lo presentaron delante de este. Y le fueron dados el señorío y la gloria y el reino y todos los pueblos, tribus y lenguas serán siervos suyos. Su poderío es poderío eterno, no pasará. Y su reino no será destruido.*⁵⁴

26. Ahora bien, está claro que todas estas cosas no podrían referirse a otro que a nuestro Salvador, al Dios-Verbo, que en el principio estaba en Dios⁵⁵ y que, por causa de su encarnación en los últimos tiempos, se llamó Hijo del hombre.

27. Pero démonos por contentos con lo dicho, para la obra presente, pues en comentarios especiales⁵⁶ tengo ya recogidas las profecías que atañen a Jesucristo, Salvador nuestro y en otros escritos he dado una mejor demostración de cuanto hemos expuesto acerca de Él.

3

EL NOMBRE DE JESÚS Y EL MISMO DE CRISTO, HABÍAN SIDO YA CONOCIDOS DESDE ANTIGUO Y HONRADOS POR LOS PROFETAS INSPIRADOS POR DIOS

1. Ha llegado ya el momento de demostrar que también entre los antiguos profetas, amigos de Dios, se honraba ya los nombres mismos de Jesús y de Cristo.

2. Moisés mismo fue el primero en conocer el nombre de Cristo, como el más augusto y glorioso, cuando hizo entrega de figuras, símbolos e imágenes misteriosas de las cosas del cielo, conforme al oráculo que le decía: *Mira, harás todas las cosas según el modelo que te ha sido mostrado en el monte;*⁵⁷ y celebrando al sumo sacerdote de Dios en tanto y en cuanto le es posible a un hombre, lo proclama «Cristo».⁵⁸ A esta dignidad del supremo sacerdocio, que para él sobrepasa a toda otra primera dignidad de entre los hombres, sobre el honor y la gloria, le añade el nombre de Cristo. Así, pues, él conocía el carácter divino de Cristo.

3. Pero es que el mismo Moisés, por obra del espíritu divino, conoció de antemano bien claramente incluso el nombre de Jesús, considerándolo asimismo digno de un privilegio insigne. En

54 Dn 7,13-14.

55 Jn 1,1.

56 Eusebio debe referirse *Introducción general elemental cuyos libros 6-9* pasaron a formar parte de *Eclogae pro pheticae*, que actualmente constituyen un tratado de las profecías mesiánicas en cuatro libros.

57 Ex 25,40; cf. Hb 8,5.

58 Lv 4,5.16; 6,22.

efecto, nunca se había pronunciado este nombre entre los hombres antes de ser conocido por Moisés. Este aplica el nombre de Jesús primera y únicamente a aquel que, una vez más conforme a la figura y al símbolo, sabía que habría de sucederle, después de su muerte, en el mando supremo.⁵⁹

4. Nunca antes su sucesor había usado el nombre de Jesús, sino que se le llamaba por otro nombre, Ausé, precisamente el que le habían puesto sus padres.⁶⁰ Moisés le dio el nombre de Jesús como un privilegio precioso, mucho mayor que el de una corona real. Le dio ese nombre porque, en realidad, el mismo Jesús, hijo de Navé, era portador de la imagen de nuestro Salvador, el único que, después de Moisés y después de haber concluido el culto simbólico por él transmitido, le sucedería en el mando de la verdadera y firmísima religión.

5. Y de esta manera Moisés, como haciéndoles el más grande honor, aplicó el nombre de Jesucristo nuestro Salvador a los dos hombres que, según él, más sobresalían en virtud y en gloria sobre todo el pueblo, a saber, al sumo sacerdote y al que le habla de suceder en el mando.

6. Pero está claro también, que los profetas posteriores han anunciado a Cristo por su nombre y han dado testimonio por adelantado, no sólo de la conjura del pueblo judío que tendría lugar contra Él, sino también de la llamada que por Él se haría a las naciones. Una vez será Jeremías, al decir así: *El espíritu de nuestro rostro, el Cristo Señor, de quien habíamos dicho: «A su sombra viviremos entre las gentes», cayó preso en sus trampas.*⁶¹ Otra vez será David, que exclama perplejo: *¿Por qué se amotinaron las naciones y los pueblos maquinaron planes vanos? Asistieron los reyes de la tierra y los príncipes se aunaron contra el Señor y contra su Cristo;*⁶² y añade luego, hablando en la persona misma de Cristo: *El Señor me dijo: Mi hijo eres tú; yo te he engendrado hoy. Pídeme y te daré en heredad las naciones y en posesión los confines de la tierra.*⁶³

7. Pero es de saber que, entre los hebreos, el nombre de Cristo no era ornato únicamente de los que estaban investidos con el sumo sacerdocio y eran ungidos simbólicamente con óleo preparado, sino también de los reyes, a los cuales ungían los profetas por inspiración divina y hacían de ellos

59 Nm 13,16.

60 La forma Ausé de los Setenta no le gustaba a San Jerónimo, que la sustituye por Oseas. Lo importante, sin embargo, es el cambio de nombre. Moisés da a su sucesor el nombre de Jesús (según la lectura de los Setenta, Josué en la masorética). La tipología Josué-Jesucristo era ya común entre los Padres anteriores a Eusebio.

61 Lam 4,20.

62 Sal 2,1-2.

63 Sal 2,7-8.

imágenes de Cristo, pues, efectivamente, estos reyes llevaban ya en sí mismos la imagen del poder regio y soberano del único y verdadero Cristo, Verbo divino, que reina sobre todas las cosas.

8. Además, la tradición nos ha hecho saber igualmente, que incluso algunos profetas se han convertido en Cristos, en figura, por obra de la unción con el óleo,⁶⁴ de suerte que todos éstos hacen referencia al verdadero Cristo, el Verbo divino y celestial, único sumo Sacerdote del universo, único rey de toda la creación y, entre los profetas, único sumo Profeta del Padre.

9. Prueba de ello es que ninguno de los que antiguamente fueron ungidos simbólicamente: ni sacerdotes, ni reyes, ni profetas, poseyeron tan alto poder de virtud divina como está demostrado que poseyó Jesús, nuestro Salvador y Señor, el único y verdadero Cristo.

10. Al menos ninguno de ellos, por más que brillara por su dignidad y por su honor entre los suyos en tantas generaciones, dio jamás el apelativo de cristiano a sus súbditos, aplicándoles en figura el nombre de Cristo. Ni tampoco sus súbditos rindieron a ninguno de ellos el honor del culto, ni fue tal su predisposición, que después de su muerte estuvieran preparados para morir por el mismo al que así honraban. Y por ninguno de ellos hubo una conmoción tal de todas las naciones del ancho mundo. Y es que la fuerza del símbolo que en ellos habla, era incapaz de obrar como obró la presencia de la verdad demostrada a través de nuestro Salvador.

11. Este de nadie tomó símbolos y figuras del sumo sacerdocio; ni descendía, en cuanto al cuerpo, de familia sacerdotal; ni fue elevado a la dignidad regia por un cuerpo de guardia compuesto de hombres; ni siquiera fue un profeta igual que los de antaño, ni obtuvo entre los judíos precedencia alguna de honor ni de cualquier otra clase; y, sin embargo, está adornado por el Padre de todas estas prerrogativas, y no, por cierto, en figura, sino en su misma verdad.⁶⁵

12. Así, pues, sin haber sido objeto de nada semejante a lo que hemos descrito, es proclamado Cristo con más motivo que todos aquéllos y, siendo Él mismo el único y verdadero Cristo de Dios, llenó el mundo entero de cristianos, esto es, de su nombre realmente venerable y sagrado. Ya no son figuras e imágenes lo que Él entrega a sus seguidores, sino las mismas virtudes en su pureza y

⁶⁴ Cf. 1 Cro 19,16. Para esta afirmación, Eusebio debe de apoyarse en la tradición, ya que por la Escritura solo se tiene noticia de Eliseo; recuérdese que «Cristo» significa «ungido».

⁶⁵ Cristo es, pues, profeta, sumo sacerdote y rey. Eusebio parece recoger aquí la distinción, ignorada por el Nuevo Testamento, de las tres funciones que, según algunos círculos esenios del judaísmo palestino de los siglos II y I a. C., tal como se lee en algunos pasajes de los manuscritos del Qumran, serían desempeñados por un profeta y por dos mesías, sumo sacerdote de la comunidad el uno y jefe laico y político el otro. Eusebio encuentra las tres funciones reunidas en Cristo.

una vida de cielo con la misma doctrina de la verdad.

13. Y la unción que ha recibido no es ya la preparada con sustancias materiales, sino algo divino por el Espíritu de Dios, por su participación en la divinidad ingénita del Padre. Esto mismo justamente es lo que enseñaba Isaías cuando clamaba, igual que si lo hiciera con la voz misma de Cristo: *El Espíritu del Señor está sobre mí, por esto me ungió: me envió para anunciar la buena nueva a los pobres y pregonar a los cautivos la libertad y a los ciegos el ver de nuevo.*⁶⁶

14. Y no solamente Isaías. También David se vuelve hacia el mismo Cristo y le dice: *Tu trono es, ¡oh Dios!, eterno y para siempre; el cetro de tu reino, cetro de rectitud. Amaste la justicia y aborreciste la maldad, por eso te ungió Dios, tu Dios, con óleo de gozo, más que a tus compañeros.*⁶⁷ Aquí, el primer versículo del texto lo llama Dios; el segundo le honra con el cetro real.

15. Y a continuación, después de su poder divino y regio, muestra al mismo Cristo, en tercer lugar, ungido no con el óleo que procede de materia corporal, sino con el óleo divino del gozo, por el que se viene a significar su excelencia, su superioridad y su diferencia respecto de los antiguos, ungidos más corporalmente y en figura.

16. Y en otro pasaje, el mismo David descubre las cosas que atañen a Cristo con estas palabras: *Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha mientras pongo a tus enemigos por escabel de tus pies.*⁶⁸ Y también: *De mi seno te engendré antes del alba. Juró el Señor y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec.*⁶⁹

17. Ahora bien, este Melquisedec aparece en las Sagradas Escrituras como sacerdote del Dios Altísimo,⁷⁰ sin que sea señalado con algún óleo preparado y sin que esté emparentado con el sacerdocio hebraico por sucesión alguna hereditaria. Por eso es por lo que nuestro Salvador es proclamado con juramento Cristo y Sacerdote según su orden y no según el de los otros, que habían recibido símbolos y figuras.⁷¹

18. De ahí que tampoco la historia nos haya transmitido, que Cristo fuera ungido corporalmente entre los judíos, ni que naciera de una tribu sacerdotal, sino al revés, que recibió su ser de Dios

66 Is 61,1; Lc 4,18-19. En la interpretación de estos pasajes, Eusebio se halla en la más pura línea prenicena.

67 Sal 44,7-8; cf. Hb 1,8-9.

68 Sal 109,1; cf. Hb 1,13.

69 Sal 109,3-4.

70 Gn 14,18-20.

71 Cf. Hb 6,20; 7,11-27.

mismo antes del alba, esto es, antes de la creación del mundo y que entró en posesión de un sacerdocio inmortal y duradero por la eternidad sin fin.

19. Una prueba sólida y patente de esta unción incorporal y divina es que, de todos los hombres de su tiempo y de los que luego han seguido hasta hoy, únicamente Él, entre todos y en el mundo entero, ha sido llamado y proclamado Cristo; solamente a Él reconocen bajo este nombre, dan testimonio de Él y le recuerdan todos, lo mismo entre griegos que entre bárbaros; y hasta hoy todavía sus seguidores, repartidos por toda la tierra habitada, siguen dándole honores de rey, admirándole más que como a profeta y glorificándolo como a verdadero y único sumo Sacerdote de Dios y, además de todo esto, por ser Verbo de Dios, preexistente y nacido antes de todos los siglos y por haber recibido del Padre honores divinos, lo adoran como a Dios.

20. Y lo que aún es más extraordinario: que quienes le estamos consagrados no solamente le honramos con la voz y con palabras, sino también con la plena disposición del alma, hasta el punto de estimar en más el martirio por Él que nuestra propia vida.

4

CARÁCTER DE LA RELIGIÓN ANUNCIADA POR CRISTO A TODAS LAS NACIONES, NO ERA NUEVO NI EXTRAÑO

1. Baste con lo dicho, como algo necesario antes de empezar mi narración, para que ya nadie piense que nuestro Salvador y Señor Jesucristo es algo nuevo, por el hecho del tiempo de su vida en carne mortal. Pero, para que nadie suponga tampoco que su doctrina es nueva y extraña, como si la hubiera compuesto un hombre reciente y en nada diferente de los demás hombres, tratemos de explicarnos también con brevedad sobre este punto.

2. No hace todavía mucho tiempo, efectivamente, que brilló sobre todos los hombres la presencia de nuestro Salvador Jesucristo y un pueblo, nuevo⁷² en el concepto de todos, ha hecho su aparición así, de repente, conforme a las inefables predicciones de los tiempos; un pueblo no pequeño, ni débil, ni asentado en cualquier rincón de la tierra, sino, al contrario, el más numeroso y el más religioso de todos los pueblos, indestructible e invencible, por ser en todo momento objeto

72 Ya en 1 P 2,9-10, los cristianos son una raza nueva, un pueblo nuevo. Desde entonces, el tema se repite en los escritores de los primeros tiempos.

del favor divino; el pueblo al que todos honran con el nombre de Cristo.

3. Uno de los profetas que, con los ojos del Espíritu de Dios, contempló anticipadamente la existencia futura de este pueblo, se llenó de tal asombro, que rompió a gritar: *¿Quién oyó semejante cosa? ¿Y quién habló así? ¡Parir la tierra en un día y nacer un pueblo de una vez!*⁷³ Y el mismo profeta hace también alusión, en otro lugar, al nombre futuro de ese pueblo, cuando dice: *Y a mis siervos se les llamará por un nombre nuevo, que será bendito sobre la tierra.*⁷⁴

4. Y, aunque si está claro, que nosotros somos nuevos y que este nuevo nombre de cristianos realmente ha sido conocido entre todas las naciones recientemente, no obstante y a pesar de ello, el que nuestra vida y el carácter de nuestra conducta, ajustada a los preceptos mismos de la religión, no sea invención nuestra de ayer, sino que, por así decirlo, se mantuvo en vigor desde la primera creación del hombre, gracias al buen sentido de aquellos antiguos varones amigos de Dios, lo demostraremos aquí.

5. El pueblo hebreo no es un pueblo nuevo,⁷⁵ antes bien, de todos es sabido, que todos los hombres lo estimaron por su antigüedad. Pues bien, sus documentos y escritos mencionan a unos hombres antiguos, espaciados y escasos en número, ciertamente, pero, en cambio, excelentes en religiosidad, en justicia y en todas las demás virtudes. De ellos, unos vivieron antes del diluvio y los otros después. Y entre los hijos y descendientes de Noé, sobresale especialmente Abrahán, al que los hijos de los hebreos se jactan de tener por autor y primer padre.

6. Si, remontándose desde Abrahán hasta el primer hombre, alguien añadiera que todos esos varones, cuya justicia está bien atestiguada, fueron cristianos, si no de nombre, sí por sus obras, no andaría equivocado.⁷⁶

7. Porque lo que ese nombre significa es que el cristiano, a causa del conocimiento de Cristo y de su doctrina, sobresale por su sobriedad, por su justicia, por la firmeza de su carácter, por el valor de su virtud y por el reconocimiento de un solo y único Dios de todas las cosas;⁷⁷ y el interés de aquellos hombres por todas estas cosas en nada era inferior al nuestro.

73 Is 66,8.

74 Is 65,15-16.

75 También esta afirmación tiene su historia. Nacida de los medios judíos, como puede comprobarse por el *Contra Apionem*, de Flabio Josefo, es recogida posteriormente por la apologética cristiana.

76 Esos varones ni eran judíos —son anteriores a la ley de Moisés— ni habían seguido el politeísmo de helenismo, las dos únicas realidades que Eusebio vela fuera del cristianismo. Son hebreos que, según este párrafo y los siguientes, pueden llamarse cristianos.

77 Aquí Eusebio parece suponer la identificación entre razón y revelación.

8. No se preocuparon de la circuncisión corporal, como tampoco nosotros; ni de la guarda del sábado, como nosotros tampoco; ni de la abstención de tales o cuales alimentos, ni de apartarse de tantas otras cosas como después Moisés, el primero que comenzó, dejó por tradición que, como símbolos, se cumplieran, y que nosotros, los cristianos de ahora, tampoco guardamos. En cambio, claramente conocieron al Cristo de Dios si, como antes hemos demostrado, se apareció a Abrahán, trató con Isaac, habló a Israel y conversó con Moisés y con los profetas posteriores.⁷⁸

9. Por lo que bien echarás de ver que aquellos amigos de Dios son también dignos del sobre-nombre de Cristo, conforme a la sentencia que dice de ellos: *No toquéis a mis Cristos, ni hagáis mal a mis profetas.*⁷⁹

10. De donde claramente se ve la necesidad de creer que aquella religión, la primera, la más antigua y más venerable de todas, hallazgo de aquellos mismos varones amigos de Dios y compañeros de Abrahán, es la misma que recientemente se anunció a todos los pueblos por la enseñanza de Cristo.

11. Quizás se objete que Abrahán recibió mucho tiempo después el mandato de la circuncisión, pero también se proclama y se da testimonio de su justicia a causa de su fe, anterior a ese mandato, pues dice así la divina Escritura: *Y creyó Abrahán a Dios y se le contó por justicia.*⁸⁰

12. Y a él, así justificado, antes ya de la circuncisión, Dios, que se le apareció (y este Dios era Cristo mismo, el Verbo de Dios), le participó un oráculo concerniente a los que en los tiempos venideros serían justificados del mismo modo que él: los términos de la promesa son: *Y en ti serán benditos todos los pueblos de la tierra;*⁸¹ y también: *Y se hará un pueblo grande y numeroso y en él serán benditos todos los pueblos de la tierra.*⁸²

13. Ahora bien, se puede establecer que esto se ha cumplido en nosotros, porque, efectivamente, Abrahán fue justificado por su fe en el Verbo de Dios, el Cristo, que se le había aparecido, después que hubo dicho adiós a las supersticiones de sus padres y al error de su vida anterior⁸³ y luego de confesar un solo Dios, que está sobre todas las cosas y de honrarlo con obras de virtud,

78 Gn 18,1; 26,2; 35,1.

79 Sal 104,15.

80 Gn 15,6; cf. Rm 4,3.9-10.

81 Gn 12,3; 22,18.

82 Gn 18,18.

83 Cf. Gn 12,1.

no con las obras de la ley de Moisés, que vino después. Y siendo tal, a él le fue dicho que todas las tribus de la tierra y todos los pueblos serían bendecidos en él.

14. Pues bien, en los tiempos presentes, esta misma forma de religión de Abrahán solamente aparece practicada, con obras más visibles que las palabras, entre los cristianos repartidos por todo el mundo habitado.

15. Por lo tanto, ¿qué podría ya impedirnos reconocer una única e idéntica vida y forma de religión para nosotros, los que procedemos de Cristo y para aquellos antiguos amigos de Dios? De este modo habremos demostrado que la práctica de la religión que nos ha sido transmitida por la enseñanza de Cristo no es nueva ni extraña, sino, para ser plenamente veraces, la primera y la única verdadera. Y baste con esto.

5

MANIFESTACIÓN DE CRISTO A LOS HOMBRES

1. Bien, después de este preámbulo, necesario para la historia eclesiástica que me he propuesto, nos queda ya sólo comenzar nuestra especie de viaje, partiendo de la manifestación de nuestro Salvador en su carne y después de invocar a Dios, Padre del Verbo y al mismo Jesucristo, Salvador y Señor nuestro, Verbo celestial de Dios, como ayuda y colaborador nuestro en la verdad de la exposición.

2. Así, pues, corría el año 42 del reinado de Augusto y el vigésimo octavo desde el sometimiento de Egipto y muerte de Antonio y de Cleopatra (en la cual se extinguió la dinastía egipcia de los Tolomeos), cuando nuestro Salvador y Señor Jesucristo nace en Belén de Judea, conforme a las profecías acerca de Él,⁸⁴ en tiempos del primer empadronamiento y siendo Cirino gobernador de Siria.⁸⁵

3. Este empadronamiento de Cirino lo registra también el más ilustre de los historiadores

⁸⁴ Mi 5,1; cf. Mt 2,5-6.

⁸⁵ Lc 2,2. De los datos indicados por Eusebio resulta que Cristo nació entre los años 3-2 antes de nuestra era, haciéndolo coincidir con el empadronamiento de Cirino, lo mismo que Orígenes (*Com. in Math.* 322,15). Sin embargo, el pasaje de Flavio Josefo que Eusebio ha omitido, fija la misión de Cirino en Judea el año 6 d.C., cuando fue depuesto Arquelao (año 37 después de la batalla de Accio, ocurrida en setiembre del 31 a.C.).

hebreos, Flavio Josefo,⁸⁶ al relatar otros hechos referentes a la secta de los galileos, surgida por aquel entonces y de la cual hace mención también nuestro Lucas en los Hechos cuando dice: *Después de este se levantó Judas el Galileo, en los días del empadronamiento y arrastró al pueblo detrás de sí. También ese pereció y todos los que le obedecieron fueron dispersados.*⁸⁷

4. A estas indicaciones, pues, el mencionado Josefo viene a añadir literalmente en el libro XVIII de sus *Antigüedades* lo siguiente:

«Cirino, miembro del senado, hombre que había desempeñado ya los otros cargos, por los que había ido pasando, sin omitir uno solo, hasta llegar a cónsul y grande por su dignidad en todo lo demás, se apersonó en Siria acompañado por unos pocos, enviado por César como juez de la nación y censor de los bienes».⁸⁸

5. Y un poco después dice:

«Pero Judas el Gaulanita —de la ciudad llamada Gaula—, tomando consigo a Sadoc, un fariseo, andaba instigando a la rebelión; decía que el censo no podía conducir a otra cosa que a una abierta esclavitud y exhortaba al pueblo a aferrarse a la libertad».⁸⁹

6. Y sobre el mismo escribe en el libro II de sus *Historias de la guerra judía*:

«Por este tiempo, cierto galileo, llamado Judas, provocó a rebelión a los habitantes del país, reprochándoles el someterse al pago del tributo a los romanos y el soportar a unos amos mortales después de a Dios».

Así Josefo.

6

SEGÚN LAS PROFECÍAS, EN TIEMPO DE CRISTO CESARON LOS PRÍNCIPES QUE ANTERIORMENTE VENÍAN RIGIENDO POR LÍNEA DE SUCESIÓN HEREDITARIA A LA NACIÓN JUDÍA Y EMPEZÓ A REINAR HERODES, EL PRIMER EXTRANJERO

1. Fue en este tiempo cuando asumió el reinado sobre el pueblo judío, por primera vez, Herodes, de linaje extranjero y tuvo cumplimiento la profecía hecha por medio de Moisés, que decía: *No faltará jefe salido de Judá ni caudillo nacido de sus muslos hasta que llegue aquel para quien está reservado,*⁹⁰ y le señala como esperanza de las naciones.

86 Nacido el año 37 d.C., Flavio Josefo vivió y colaboró con los romanos desde el año 67 y en roma compuso sus obras. Murió a comienzos del siglo II.

87 Hch 5,37.

88 Josefo, *Antigüedades de los judíos (AJ)* 18(1)1.

89 Josefo, *AJ* 18(1)4.

90 Gn 49,10.

2. Incumplida estuvo, efectivamente, la predicción durante el tiempo en que todavía les estaba permitido vivir bajo gobernantes propios de su nación, comenzando desde el mismo Moisés y continuando hasta el imperio de Augusto. En tiempos de este es cuando, por primera vez, un extraño, Herodes, se ve investido por los romanos con el gobierno sobre los judíos. Según nos informa Josefo,⁹¹ era idumeo por parte de padre y árabe por parte de madre. Pero, según Africano⁹² —que no era un historiador improvisado—, los que nos dan una información exacta⁹³ sobre Herodes dicen que Antípatro (éste era su padre) era hijo de cierto Herodes de Ascalón, uno de los llamados *hieródulos*,⁹⁴ que servía en el templo de Apolo.⁹⁵

3. Este Antípatro, siendo niño, fue raptado por unos bandidos idumeos y con ellos vivió, porque su padre, pobre como era, no podía ofrecer un rescate por él. Criado en medio de sus costumbres, más tarde trabó amistad con Hircano,⁹⁶ sumo sacerdote judío. De él nació el Herodes de los tiempos de nuestro Salvador...

4. Habiendo, pues, venido el reino judío a manos de tal sujeto, la expectación de las naciones, conforme a la profecía, estaba ya también a las puertas:⁹⁷ habían desaparecido del reino los príncipes y caudillos descendientes por vía de sucesión, entre ellos del mismo Moisés.

5. Al menos habían reinado antes de la cautividad y de la emigración a Babilonia⁹⁸ comenzando por Saúl —el primero— y por David. Y antes de los reyes, les habían gobernado unos caudillos, los llamados jueces, que habían empezado también después de Moisés y del sucesor de este, Josué.

6. Poco después del regreso de Babilonia, se sirvieron ininterrumpidamente de un régimen político de oligarquía aristocrática (eran los sacerdotes quienes estaban a la cabeza de los asuntos), hasta que el general romano Pompeyo atacó a Jerusalén, la asaltó por la fuerza y profanó los lugares santos, adentrándose hasta la parte más recóndita del templo. Y al que hasta aquel momento había subsistido por sucesión hereditaria, en calidad de rey y de sumo sacerdote al mismo tiempo

91 Josefo, AI 14 (prol. 2)8; (5)121; BI 1(6,2)123; (8,9)181.

92 Julio Africano había reunido en sus cinco libros de *Cronografías* (concluidos hacia el año 220-221) todo para demostrar la mayor antigüedad de la cultura judía sobre la pagana.

93 Información que dieron seguramente los «desposynoi»

94 Clase de esclavos de los templos.

95 En general, para todos los gobernantes de Judea que llevaron el nombre de Herodes.

96 Hircano II, sumo sacerdote en los años 63-40 a.C., a quien sucedió Antígono.

97 Cf. Mt 24,33.

98 Josefo, AI 11(4,8)112.

—Aristóbulo se llamaba—lo envió encadenado a Roma, junto con sus hijos y entregó el sumo sacerdocio a su hermano Hircano. A partir de aquel momento, el pueblo judío entero quedó convertido en tributario de los romanos.⁹⁹

7. Así, pues, tan pronto como Hircano, último en quien recayó la sucesión de los sumos sacerdotes, fue llevado cautivo por los partos,¹⁰⁰ el senado romano y el emperador Augusto pusieron la nación judía en manos de Herodes, el primer extranjero, como ya dije.

8. En su tiempo fue cuando tuvo lugar visiblemente la venida de Cristo¹⁰¹ y, según la profecía, se siguió la esperada salvación y vocación de los gentiles. A partir de este tiempo, efectivamente, los príncipes y caudillos originarios de Judá, quiero decir los que procedían del pueblo judío, desaparecieron y, naturalmente, en seguida vieron perturbados también los asuntos del sumo sacerdocio, que de manera estable había ido pasando anteriormente de padres a hijos en cada generación.

9. De todo esto encontrarás un testigo importante en Josefo,¹⁰² quien explica cómo Herodes, una vez que los romanos le confiaron el reino, dejó de instituir ya sumos sacerdotes originarios de la antigua estirpe, antes bien, distribuyó ese honor entre gentes sin relieve y dice que, en la institución de los sacerdotes, obraron lo mismo que Herodes, su hijo Arquelao y después de éste, los romanos, cuando se hicieron cargo del gobierno de los judíos.

10. Y el mismo Josefo explica,¹⁰³ cómo Herodes fue el primero en encerrar bajo su propio sello, las vestiduras sagradas del sumo sacerdote, no permitiendo más a los sumos sacerdotes llevarlas sobre sí y que lo mismo hicieron su sucesor Arquelao y, después de éste, los romanos.

11. Todo lo dicho sirva también como prueba del cumplimiento de otra profecía referente a la manifestación de Jesucristo nuestro Salvador. En el libro de Daniel,¹⁰⁴ la Escritura determina clara y expresamente, un número de semanas hasta el Cristo-príncipe —acerca de lo cual hice una exposición detallada en otras obras—¹⁰⁵ y profetiza que, después de cumplidas estas semanas, quedaría exterminada por completo la unción entre los judíos. Ahora bien, claramente se demuestra que también esto se cumplió con ocasión del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo.

99 Josefo, *AI* 20(10,4)244.

100 Josefo, *AI* 14(13,9)364-(13,10)365; 20(8,5)248.

101 Cristo nació, ciertamente, antes de la muerte de Herodes (4 a.C.), probablemente entre los años 8-6 antes de nuestra era.

102 Josefo, *AI* 20(10,5)247-249.

103 Josefo, *AI* (18(4,3)92-93.

104 *Dn* 9,24-27.

105 *Ecl. Proph.* 153,12-165; *DE* 8,2,35-120, pero posterior.

Vaya por delante lo dicho como exposición necesaria para la verdad de las fechas.

7

LA SUPUESTA DISCREPANCIA DE LOS EVANGELIOS ACERCA DE LA GENEALOGÍA DE CRISTO

1. Puesto que, al escribir sus evangelios, Mateo y Lucas nos han transmitido¹⁰⁶ genealogías diferentes acerca de Cristo y a muchos les parece que discrepan y como cada creyente, por ignorancia de la verdad, se ha esforzado en inventar sobre esos pasajes, vamos a aducir las consideraciones sobre este tema llegadas a nosotros y que Africano, mencionado hace poco, recuerda en su carta a Arístides¹⁰⁷ acerca de la concordancia de la genealogía en los evangelios. Refuta las opiniones de los demás por forzadas y mentirosas y expone el parecer que él ha recibido,¹⁰⁸ en estos mismos términos:

2. «Porque, efectivamente, en Israel los nombres de las familias se enumeraban, o bien según la naturaleza, o bien según la ley. Según la naturaleza, por sucesión de nacimiento legítimo; según la ley,¹⁰⁹ cuando uno moría sin hijos y su hermano los engendraba para conservar su nombre (la razón es que aún no se había dado una esperanza clara de resurrección y remedaban la prometida resurrección futura con una resurrección mortal, con el fin de que se perpetuara el nombre del difunto.
3. »Como quiera, pues, que los incluidos en esta genealogía unos se sucedieron por vía natural de padres a hijos y los otros, aunque engendrados por unos, recibían el nombre de otros, de ambos grupos se hace memoria: de los que fueron engendrados y de los que pasaron por serlo.
4. »De este modo, ninguno de los dos evangelios engaña: enumeran según la naturaleza y según la ley. Efectivamente, dos familias, que descendían de Salomón y de Natán respectivamente, estaban mutuamente entrelazadas a causa de las resurrecciones de los que hablan muerto sin hijos, de las segundas nupcias y de la resurrección de descendencia, de suerte que es justo considerar a unos mismos individuos, en diferentes ocasiones, hijos de diferentes padres, de los ficticios o de los verdaderos y también que ambas genealogías son estrictamente verdaderas y llegan hasta José por caminos complicados, pero exactos.
5. »Mas, para que lo dicho resulte claro, voy a explicar la transposición de los linajes. Quien va enumerando las generaciones a partir de David y a través de Salomón, se encuentra con que el tercero por el final es Matán, el cual engendró a Jacob, padre de

106 Mt 1,1-17; Lc 3,23-38.

107 De su carta a Arístides quedan solamente fragmentos. De Arístides no se sabe más.

108 Eusebio da a entender aquí que Africano ha recogido su explicación de alguna otra parte.

109 Cf. Gn 38,8; Dt 25,5-6; Lc 20,28.

José,¹¹⁰ Pero, partiendo de Natán, hijo de David, según Lucas,¹¹¹ también el tercero por el final es Melquí, pues José era hijo de Helí, hijo de Melquí.

6. »Por lo tanto, siendo José nuestro punto de atención, hay que demostrar cómo es que se nos presenta como padre suyo a uno y a otro: a Jacob, que trae su linaje de Salomón, y a Helí, que desciende de Natán; y de qué modo, en primer lugar, los dos, Jacob y Helí, son hermanos; y aun antes, cómo es que los padres de éstos, Matán y Melquí, siendo de linajes diferentes, aparecen como abuelos de José.
7. »Y es que Matán y Melquí se casaron sucesivamente con la misma mujer y procrearon hijos, hijos de una misma madre, pues la ley no impedía que una mujer sin marido — porque este la había repudiado o porque había muerto— se casara con otro.
8. »Pues bien, de Esta (que así es tradición que se llamaba la mujer), Matán, el descendiente de Salomón, fue el primero en engendrar a Jacob; muerto Matán, se casa con su viuda Melquí, cuya ascendencia remontaba a Natán y que, siendo, como dijimos antes, de la misma tribu, era de otra familia. Este tuvo un hijo: Helí.
9. »Y así nos encontramos con que, siendo sus dos linajes diferentes, Jacob y Helí son hermanos de madre. Muerto Helí sin hijos, su hermano Jacob se casó con su mujer y de ella tuvo un tercer hijo, José, el cual, según la naturaleza, era suyo (y según el texto, pues por eso está escrito: *Jacob engendró a José*),¹¹² pero, según la ley, era hijo de Helí, ya que Jacob, por ser hermano suyo, le suscitó descendencia.
10. »Por lo cual no se quitará autoridad a su genealogía. Al hacer la enumeración, el evangelista Mateo dice: *Jacob engendró a José*;¹¹³ pero Lucas procede al revés: *El cual era, según se creía* (porque también añade esto), *hijo de José, que lo fue de Helí, hijo de Melquí*.¹¹⁴ No era posible expresar más certeramente el nacimiento según la ley: va remontando uno por uno hasta *Adán, que fue de Dios*,¹¹⁵ y hasta el final se calla el «engendró», para no aplicarlo a esta clase de paternidad.
11. »Y es que esto no va sin pruebas ni es improvisado. En efecto, los parientes carnales del Salvador, bien por aparentar o bien, simplemente, por enseñar, pero siendo veraces en todo, transmitieron también lo que sigue. Unos ladrones idumeos asaltaron Ascalón, ciudad de Palestina; de un templo de Apolo, que estaba construido delante de los muros, se llevaron cautivo, además de los otros despojos, a Antípatro, hijo de cierto *hieródulo* llamado Herodes. No pudiendo el sacerdote pagar un rescate por su hijo, Antípatro fue educado en las costumbres de los idumeos y más tarde trabó amistad con Hircano, el sumo sacerdote de Judea.¹¹⁶
12. »Fue luego embajador cerca de Pompeyo en favor de Hircano, para el que sacó libre el reino devastado por su hermano Aristóbulo; y él mismo prosperó mucho, pues logró el

110 Mt 1,15-16.

111 Lc 3,23-24. En este pasaje, lo mismo que en el numeral 10, Africano comete un error: Melquí ocupa en Lucas el quinto lugar.

112 Mt 1,16.

113 Mt 1,16.

114 Lc 3,23-24.

115 Lc 3,38.

116 Los informes de Flavio Josefo en *AI* 14(1,3)10 sobre el tema de este párrafo 11, difieren de la tradición recogida por Africano y San Justino (*Dial.* 52,3-4). Es más segura la autoridad de Josefo.

título de *epimeletés* de Palestina.¹¹⁷ A Antípato, asesinado por envidia de su mucha y buena fortuna, le sucedió su hijo Herodes, que más tarde, por decisión de Antonio y Augusto y por decreto senatorial, reinará sobre los judíos. De él fueron hijos Herodes y los otros tetrarcas. Todos estos datos coinciden con las historias de los griegos.¹¹⁸

13. »Además, hallándose inscritas hasta entonces en los archivos las familias hebreas, incluso las que se remontaban a prosélitos, como Aquior¹¹⁹ el ammonita, Rut¹²⁰ la moabita y los que salieron de Egipto mezclados con los hebreos,¹²¹ Herodes, porque en nada le tocaba la raza de los israelitas y herido por la conciencia de su bajo nacimiento, hizo quemar los registros de sus linajes,¹²² creyendo que aparecería como noble por el hecho de que tampoco otros podrían hacer remontar su linaje, apoyados en documentos públicos, a los patriarcas o a los prosélitos o a los llamados «geyoras», los extranjeros¹²³ mezclados.

14. »En realidad, unos pocos, cuidadosos, que tenían para sí registros privados o que se acordaban de los nombres o los habían copiado, se gloriaban de tener a salvo la memoria de su nobleza. Ocurrió que de éstos eran los que dijimos antes,¹²⁴ llamados *despósinoi* por causa de su parentesco con la familia del Salvador y que, desde las aldeas judías de Nazaret y Cocaba, visitaron el resto del país y explicaron la precedente genealogía, comenzando por el *Libro de los días*, hasta donde alcanzaron.¹²⁵

15. »Fuera así o fuera de otra manera, nadie podría hallar una explicación más clara. Yo al menos esto pienso y lo mismo todo el que tiene buenas disposiciones. Aunque no esté atestiguada, ocupémonos de ella, porque no es posible exponer otra mejor y más clara.¹²⁶ En todo caso, el Evangelio dice enteramente la verdad».

16. Y al final de la misma carta añade lo siguiente:

«Matán, del linaje de Salomón, engendró a Jacob. Muerto Matán, Melquí, el del linaje de Natán, engendró de la misma mujer a Helí. Por lo tanto, Helí y Jacob son hermanos uterinos. Muerto Helí sin hijos, Jacob le suscitó descendencia engendrando a José, hijo suyo según la naturaleza, pero de Helí según la ley. Así es como José era hijo de ambos».

Así Africano.

17. Establecida la genealogía de José de esta manera, también María aparece junto con él, por

117 El mismo título se encuentra en Josefo, *AI* 14(8,1)127-(8,3)139. Schuerer asimila sus funciones a las de un procurador, quizá no solo militares, sino también administrativas.

118 Lo mismo puede aludir a Nicolás de Damasco que a Tolomeo de Ascalón.

119 *Jdt* 5,5; 14,10.

120 *Rt* 1,16-22; 2,2; 4,19-22.

121 *Ex* 12,38; *Dt* 23,8.

122 Quedaron, sin embargo, algunos registros públicos, según resulta de la autobiografía de Josefo (*De vita sua* 1,6)

123 Con la palabra «geyoras», Africano transcribe el término *ger* en el sentido que toma en *Ex* 12,38: muchedumbre en mescolanza, naturalmente de extranjeros y hebreos; cf. *Ex* 12,19; *Is* 14,1.

124 Ver párrafo 11.

125 El texto utilizado por Eusebio acusa una laguna en que se indicaba sin duda la otra fuente de las explicaciones, además del *Libro de los días*; este bien pudiera ser el de los *Paralip menos*, cuyos primeros capítulos son solamente genealógicos.

126 Julio Africano parece rechazar el testimonio de los *desposynoi* y admitir su explicación solo como mera hipótesis a falta de algo mejor. En todo caso apela y se atiene a la verdad del Evangelio.

fuerza, como siendo de la misma tribu, ya que, al menos según la ley de Moisés, no estaba permitido mezclarse con las otras tribus.¹²⁷ pues se prescribe el unirse en matrimonio con uno del mismo pueblo y de la misma tribu, con el fin de que la herencia familiar no rodara de tribu en tribu. Baste así con lo dicho.

8

INFANTICIDIO PERPETRADO POR HERODES Y EL FIN CATASTRÓFICO DE SU VIDA

1. Nacido Cristo en Belén de Judá, conforme a las profecías¹²⁸ en el tiempo mencionado, Herodes, ante la pregunta de los magos venidos de Oriente, que querían enterarse en dónde se hallaba el nacido rey de los judíos —porque habían visto su estrella y el motivo de su viaje tan largo había sido su empeño de adorar como a Dios al nacido—, turbado no poco por el asunto, como si estuviera en peligro su soberanía —al menos esto era lo que él pensaba realmente—, después de informarse con los doctores de la ley sobre el pueblo dónde esperaban que había de nacer el Cristo, tan pronto como supo que la profecía de Miqueas predecía que en Belén, ordenó, mediante un edicto, matar a los niños de pecho de Belén y de todos sus alrededores, de dos años para abajo, según el tiempo exacto que le indicaron los magos, pensando que también Jesús, como era natural, correría de todas maneras la misma suerte que los otros niños de su edad.

2. Pero el niño, llevado a Egipto, se adelantó a la conjura: un ángel se apareció a sus padres indicándoles de antemano lo que iba a suceder. Esto es lo que nos enseña la Sagrada Escritura del Evangelio.¹²⁹

3. Pero, además de eso, es conveniente echar una mirada a la recompensa del atrevimiento de Herodes contra Cristo y los niños de su edad. Inmediatamente después, sin que mediara la menor Demora, la justicia divina le persiguió cuando aún rebosaba de vida y le mostró el preludeo de cuanto le aguardaba para después de su marcha de acá.

4. No es posible ahora reseñar las sucesivas calamidades domésticas con que anubló la supuesta

127 Nm 36,8-9.

128 Cf. Mi 5,1; Mt 2,5-6

129 Cf. Mt 2,1-7.16.13-15.

prosperidad de su reino: los asesinatos de su mujer, de sus hijos y de otras personas muy allegadas a la familia por parentesco y por amistad. Lo que acerca de ello pueda suponerse deja en la sombra a toda representación trágica. Josefo lo explica prolijamente en sus relatos históricos.¹³⁰

5. Pero sobre cómo, ya desde el momento en que conspiró contra nuestro Salvador y contra los demás niños, un flagelo divino lo arrebató y puso a morir, bueno será escuchar las palabras mismas del escritor, que, en el libro XVII de sus *Antigüedades judías*, escribió el final catastrófico de la vida de Herodes como sigue:

«A Herodes la enfermedad se le iba haciendo más y más virulenta. Dios vengaba sus crímenes.

6. »En efecto, era un fuego suave, que no denunciaba al tacto de los que le palpaban, un abrasamiento como el que por dentro iba acrecentando su corrupción; y luego un ansia terrible de tomar algo, sin que nada pudiera servirle, ulceración y atroces dolores en los intestinos y sobre todo en el colon, con hinchazón húmeda y reluciente en los pies.
7. »En torno al bajo vientre tenía una infección parecida; más aún, sus partes pudendas estaban podridas y criaban gusanos. Su respiración era de una rigidez aguda y en exceso desagradable, por la carga de supuración y por su fuerte asma; en todos sus miembros sufría espasmos de una fuerza insoportable.
8. »Lo cierto es que los adivinos y quienes tienen saber para predecir estas cosas, decían que Dios se estaba haciendo pagar las muchas impiedades del rey».¹³¹

Esto es lo que el autor antedicho anota en la obra mencionada.

9. Y en libro segundo¹³² de sus relatos históricos, nos da una tradición parecida acerca del mismo, escribiendo así:

«Entonces la enfermedad se adueñó de todo su cuerpo y lo iba destrozando con sufrimientos variados. La fiebre, en verdad, era débil, pero resultaba insoportable la comezón de toda la superficie del cuerpo, los dolores continuos del colon, los edemas de los pies, como de un hidrópico, la inflamación del bajo vientre y la podredumbre agusanada de sus partes pudendas, a lo que se ha de añadir el asma, la disnea y espasmos en todos sus miembros, hasta el punto de que los adivinos decían que estas dolencias eran un castigo.

10. »Pero él, aunque luchaba con tales padecimientos, aún se aferraba a la vida y, esperando salvarse, andaba imaginando curas. En todo caso atravesó el Jordán y utilizó las aguas termales de Calirroe. Estas van a parar al mar del Asfalto¹³³ y, como son dulces, son

130 Josefo, *AI* 15(3,5)65ss; (3,9)85; (6,1)161ss; (7,1)202ss; (7,7)240; (16(11,1)356ss; (11,6)387ss; *BI* 1(22,5)443ss; (27,6)550ss. Efectivamente, el año 29 a.C., mataba Herodes a su segunda mujer, Mariana; el año 7 a.C., a los dos hijos que tuvo de ella, Alejandro y Aristóbulo, y solo cinco días antes de su muerte, el año 4 a.C., a Antípatro, hijo de su primera mujer, Doris.

131 Josefo, *AI* 17(6,4-5)168-170.

132 Eusebio supone una división distinta que en los manuscritos de Josefo.

133 Es el mar Muerto, a cuya costa oriental iban a parar las aguas del Calirro.

también potables.

11. »Allí los médicos decidieron recalentar, con aceite caliente, todo su purulento cuerpo en una bañera llena de aceite; se desmayó y entornó los ojos, como acabado. Se armó gran alboroto entre los criados y, al ruido, volvió él en sí. Renunciando desde entonces a la curación, mandó repartir a cada soldado 50 dracmas y mucho dinero a los jefes y a sus amigos.¹³⁴
12. »Emprendió el regreso y llegó a Jericó, presa ya de la melancolía y amenazando casi a la misma muerte. Dio en urdir una acción criminal. Efectivamente, hizo reunir a los notables de cada aldea de toda Judea y los mandó encerrar en el llamado hipódromo.
13. »Llamando después a su hermana Salomé y a su marido Alejandro, dijo: Sé que los judíos festejarán mi muerte, pero puedo ser llorado por otros y tener unos funerales espléndidos, si vosotros queréis secundar mis mandatos. A todos estos hombres aquí custodiados, cuando yo expire, cercadlos al punto con soldados y haced que los maten, para que Judea entera y cada casa, aun a la fuerza, llore por mí».¹³⁵

14. Y un poco más adelante dice:

«Después, torturado también por la falta de alimento y por una tos espasmódica y abrumado por los dolores, tramaba anticipar la hora fatal. Cogió una manzana y pidió un cuchillo, pues tenía por costumbre cortarla para comerla. Después, mirando en torno suyo por temor de que hubiera alguien para impedirselo, levantó su mano derecha con la intención de herirse».¹³⁶

15. Además de estos detalles, el mismo escritor refiere que, antes de haber muerto del todo, ordenó matar a otro de sus hijos legítimos, tercero que añadió a los otros dos ya asesinados anteriormente y al punto, de repente y entre enormes dolores, expiró.¹³⁷

16. Tal resultó el final de Herodes, justamente merecido por el infanticidio perpetrado en Belén por atentar contra nuestro Salvador.¹³⁸ Después de esto, un ángel se presentó en sueños a José, que vivía en Egipto y le ordenó partir con el niño y con su madre hacia Judea, aclarándole que estaban muertos los que buscaban la muerte del niño, a lo que añade el evangelista: *Mas, oyendo que Arquelao reinaba en lugar de su padre Herodes, temió ir allá, pero, avisado en sueños, se retiró a la región de Galilea.*¹³⁹

134 Todo este pasaje aparece muy defectuoso en el texto de Eusebio.

135 Josefo *BI* 1(33,5-6)656-660.

136 Josefo, *BI* 1(33,7)662.

137 Josefo *AI* 17(7,1)187-(8,1)191; *BI* 1(33,7)664-(33,8)665. Se admite como fecha de la muerte de Herodes, a sus setenta años, la primavera del año 4 a.C., finales de marzo o primeros de abril del año 750 de Roma. Eusebio en su *Crónica*, señala el año 46 de Augusto.

138 Cf. Mt 2,16-19.

139 Mt 2,22.

9

TIEMPOS DE PILATO

1. El historiador antedicho, corrobora la noticia de la subida de Arquelao al poder, después de Herodes y describe de qué manera, por testamento de su padre Herodes y por decisión de César Augusto, recibió en sucesión el reino judío y cómo, caído del poder al cabo de diez años, sus hermanos Felipe y Herodes el Joven, junto con Lisaniás, gobernaron sus propias tetrarquías.¹⁴⁰

2. Y el mismo Josefo, en el libro XVIII de sus *Antigüedades*,¹⁴¹ declara que en el año 12 del imperio de Tiberio (pues este fue el sucesor en el Imperio, tras los cincuenta y siete años de reinado de Augusto,¹⁴² Poncio Pilato obtuvo el gobierno de Judea,¹⁴³ en el que se mantuvo diez años completos, casi hasta la muerte de Tiberio.¹⁴⁴

3. Por lo tanto, claramente queda refutada la patraña de los que ahora, últimamente, han divulgado unas *Memorias*¹⁴⁵ contra nuestro Salvador, en las cuales la fecha misma anotada es la primera prueba de la mentira de tales infundios.

4. Efectivamente, sitúan sus atrevidas invenciones, acerca de la pasión del Salvador, en el cuarto consulado de Tiberio, que coincidió con el año séptimo de su reinado, tiempo en el que se demuestra que Pilato ni siquiera había hecho acto de presencia todavía en Judea, al menos si hay que echar mano de Josefo como testigo, quien claramente señala, en su libro antes citado, que Tiberio instituyó a Pilato gobernador de Judea justamente en el año duodécimo de su imperio.

140 Josefo *AI* 17(6,6)188-189; (6,7)195; (9,3)317-319; (9,1)342-344; *BI* 1(23,8)668-669; 2(6,3)93-94; (7,3)111; (9,1)167; cf. Lc 3,1. Sobre la inexactitud de los datos recogidos por Eusebio en este párrafo, cf. Schuerer. Augusto no aceptó para Arquelao el título de rey; le dejó en tetrarquía de Judea, Samaría e Idumea y ratificó los títulos de tetrarcas y la adjudicación de los territorios previstos para sus dos hermanos, Herodes Antipas (o el joven) y Felipe (cf. Tácito, *Hist.* 5,9), que recibirían Galilea y Perea el uno y Batanea, Traconítide y el Haurán el otro. Arquelao permanecerá en el cargo hasta su destitución y destierro a Viena de la Galia el año 6 d.C., pasando sus territorios a provincia romana. Felipe, hasta su muerte en el año 34 d.C.; su tetrarquía anexionada a Siria. Herodes Antipas se verá despojado de sus territorios por Calígula el año 39 d.C., y estos pasarán a dominio de Herodes Agripa, que ya había recibido el año 37 d.C. las tetrarquías de Felipe y de Lisaniás, personaje citado también por Eusebio y Lucas (3,1), aunque sin relación conocida con los tres hijos de Herodes.

141 Josefo, *AI* 18(2,2)32-33.35; (4,2)89.

142 Cincuenta y siete años y cinco meses, es decir, desde el asesinato de Julio César, 15 de marzo del 44 a.C., hasta su muerte, el 19 de agosto del año 14 d.C.

143 En la descripción hallada precisamente en Cesarea de Palestina en 1961, Pilato lleva el título de *praefectus*, título ligado a un mando militar, aunque no sobre las legiones, en el territorio de una provincia o semi provincia en que no era necesario un *egatus* —del orden senatorial—; bastaba un funcionario del orden ecuestre. Eusebio utiliza aquí el título de *procurador*.

144 Lo destituyó el legado de Siria, Vitelio, por las acusaciones presentadas contra él en el ejercicio de su cargo.

145 Estas *Memorias* son, sin duda, las mismas cuya composición y divulgación se denuncia en IX 5,1 7,1, conocidas generalmente como *Acta Pilati*, diferentes de las mencionadas por San Justino (*Apol.* I 35,9; 48,8) y por Tertuliano (*Apolog.* 5 y 31) de las cuales Eusebio parece no saber nada, aunque el tema tratado en II 2, le da ocasión para hablar de ellas. Eusebio se limita aquí a hablar del origen reciente de ellas, partiendo del error cronológico que contenían sobre Pilato, como demuestra en el párrafo siguiente. Según dichas *Memorias* la pasión habría ocurrido el año 21, siendo así que Pilato no fue nombrado gobernados hasta el año 26.

10

SUMOS SACERDOTES DE LOS JUDÍOS BAJO LOS CUALES CRISTO ENSEÑÓ

1. Fue, por lo tanto, en tiempos de éstos, según el evangelista,¹⁴⁶ estando Tiberio César en el año decimoquinto de su imperio y Pilato en el cuarto de su procuración, y siendo tetrarcas del resto de Judea Herodes, Lisantias y Felipe, cuando nuestro Salvador y Señor Jesús, el Cristo de Dios, comenzaba a ser como de treinta años¹⁴⁷ y se presentó al bautismo de Juan¹⁴⁸ y dio entonces comienzo a la proclamación del Evangelio.¹⁴⁹

2. Dice además la divina Escritura, que todo el tiempo de su enseñanza transcurrió durante el sumo sacerdocio de Anás y Caifás,¹⁵⁰ mostrando que, efectivamente, todo el tiempo de su enseñanza se cumplió en los años en que éstos ejercieron sus cargos. Por lo tanto, empezó durante el sumo sacerdocio de Anás y continuó hasta el comienzo del de Caifás, lo que no llega a dar un intervalo de cuatro años completos.¹⁵¹

3. Efectivamente, puesto que las disposiciones legales en aquel tiempo estaban ya en cierta manera abrogadas, se habla roto aquella por la cual los cargos referentes al culto de Dios pertenecían de por vida y por sucesión hereditaria y los gobernadores romanos investían con el sumo sacerdocio a personas diferentes y en tiempos también diferentes, sin que duraran en el cargo más de un año.

4. Refiere, pues, Josefo, que después de Anás, se sucedieron cuatro sumos sacerdotes hasta Caifás. En la misma obra *Antigüedades* escribe lo siguiente:

«Valerio Grato destituyó del sacerdocio a Anás y creó sumo sacerdote a Ismael, hijo de Fabi; pero habiendo cambiado también a éste al cabo de poco tiempo, designa como sumo sacerdote a Eleazar, hijo del sumo sacerdote Anás.

5. »Pero transcurrido un año, destituyó también a éste y entregó el sumo sacerdocio a Simón, hijo de Camito. Pero tampoco a éste le duró el honor del cargo más de un año,

146 Lc 3,1.

147 Cf. Lc 3,23.

148 Cf. Mt 3,13.

149 Cf. Mt 4,17; Mc 1,14.

150 Cf. Lc 3,2; Mt 26,57.

151 Partiendo del supuesto erróneo de los sumos sacerdotes ejercían su cargo un año solamente, Eusebio monta su cuadro cronológico para demostrar que el ministerio público de Cristo duró algo menos de cuatro años. No llega a dominar el material que tiene a mano: no interpreta bien Lc 3,1 (aunque sí en DE 8,2,100) ni deduce de Josefo las conclusiones a que lleva una recta comprensión de su texto completo. Según su argumentación, la pasión de Cristo habría sido el año 18, cuando en *Crónica* la fija en el año 32. Descuido raro.

siendo sucesor suyo José, llamado también Caifás». ¹⁵²

6. Por consiguiente, se demuestra que todo el tiempo de enseñanza de nuestro Salvador, no llega a los cuatro años completos, puesto que desde Anás hasta el nombramiento de Caifás fueron cuatro los sumos sacerdotes que, en cuatro años, ejercieron el cargo anual. Tiene razón el texto evangélico, al menos en señalar a Caifás como sumo sacerdote del año en que se cumplió la pasión del Salvador. ¹⁵³ Al no disentir de la observación precedente, queda también corroborada la duración de la enseñanza de Cristo.

7. Además, nuestro Salvador y Señor llama a los doce apóstoles no mucho después del comienzo de su predicación y a ellos solos de entre los demás discípulos suyos, por privilegio especial, dio el nombre de apóstoles. ¹⁵⁴ Después *designó otros setenta y también a estos los envió, de dos en dos, delante de Él a lodo lugar y ciudad adonde Él había de ir.* ¹⁵⁵

11

TESTIMONIO SOBRE JUAN BAUTISTA Y SOBRE CRISTO

1. No mucho después, Herodes el Joven hizo decapitar a Juan el Bautista. El texto sagrado del Evangelio también lo menciona ¹⁵⁶ y Josefo lo confirma, al menos, al hacer memoria expresa de Herodíades y de cómo Herodes se casó con ella, a pesar de que era mujer de su hermano, después de repudiar a su primera y legítima esposa (hija esta de Aretas, rey de Petra) y de separar a Herodíades de su marido, que aún vivía; menciona también que, por causa de ella, dio muerte a Juan y promovió una guerra contra Aretas, cuya hija había deshonrado. ¹⁵⁷

2. Y dice que, en esta guerra, presentada batalla, el ejército de Herodes fue desbaratado por entero y que todo esto le ocurrió por haber atentado contra Juan.

3. El mismo Josefo ¹⁵⁸ confiesa que Juan fue un hombre justo por demás y que bautizaba, confirmando así lo escrito acerca de él en el texto de los evangelios. Refiere, además, que Herodes fue

152 Josefo, *AI* 18(2,2)34-35; cf. Eusebio *DE* 8,2,100. La duración seguía siendo vitalicia, pero solo teóricamente; de hecho, dependía del arbitrio de los romanos, que solían cambiarlos con mayor o menor frecuencia. Anás lo fue del 6 al 15 d.C. y Caifás del 18 al 36.

153 Cf. Mt 26,3-57; Jn 11,49; 18,13-24.28.

154 Cf. Mt 10,1ss; Mc 3,14ss; Lc 6,13; 9,1ss.

155 Lc 10,1; cf. Eusebio *DE* 3,2,25; 3,37.

156 Cf. Mt 14,1-12; Mc 6,14-29; Lc 3,19-20; 9,7-9.

157 Josefo, *AI* 18(5,1)109-114.

158 Josefo, *AI* 18(5,2)117.

destronado por culpa de la misma Herodíades y con ella se le desterró, condenado a habitar en la ciudad de Viena, en la Galia.¹⁵⁹

4. Esto es lo que narra en el mismo libro XVIII de las *Antigüedades*, donde acerca de Juan escribe textualmente lo que sigue:

«A algunos judíos les parece que fue Dios quien desbarató al ejército de Herodes, haciéndole pagar muy justamente su merecido por lo de Juan, llamado el Bautista.

5. »Porque Herodes le había dado muerte. Era un hombre bueno y que exhortaba a los judíos a ejercitarse en la virtud, a usar de la justicia en el trato de unos con otros y de la piedad para con Dios y a acudir al bautismo. Porque de esta manera también el bautismo le parecía aceptable, no como instrumento de perdón para algunos pecados, sino para la purificación del cuerpo, con tal de que la justicia hubiera purificado al alma de antemano,

6. »Y como quiera que los demás se iban aglomerando en torno a Juan (pues quedaban suspensos escuchando sus palabras), Herodes, temeroso de que una tan grande fuerza de persuasión sobre los hombres, condujera a alguna revuelta (ya que en todo parecían obrar por consejo de Juan), pensó que lo mejor era anticiparse y hacerlo matar antes de que armara una revolución, en vez de verse envuelto en dificultades por un cambio de la situación y tener luego que arrepentirse. Y Juan, por la sospecha de Herodes, fue enviado prisionero a Maqueronte, la fortaleza mentada más arriba y allí se le ejecutó». ¹⁶⁰

7. Después de explicar todo esto acerca de Juan, en la misma obra histórica menciona también¹⁶¹ a nuestro Salvador en los siguientes términos:

«Por este mismo tiempo vivió Jesús, hombre sabio si es que hombre hay que llamarlo, porque realizaba obras portentosas, era maestro de los hombres que recibían gustosamente la verdad y se atrajo no sólo a muchos judíos, sino también a muchos griegos.

8. »Este era el Cristo. Habiéndole infligido Pilato el suplicio de la cruz, instigado por nuestros próceres, los que primero le habían amado no cesaron de amarlo, pues al cabo de tres días nuevamente se les apareció vivo. Los profetas de Dios tenían dichas estas mismas cosas y otras incontables maravillas acerca de él. La tribu de los cristianos, que de él tomó el nombre, todavía no ha desaparecido hasta hoy». ¹⁶²

9. Cuando un escritor salido de entre los mismos judíos, transmite desde el comienzo en sus propias obras estas cosas referentes a Juan Bautista y a nuestro Salvador, ¿qué subterfugio puede

159 Josefo, *AI* 18(7,1)240; (7,2)255. Equivocación de Eusebio: quien fue desterrado a Viena fue Arquelao el año 6 d.C. En cambio, su hermano Herodes el Joven, o Antipas, del que se habla aquí, fue desterrado a Lion, según los manuscritos de *AI*, o a España, según otros manuscritos, de *BI* 2(9,6)183.

160 Josefo, *AI* 18(5,2)116-119; Eusebio *DE* 9,5,15.

161 Esta manera tímida de introducir el texto que va a citar y el hacerlo al finar de su argumentación, pese al contenido, acusan cierta inseguridad en el mismo Eusebio, lo mismo que en *DE* 3,5. Le preocupa el crédito que se pueda dar a las falsas *Memorias* de Pilato y echa mano de todos los argumentos para desenmascararlas. Al socaire del testimonio de Josefo sobre Juan, sin duda indiscutido, aduce otro sobre Cristo que también encuentra en las obras de aquel, pero cuya autenticidad no merece plenas garantías a su sentido crítico, o quizá ya se discutía.

162 Josefo, *AI* 18(3,3)63-64; cf. Eusebio *DE* 3,3,105-106.

quedar a los que urdieron contra ellos las *Memorias*, sin que se evidencie su descaro?

Pero baste lo dicho.

12

DISCÍPULOS DE NUESTRO SALVADOR

1. De los apóstoles del Salvador, al menos el nombre aparece claro para todos en los evangelios.¹⁶³ De los setenta discípulos, en cambio, por ninguna parte aparece lista alguna; sin embargo, se dice al menos que Bernabé era uno de ellos:¹⁶⁴ de él hacen mención especial los *Hechos de los Apóstoles*,¹⁶⁵ igual que Pablo cuando escribe a los Gálatas.¹⁶⁶ Dicen además que también era uno de ellos Sostenes, el que escribe con Pablo a los Corintios.¹⁶⁷

2. La referencia se encuentra en Clemente, en el libro V de las *Hypotyposesis*, en el cual afirma que también Cefas —del que Pablo dice: *Pero cuando Cefas vino a Antioquía, me enfrenté con él*—,¹⁶⁸ era uno de los setenta discípulos y que su homonimia con el apóstol Pedro era casual.¹⁶⁹

3. Y un documento enseña¹⁷⁰ que también Matías —el que fue añadido a la lista de los apóstoles en sustitución de Judas— y el otro que tuvo el honor de entrar con él a suertes, fueron dignos de la misma llamada de entre los setenta.¹⁷¹ Se dice¹⁷² además, que también era uno de ellos Tadeo, del cual ha llegado hasta nosotros un relato que voy a exponer en seguida.¹⁷³

4. Pero, si bien lo consideras, encontrarás que los discípulos del Salvador fueron muchos más que los setenta, atendiendo al testimonio de Pablo, quien dice que, después de su resurrección de entre los muertos, se apareció primero a Cefas, luego a los doce y, después de éstos, a más de

163 Cf. Mt 10,2-4; Mc 3,16-19; Lc 6,14-16.

164 Clemente e Alejandría, *Stromat.* 2,20,16.

165 Cf. Hch 4,36; 9,27; 11,22-30; 12,25; 13-15.

166 Cf. Gal 2,1.9.13.

167 Cf. 1 Co 1,1.

168 Gal 2,11.

169 *Fragm.* 4. Ya en la *Epistula Apostolorum* 2 (Hennecke, I p. 128) se distingue a Cefas de Pedro, aunque los dos forman parte de los doce. La causa de esta distinción, era sin duda, el afán de evitar que la disputa aludida en Gal 2,11 se entendiera de los dos príncipes de los apóstoles, Pedro y Pablo.

170 Eusebio utiliza generalmente la expresión *λόγος κατέχει* cuando se apoya en una tradición recogida en un documento escrito. Este es el sentido que daremos a las expresiones «es tradición», «una tradición dice», etc., con que traduciremos dicha expresión.

171 Cf. Hch 1,23-26.

172 Se dice, *φάσι*: expresa lo referido de oídas, sin apoyo documental; es la expresión contrapuesta a *λόγος κατέχει*.

173 Para Mt, 10,3 y Mc 3,14.18, Tadeo es uno de los doce, mientras que, en la lista de Lucas, no aparece. El relato al que Eusebio alude responde a una tradición anónima, que confunde a Tadeo con Adeo. La distinción inequívoca entre un Tadeo apóstol y otro discípulo vendrá más tarde.

quinientos hermanos juntos, de los cuales afirmaba que algunos habían muerto, pero que la mayor parte aún vivía por el tiempo en que él escribía estas cosas.¹⁷⁴

5. Después dice que se apareció a Santiago. Ahora bien, este era también uno de los mencionados hermanos del Salvador. Y luego, como quiera que, aparte de los dichos, los apóstoles a imagen de los Doce eran muchos más —el mismo Pablo lo era—, prosigue diciendo: *después se apareció a todos los apóstoles.*

Sobre el tema, baste lo dicho.

13

RELATO SOBRE EL REY DE EDESA

1. El relato acerca de Tadeo es como sigue. La fama de la divinidad de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, a causa de su poder milagroso, alcanzó a todos los hombres y, con la esperanza de la curación de sus enfermedades y dolencias de toda especie, atraía a innumerables gentes que habitaban incluso en el extranjero, muy lejos de Judea.

2. En estas circunstancias se hallaba el rey Abgaro,¹⁷⁵ que reinaba excelentemente sobre las gentes de más allá del Éufrates, quien tenía su cuerpo destrozado por una enfermedad terrible e incurable para el humano poder. Así que llegaron a él noticias insistentes sobre el nombre de Jesús y los milagros unánimemente atestiguados por todos, se convirtió en suplicante suyo, enviándole un propio con una carta en la que pedía verse libre de la enfermedad.

3. Pero Jesús no atendió por entonces a su llamada. Sin embargo, le hizo el honor de una carta de su puño y letra, en la que prometía enviarle uno de sus discípulos que le curaría de la enfermedad y al mismo tiempo le llevaría la salvación para él y para todos los suyos.

4. No pasó mucho tiempo sin que Jesús cumpliera su promesa. Después de su resurrección de entre los muertos y de su ascensión a los cielos, Tomás, uno de los doce apóstoles, movido por

174 Cf. 1 Co 15,5-7.

175 Por el encabezamiento de la carta (número 6) vemos que se trata de Abgaro el Negro, o Abgaro V, que reinó dos veces: del año 4 a.C. al 7 d.C., y nuevamente del 13 al 50. El relato hace de él el primer rey cristiano de Edesa, que en realidad fue Abgaro IX, cuyo reinado transcurre entre 179 y 216. Esta fecha (donde Eusebio sigue a Africano) explica el afán de la iglesia de Edesa por encontrar un origen apostólico. Así nació la leyenda cuyo relato y documento epistolar, reunidos por Eusebio, debieron ser compuestos a finales del siglo II o principios del III.

Dios, envió a la región de Edesa a Tadeo¹⁷⁶ —que también se contaba en el número de los setenta discípulos de Cristo— como heraldo y evangelista de la doctrina de Cristo y por su medio se cumplió lo que el Salvador tenía prometido.

5. Tienes de todo esto testimonio escrito, sacado de los archivos de Edesa, que en aquel entonces era la corte. En los documentos públicos que en ellos se guardan y que contienen los hechos antiguos y de los tiempos de Abgar, se encuentra también dicho testimonio,¹⁷⁷ conservado hasta hoy desde entonces. Pero nada mejor que escuchar las cartas mismas que hemos sacado de los archivos y que, traducidas del siríaco,¹⁷⁸ dicen textualmente como sigue:

Copia de la carta escrita por Abgar, toparca, a Jesús y enviada a Jerusalén por el correo Ananías

6. «Abgaro Ucama,¹⁷⁹ toparca, a Jesús, el buen salvador que ha aparecido en la región de Jerusalén, salud:
»Han llegado a mis oídos noticias acerca de tu persona y de tus curaciones, que, al parecer, realizas sin emplear medicinas ni hierbas,¹⁸⁰ pues, por lo que se cuenta, haces que los ciegos recobren la vista y que anden los cojos; limpias a los leprosos y arrojas espíritus impuros y demonios; curas a los que están atormentados por larga enfermedad y resucitas muertos.¹⁸¹
7. »Y yo, al oír todo esto de ti, me he puesto a pensar que una de dos: o eres Dios, que, bajando personalmente del cielo, realizas estas maravillas, o eres hijo de Dios, ya que tales obras haces.
8. »Este es, pues, el motivo de escribirte rogándote que te apresures a venir hasta mí y curarme del mal que me aqueja. Porque, además, he oído que los judíos andan murmurando contra ti y quieren hacerte mal. Pequeñísima es mi duda, pero digna y bastará para los dos».¹⁸²

176 La leyenda aquí recogida, por una confusión de nombres, sin duda voluntaria, para asegurar el origen apostólico del cristianismo edesano, ha hecho que Tadeo suplante a Adeo, nombre del personaje histórico que en la segunda mitad del siglo II evangelizó la zona de Osroene, y parece ser el verdadero apóstol de Edesa. F. C. Burkitt *Tatian's Diatessaron and the Dutch Harmonies*, va más lejos: ve en «Addai» la única forma conocida siríaca del nombre de Taciano, autor del *Diatessaron* que, según la *Doctrina Addai* 34, fue introducido en Edesa por «Addai», precisamente en la época en que Taciano dejó Roma y marchó a Mesopotamia; Tadeo, pues, sería en realidad Taciano.

177 Eusebio va a citar solamente algunos pasajes de esos «documentos públicos». Estos pasajes los hallamos también en siríaco, pero más ampliados, debido sobre todo a interpolaciones, en la obra conocida por *Doctrina Addai* 34, que, en su estado actual, remonta al año 400.

178 Lo más seguro es que no las tradujera Eusebio; tampoco está claro si las tomó él mismo o se las tomaron de los archivos de Edesa, aunque también cabe la posibilidad de que las encontrara ya tal cual en alguna traducción griega independiente de él y no hizo más que copiarlas. Lo que sí parece probable es que dichos documentos se hallaban en los archivos de Edesa, si tenemos en cuenta el afán de esta iglesia por hacer remontar su origen a los mismos apóstoles.

179 Abgar el Negro.

180 Cf. Mt 8,8.

181 Cf. Mt 11,5; Lc 7,22. En esta combinación de los dos sinópticos omite la predicación del Evangelio a los pobres, como hace el *Diatessaron*, que muy probablemente fue la verdadera fuente del forjador siríaco de la carta.

182 Cf. Ecl 9,14; Gn 19,20.

9. Esta es la carta que Abgaro escribió, iluminado entonces por un poco de luz divina. Pero bueno será que escuchemos la carta que al mismo envió Jesús por el mismo correo, carta de pocas líneas, pero de mucha fuerza, cuyo tenor es como sigue:

Respuesta de Jesús a Abgaro, toparca, por medio del correo Ananías

10. «Dichoso tú, que has creído en mí sin haberme visto.¹⁸³ Porque de mí está escrito que los que me han visto no creerán en mí, y que aquellos que no me han visto creerán y tendrán vida.¹⁸⁴ Mas, acerca de lo que me escribes de llegarme hasta ti, es necesario que yo cumpla aquí por entero mi misión y que, después de haberla consumado, suba de nuevo al que me envió.¹⁸⁵ Cuando haya subido, te mandaré alguno de mis discípulos, que sanará tu dolencia y os dará vida a ti y a los tuyos».
11. A estas cartas iba todavía unido, en siríaco, lo siguiente:
- «Después de la ascensión de Jesús, Judas, llamado también Tomás,¹⁸⁶ le envió como apóstol a Tadeo, uno de los setenta, el cual llegó y se hospedó en casa de Tobías, hijo de Tobías. Cuando corrió el rumor acerca de él, avisaron a Abgaro de que había llegado allí un apóstol de Jesús, como se lo había escrito en la carta.
12. »Comenzó, pues, Tadeo, con el poder de Dios,¹⁸⁷ a curar toda enfermedad y flaqueza, hasta el punto de que todos se admiraban.¹⁸⁸ Mas, cuando Abgaro oyó hablar de los portentos y maravillas que obraba y de que también curaba, entró en sospechas de si sería este el mismo del cual Jesús le hablaba en la carta, allí donde decía: Cuando yo haya subido, te mandaré alguno de mis discípulos, que sanará tu dolencia.
13. »Hizo, pues, llamar a Tobías, en cuya casa se hospedaba y le dijo: He oído decir que ha venido cierto hombre poderoso y que se aloja en tu casa. Tráemelo. Se fue Tobías a estar con Tadeo y le dijo: El toparca Abgaro me mandó llamar y me dijo que te llevara hasta él para que le cures; y Tadeo le respondió: Subiré, puesto que he sido enviado a él con poder.
14. »Al día siguiente, Tobías madrugó y, tomando consigo a Tadeo, se fue ante Abgaro. Entró Tadeo estando allí presentes de pie los magnates del rey y al instante de hacer él su entrada, una gran visión se le apareció a Abgaro en el rostro del apóstol Tadeo. Al verla, Abgaro se prosternó ante Tadeo, dejando en suspenso a todos los que le rodeaban, pues ellos no habían contemplado la visión, que sólo se mostró a Abgaro.¹⁸⁹
15. »Este preguntó a Tadeo: ¿De verdad eres tú discípulo de Jesús, el hijo de Dios, el que

183 Cf. Jn 20,21.

184 Is 6,9-10; Mt 13,14-17; Jn 12,39-41; Hch 28,26-27.

185 Cf. Jn 16,5.

186 Esta aclaración, que no está en el siríaco, seguramente es interpolación del traductor griego. En la tradición siríaca, Tomás el Mellizo aparece casi siempre como Judas Tomás. La insistencia en su título de apóstol de Jesús deja traslucir bien claramente las intenciones del autor siríaco.

187 Cf. Mt 4,23; 9,35; 10,1.

188 Cf. Mt 21,15; Mc 5,20.

189 Cf. Hch 9,7.

me tiene dicho: te mandaré alguno de mis discípulos que te curará y te dará vida? Y Tadeo respondió: Porque es muy grande tu fe en el que me envió, por esto he sido yo enviado a ti. Y si todavía crees en él, según la fe que tengas así verás cumplidas las peticiones de tu corazón.¹⁹⁰

16. »Y Abgaro le replicó: De tal manera creí en él, que llegué a querer tomar un ejército y aniquilar a los judíos que lo crucificaron, de no haberme hecho desistir el miedo al Imperio romano. Y Tadeo le dijo: Nuestro Señor ha cumplido la voluntad del Padre y, una vez cumplida, subió al Padre.
17. »Díjole Abgaro: También yo he creído en él y en su Padre. Y Tadeo dijo: Por esto voy a poner mi mano sobre ti en su nombre. Y así que lo hubo hecho, al punto quedó curado el rey de la enfermedad y de la dolencia que tenía.
18. »Y Abgaro se maravilló de que tal como él tenía oído decir acerca de Jesús, así lo acababa de experimentar de hecho por obra de su discípulo Tadeo, el cual, sin fármacos ni hierbas, le había curado. Y no sólo a él, sino también a Abdón, hijo de Abdón, que sufría de gota y que, acercándose también a Tadeo, cayó a sus pies, suplicó con sus manos y fue curado. Y a muchos otros conciudadanos curó Tadeo, obrando maravillas y proclamando la palabra de Dios.
19. »Después de esto, dijo Abgaro: Tadeo, tú haces estos milagros con el poder de Dios y nosotros hemos quedado maravillados. Pero yo te ruego que, además, nos des alguna explicación sobre la venida de Jesús, cómo fue y también sobre su poder: en virtud de qué poder¹⁹¹ obraba él los portentos de que yo he oído hablar.
20. »Y Tadeo respondió: Ahora guardaré silencio. Pero mañana, puesto que fui enviado para predicar la palabra, convoca en asamblea a todos tus ciudadanos y yo predicaré delante de ellos y en ellos sembraré¹⁹² la palabra de vida: sobre la venida de Jesús: cómo fue; y sobre su misión: por qué razón el Padre lo envió; y acerca de su poder, de sus obras y de los misterios de que habló en el mundo: en virtud de qué poder realizaba esto; y acerca de la novedad de su mensaje, de su pequeñez y de su humillación: cómo se humilló¹⁹³ a sí mismo deponiendo y empujando su divinidad; y cómo fue crucificado y descendió al hades e hizo saltar el cerrojo que desde siempre seguía intacto y resucitó muertos y cómo, habiendo bajado solo, subió a su Padre con una gran muchedumbre.¹⁹⁴
21. »Mandó pues, Abgaro, que al alba se reunieran todos sus ciudadanos y que escucharan la predicación de Tadeo y luego ordenó que se le diese oro y plata sin acuñar. Pero él no lo aceptó y dijo: Si hemos dejado lo nuestro, ¿cómo hablamos de tomar lo ajeno?
»Ocurría esto el año 340».¹⁹⁵

22. Baste por el momento con este relato, que no será inútil, traducido literalmente de la lengua siríaca.

190 Cf. Mt 8,13; Mc 9,23; Sal 37,4.

191 Cf. Mt 21,23.

192 Cf. Mt 13,19; Lc 8,12.

193 Cf. Flp 2,8.

194 Cf. 1 P 3,19.

195 Es decir, el año 28-29 d.C. La fecha del texto sigue la era seléucida, que comienza el 1 de octubre del año 312 a.C. y que recibe también los nombres de era de los griegos y era de Alejandro (por suponer su punto de partida en la muerte de Alejandro IV, año 311 a.C.)

LIBRO II

El libro segundo de la *Historia Eclesiástica* contiene lo siguiente:

1. Vida de los apóstoles después de la ascensión de Cristo.
2. Emoción de Tiberio al informarle Pilato de los hechos referentes a Cristo.
3. La doctrina de Cristo, en breve tiempo, se propagó a todo el mundo.
4. Después de Tiberio, Cayo estableció a Agripa como rey de los judíos y castigó a Herodes con el destierro perpetuo.
5. Filón desempeñó una embajada cerca de Cayo en favor de los judíos.
6. Males que afluyeron sobre los judíos después de su avilantez contra Cristo.
7. También Pilato se suicidó.
8. Hambre en tiempos de Claudio.
9. Martirio del apóstol Santiago.
10. Agripa, llamado también Herodes, persiguió a los apóstoles y pronto experimentó la venganza divina.
11. El impostor Teudas.
12. Elena, reina de Adiabene.
13. Simón Mago.
14. Predicación del apóstol Pedro en Roma.
15. Evangelio de Marcos.
16. Marcos fue el primero en predicar a los egipcios el conocimiento de Cristo.
17. Filón cuenta de los ascetas de Egipto.
18. Obras de Filón que han llegado hasta nosotros.
19. Calamidades que se abatieron sobre los judíos de Jerusalén el día de la Pascua.
20. Lo ocurrido en Jerusalén en tiempos de Nerón.
21. Del Egipcio, al que también los *Hechos de los Apóstoles* mencionan.
22. Pablo, enviado preso desde Judea a Roma, pronunció su defensa y fue absuelto de toda acusación.
23. Santiago, el llamado hermano del Señor, sufrió el martirio.
24. Aniano fue nombrado primer obispo de la Iglesia de Alejandría después de Marcos.
25. Persecución en tiempos de Nerón, en la cual Pablo y Pedro se adornaron con el martirio por la religión en Roma.
26. Los innumerables males que envolvieron a los judíos y la última guerra que éstos suscitaron contra los romanos.

*Este libro lo hemos compuesto con extractos de Clemente, de Tertuliano, de Josefo y de Filón.*¹

PRÓLOGO

1. Todos los datos de la *Historia Eclesiástica* que era necesario establecer a guisa de prólogo: lo referente a la divinidad del Verbo salvador, la antigüedad de los dogmas de nuestra doctrina y

¹ Iremos comprobando este afán constante de Eusebio por señalar escrupulosamente las fuentes que utiliza, aunque sea muy poco lo que tome de ellas.

la vetustez de la forma de vida² evangélica de los cristianos; y no solo eso, sino también lo que dice relación con la reciente manifestación de Cristo, con la actividad previa a la pasión y con la elección de los apóstoles; todo esto queda bien explicado en el libro anterior, con razones abreviadas.³

2. Pero en el presente vamos ya a considerar también los hechos que siguieron a su ascensión. Unos los iremos anotando de las Sagradas Escrituras y otros los sacaremos de fuera, de todos los tratados que oportunamente citaremos.

1

VIDA DE LOS APÓSTOLES DESPUÉS DE LA ASCENSIÓN DE CRISTO

1. El primero,⁴ pues, que la suerte designó para el apostolado en sustitución de Judas el traidor fue Matías,⁵ que también había sido uno de los discípulos del Salvador, como ya queda probado. Por otra parte, los apóstoles, mediante la oración e imposición de manos, instituyen además, con destino al ministerio y a causa del servicio común, a unos varones probados, en número de siete: Esteban y sus compañeros.⁶ También fue Esteban, después del Señor y casi a la vez que recibía la imposición de manos, como si le hubieran promovido para esto mismo, el primero en ser muerto a pedradas por los mismos que mataron al Señor⁷ y de esta manera el primero también en llevar la corona —a la que alude su nombre— de los victoriosos mártires de Cristo.

Por aquel entonces, también Santiago, el llamado hermano del Señor⁸ —porque en verdad también a él se le llamaba hijo de José,⁹ ahora bien, el padre de Cristo era José, con el que estaba desposada la Virgen cuando, antes de que convivieran se halló que había concebido del Espíritu

2 Forma de vida o conducta regulada. Esa forma de vida estará regulada generalmente por el Evangelio, como aquí e *infra* 17.15; IV 7.13; 23.2; VII 32.30, por ejemplo, pero también puede tratarse de las leyes que reglamentan la vida de la sociedad helénica, a la que pasa Ammonio al abandonar el cristianismo; cf. *infra* VI 19.7.

3 Con estas palabras, Eusebio quiere dejar bien sentado el carácter introductorio del libro, primero de IU HE.

4 Nótese la frecuente expresión “el primero” en el presente capítulo: 1,2,8,10.13.

5 Cf. Hch 1,15-26; *supra* I 12,3.

6 Hch 6,1-6.

7 Hch 7,58-59.

8 Ga 1,19.

9 Para Mt 10,3; Mc 3,18; Jn 19,25 y Hch 1,13, Santiago era hijo de Alfeo o Cleofás (Cf. Mt 27,56). La opinión de que era hijo de José se encuentra expresa en el ms B. del *Proto evangelio de Santiago*. Eusebio recoge esta tradición y, un poco confusamente, la fusiona con la otra, que afirmaba la viudez de José y que provenía del *Evangelio de Pedro*, al que remite Orígenes (*In Math 10,17*); en la misma línea están Epifanio, Gregorio de Niza e incluso Juan Crisóstomo e Hilario de Poitiers, aunque no Jerónimo. Eusebio, a pesar de sus expresiones reticentes, probablemente pensaba también que Santiago era hijo de José y de una primera esposa, pues tal parece haber sido la opinión de Hegesipo.

Santo, como enseña la Sagrada Escritura de los evangelios;¹⁰ este mismo Santiago, pues, al que los antiguos pusieron el sobrenombre de Justo;¹¹ por el mérito superior de su virtud, se refiere que fue el primero a quien se confió el trono¹² episcopal de la Iglesia de Jerusalén.

3. Clemente, en el libro VI de las *Hypotyposesis*, aduce lo siguiente:

«Porque —dicen— después de la ascensión del Salvador, Pedro, Santiago y Juan, aunque habían sido los predilectos del Salvador, no se adjudicaron este honor, sino que eligieron obispo de Jerusalén a Santiago el Justo».¹³

4. Y el mismo autor, en el libro VII de la misma obra, dice todavía sobre él lo que sigue:

«El Señor, después de su ascensión, hizo entrega del conocimiento a Santiago el Justo, a Juan y a Pedro y estos se lo transmitieron a los demás apóstoles y los demás apóstoles a los setenta, uno de los cuales era también Bernabé.

5. »Hubo dos Santiagos: uno, Justo, que fue precipitado desde el pináculo del templo y rematado a golpes con un mazo de batán;¹⁴ y el otro, el que fue decapitado».¹⁵

De Santiago el Justo hace mención también Pablo cuando escribe: *Otro apóstol no vi, si no es a Santiago, el hermano del Señor*.¹⁶

6. Por este tiempo se cumplió también lo prometido por nuestro Salvador al rey de Osroene, pues Tomás, por impulso divino, envió a Tadeo a Edesa como heraldo y evangelista de la doctrina de Cristo, como lo acabamos de probar con documentos encontrados allí.¹⁷

7. Tadeo, apersonado en el lugar, cura a Abgaro por la palabra de Cristo y deja pasmados con sus extraños milagros a todos los circunstantes.¹⁸ Cuando ya los tuvo suficientemente dispuestos con sus obras, los fue conduciendo hacia la adoración del poder de Cristo y acabó haciéndoles discípulos de la doctrina del Salvador.¹⁹ Desde entonces hasta hoy, la ciudad entera de Edesa está consagrada al nombre de Cristo, dando así una prueba nada común de los beneficios que nuestro

10 Mt 1,18.

11 Cf. *infra* 23,7.

12 Son varias la veces que se utiliza en esta obra la palabra “trono” referida al episcopado de Jerusalén: además de este pasaje: *infra* 23,1; III 5,2; 11,35 VII 14; 19; 32,29. Su aplicación a otros episcopados es más rara: al de Corinto: *infra* IV 23,1; al de Roma VI 29,4; al de Antioquía, aunque esta vez más bien como signo de orgullo de Pablo de Samosata.

13 *Fragmento* 10: cf. *Infra* 23,1; en ambos pasajes sigue a Clemente de Alejandría; en 23,4 sigue a Hegesipo, que refleja otra tradición; en VII 19 combinará las dos.

14 Cf. Hegesipo: *infra* 23,11-18. Al no mencionar más que estos dos Santiagos, parece que Clemente identifica a Santiago el Justo o hermano del Señor con Santiago, hijo de Alfeo (o de Cleofás; cf. Mt 27,56), uno de los Doce, según Mt10,3; Mc 3,18; Jn 19,25; Hch 1,13. Pero no es seguro.

15 Cf. Hch 12,7; Clemente de Alejandría, *Hipotypos*. *Fragm.* 13.

16 Ga 1,19.

17 Cf. *supra* I 13,5ss.

18 *Supra* I 13,11-18.

19 Esta frase resume la actividad de Tadeo y su resultado, omitido *supra* I 13,21.

Salvador les había hecho.

8. Baste con lo dicho, tomado de antiguos relatos y volvamos otra vez a la Sagrada Escritura. A continuación del martirio de Esteban se produjo la primera y gran persecución contra la Iglesia de Jerusalén por obra de los mismos judíos. Todos los discípulos, exceptuados solamente los Doce, se dispersaron por toda Judea y Samaria.²⁰ Algunos, según dice la Escritura divina,²¹ arribaron a Fenicia, Chipre y Antioquía. No se hallaban todavía capacitados para osar compartir con los gentiles la doctrina de la fe y así la anunciaron solamente a los judíos.

9. Por entonces también Pablo andaba todavía devastando la Iglesia: penetraba en las casas de los fieles, arrancaba a viva fuerza a hombres y mujeres y los encarcelaba.²²

10. Pero también Felipe, uno de los que se escogiera para el servicio junto con Esteban²³ y que se hallaba entre los dispersos, descendió a Samaria y, lleno de poder divino, fue el primero en predicar la doctrina a los samaritanos. Tan grande era la gracia divina que obraba en él, que se atrajo con sus palabras al mismo Simón Mago y a una gran muchedumbre.²⁴

11. Por aquel tiempo, Simón había logrado una fama tal con su mágico poder sobre los ilusos, que él mismo se creía ser el gran poder de Dios. Fue entonces cuando, pasmado también él ante las increíbles maravillas obradas por Felipe con el poder divino, se infiltró y llevó el fingimiento de su fe en Cristo hasta el punto de ser bautizado.²⁵

12. Lo que también es de admirar es que hasta ahora ocurra lo mismo con los que aun hoy en día comparten su funestísima herejía, los cuales, fieles al método de su antepasado, se infiltran en la Iglesia como sarna pestilente y causan el mayor estrago en aquellos a quienes logran inocular el veneno incurable y terrible oculto en ellos.²⁶ Sin embargo, la mayoría fueron ya expulsados a medida que se les sorprendió en esta perversidad, como el mismo Simón, cuando Pedro lo desenmascaró y le hizo pagar su merecido.²⁷

20 Hch 8,1.

21 Hch 11,19.

22 Hch 8,3.

23 Hch 6,5.

24 Hch 8,5-13.

25 Hch 8,13.

26 Cf. San Epifanio, *Haer.* 21. La insistencia de Eusebio: “todavía hoy”, “aun hoy en día”, etc. no parece que responda a una realidad de su tiempo, a juzgar por Epifanio. Probablemente transcribe esas expresiones de la fuente que resume.

27 Hch 8,18-23; *infra* 14,3-4 y 15,1.

13. Pero, mientras de día en día la predicación salvadora iba progresando, alguna disposición providencial condujo fuera de Etiopía a un magnate de la reina de aquel país, que aun hoy día, según costumbre ancestral, está regido por una mujer.²⁸ Este magnate, primero de los gentiles en tener parte en los misterios de la doctrina divina, por habersele aparecido Felipe²⁹ y primicia de los creyentes a través del mundo, refiere un documento³⁰ que, después de regresar a la tierra patria, fue el primero en anunciar la buena nueva del conocimiento del Dios de todas las cosas y la estancia vivificadora de nuestro Salvador entre los hombres, por lo que, gracias a él, se hizo realidad la profecía que dice: *Etiopía se adelanta a presentar sus manos a Dios.*³¹

14. Además de los dichos, Pablo, el instrumento de elección,³² no por parte de los hombres ni por medio de los hombres, sino por revelación del mismo Jesucristo y de Dios Padre, que lo resucitó de entre los muertos,³³ es proclamado apóstol: una visión y una voz del cielo³⁴ en el momento de la revelación lo han considerado digno de la llamada.

2

EMOCIÓN DE TIBERIO AL INFORMARLE PILATO DE LOS HECHOS REFERENTES A CRISTO

1. La fama de la asombrosa resurrección de nuestro Salvador y de su ascensión a los cielos había alcanzado ya a la gran mayoría. Se había impuesto entre los gobernadores de las naciones la antigua costumbre de informar al que ocupaba el cargo imperial de todas las novedades ocurridas en sus regiones, para que ningún hecho escapara al conocimiento de aquel. Pilato, pues, dio parte al emperador Tiberio de todo lo que corría de boca en boca por toda Palestina referente a la resurrección de nuestro Salvador Jesús de entre los muertos.³⁵

2. Le enteró también de sus otros milagros y de que ya el pueblo creía que era Dios, porque

28 Plinio, *Hist. Nat.* 6,35. Es difícil pensar que la costumbre pervivió hasta el siglo IV. El “aun hoy día” proviene de la fuente utilizada.

29 Hch 8, 26-39.

30 Cf. San Ireneo, *Adv. Haer.* 3,12,8; 4,23,2.

31 Sal 67,32; cf. Sócrates, *HE* I 19; Filostorgo, *HE* 4ss.

32 Hch 9,15.

33 Ga 1,1.12.

34 Hch 9,3-6; 22,6-9; 26,14-19.

35 Cf. Tertuliano, *Apolog.* 21,24, a quien Eusebio está parafraseando. No parece que a Tiberio le llegara la noticia en un informe escrito; en todo caso, Tertuliano no ha visto tal documento, que citaría, como hace con la carta de Marco Aurelio, a pesar de que no la conocía de primera mano (*Apolog.* 5,6; cf. 21); cf. San Justino, *Apolog.* I 35,9; 38; 48,3.

después de su muerte había resucitado de entre los muertos. Se dice que Tiberio llevó el asunto al senado y que este lo rechazó, aparentemente porque no lo había aprobado previamente³⁶ —pues una antigua ley prescribía que, entre los romanos, nadie fuera divinizado si no era por voto y por decreto del senado—,³⁷ pero en realidad la verdad era porque la doctrina salvadora de la predicación divina no necesitaba de ratificación ni de recomendación procedentes de los hombres.

3. De esta manera, pues, el senado romano rechazó el informe presentado sobre nuestro Salvador. Tiberio, en cambio, conservó su primera opinión y no tramó nada fuera de lugar contra la doctrina de Cristo.³⁸

4. Tertuliano, exacto conocedor de las leyes romanas y varón insigne por otros conceptos e ilustrísimo en Roma,³⁹ expone todos estos hechos en su *Apología por los cristianos*, que escribió en el mismo idioma romano y que está traducida en lengua griega, expresándose textualmente como sigue:

5. «Pero, para que discutamos partiendo del origen de tales leyes, existía un viejo decreto de que nadie podía ser consagrado como dios antes de ser aprobado por el senado. Marco Emilio así ha obrado en lo tocante a cierto ídolo, Alburno. También esto obra en favor de nuestra doctrina: el que entre vosotros la divinidad se otorgue por arbitrio de los hombres. Si un dios no agrada al hombre, no llega a ser dios. ¡Así, al menos según esto, conviene que el hombre sea propicio a Dios!

6. »Tiberio, pues, bajo el cual entró en el mundo el nombre de cristiano, cuando le anunció esta doctrina procedente de Palestina, donde primero había comenzado, se la comunicó al senado, aclarando a los senadores que a él dicha doctrina le complacía. Pero el senado, porque él no la había aprobado, la rechazó. Tiberio, en cambio, persistió en su declaración y amenazó de muerte a los acusadores de los cristianos».⁴⁰

La celestial providencia tenía dispuesto el poner esto en el ánimo del emperador con el fin de que la doctrina del Evangelio tuviera un comienzo libre de obstáculos y se propagara por toda la tierra.

36 Cf. Tertuliano, *Apolog.* 5,2.

37 Cf. Tito Livio, 9,16. Lo que el decreto prohíbe es consagrar un templo o un altar sin permiso del senado o de los tribunos de la plebe.

38 Esta actitud de Tiberio, atestiguada por Tertuliano (*Apolog.* 5,1-2) y corroborada por este pasaje de Eusebio, no debe tomarse a la ligera, en opinión de C. Cecchelli. Según él, la noticia de esa proposición de Tiberio favorable a los cristianos podría remontarse a Talos y haber llegado a Tertuliano a través de Flegón, contemporáneo de Adriano.

39 A pesar de que Tertuliano escribió también griego, es muy poco lo que Eusebio sabe de él. Solamente parece estar algo al corriente de su *Apologeticum*, escrito en latín, del que cita cinco pasajes en una traducción griega bastante deficiente y cuyas circunstancias nos son desconocidas.

40 Tertuliano, *Apolog.* 5,1-2.

3

LA DOCTRINA DE CRISTO EN BREVE TIEMPO SE PROPAGÓ A TODO EL MUNDO

1. Así, indudablemente, por una fuerza y una asistencia de arriba, la doctrina salvadora, como rayo de sol, iluminó de golpe a toda la tierra habitada. Al punto, conforme a las divinas Escrituras, *la voz* de sus evangelistas inspirados y de sus apóstoles *resonó en toda la tierra y sus palabras en el confín del mundo*.⁴¹

2. Efectivamente, por todas las ciudades y aldeas, como en era rebotante,⁴² se constituían en masa iglesias formadas por muchedumbres innumerables. Los que por sucesión ancestral y por un antiguo error tenían sus almas presas del antiguo morbo de la superstición idolátrica, por el poder de Cristo y gracias a la enseñanza de sus discípulos y a los milagros que la acompañaban, rotas sus penosísimas prisiones, se apartaron de los ídolos como de amos espantosos y escupieron todo politeísmo demoníaco y confesaron que no hay más que un solo Dios: el creador de todas las cosas. Y a este Dios honraron con los ritos de la verdadera religión por medio de un culto divino y racional, el mismo que nuestro Salvador sembró en la vida de los hombres.

3. Pues bien, como quiera que la gracia divina se difundía ya por las demás naciones y, en Cesarea de Palestina,⁴³ Cornelio y toda su casa habían sido los primeros en aceptar la fe en Cristo mediante una aparición divina y el ministerio de Pedro, también en Antioquía la aceptó toda una muchedumbre de griegos, a los que habían predicado los que fueron dispersados cuando la persecución contra Esteban.⁴⁴ La Iglesia de Antioquia florecía ya y se multiplicaba cuando, estando presentes numerosos profetas llegados de Jerusalén⁴⁵ y con ellos Bernabé y Pablo, además de una muchedumbre de otros hermanos, por primera vez el nombre de *cristianos* brotó de ella,⁴⁶ como de una fuente caudalosa y fecundante.

4. Agabo era también uno de los profetas que estaba con ellos y andaba prediciendo, como inminente, una gran hambre, por lo que Pablo y Bernabé fueron enviados para ponerse al servicio de la asistencia a los hermanos.⁴⁷

41 Sal 18,5; cf. Rm 10,18.

42 Cf. Mt 3,12; Lc 3,17.

43 Hch 10.

44 Hch 11,19-26.

45 Hch 11,27.

46 Cf. *supra* 2,6.

47 Hch 11,28-30; cf. *infra* 8.

4

**DESPUÉS DE TIBERIO, CAYO ESTABLECIÓ A AGRIPA COMO REY DE LOS
JUDÍOS Y CASTIGÓ A HERODES CON EL DESTIERRO PERPETUO**

1. Murió, pues, Tiberio, después de reinar unos veintidós años. Después de él tomó el poder Cayo⁴⁸ y en seguida ciñó a Agripa la diadema del mando sobre los judíos, haciéndole rey de las tetrarquías de Felipe y de Lisania, a las que no mucho después añadió la de Herodes, tras condenar a este (que era el Herodes del tiempo de la pasión del Salvador),⁴⁹ junto con su mujer Herodías, a destierro perpetuo por causa de sus muchos crímenes. Josefo es también testigo de estos hechos.⁵⁰

2. Por este tiempo iba siendo conocido por muchos Filón,⁵¹ varón notabilísimo, no sólo entre los nuestros, sino también entre los que procedían de una educación profana. Descendía de familia hebrea, pero en nada era inferior a los que en Alejandría brillaban por su autoridad.

3. La extensión y la calidad de sus trabajos en torno a las ciencias divinas patrias se evidencia en su obra; y en cuanto a su capacidad para los conocimientos filosóficos y los estudios liberales de la educación profana, nada hay que decir cuando la historia da cuenta de su celo especialísimo por el estudio de la filosofía de Platón y de Pitágoras, hasta aventajar a todos sus contemporáneos.

5

FILÓN DESEMPEÑÓ UNA EMBAJADA CERCA DE CAYO EN FAVOR DE LOS JUDÍOS

1. Filón cuenta en cinco libros⁵² las calamidades de los judíos en tiempos de Cayo.⁵³ Y a la vez explica la demencia de este al proclamarse dios y cometer mil atropellos en su gobierno, así como las miserias de los judíos bajo su imperio y la embajada que a él mismo le fue confiada en la ciudad

48 Josefo, *AJ* 18(6,10)181. A Cayo tiberio, muerto el 16 de marzo del año 37, le sucedió Cayo César Augusto Germánico, más conocido por su apodo, Calígula.

49 Lc 23,6-12.

50 Josefo, *AJ* 18(6-10)237; (7,2)252; (6,10)225; cf. *supra* I 9,1; 11,3. Fue poco después de la subida de Calígula al poder cuando, cambiando la suerte de Herodes Agripa, hizo a este entrega de las antiguas tetrarquías de Felipe y de Lisania, con el título, no muy definido, de rey. La entrega de la tetrarquía de Herodes Antipas debió de ser el año 39.

51 Nacido por el año 13 a. C., debió de morir entre los años 4S y 50 d. C. Aparte de lo que de él dice Eusebio en este párrafo y en el siguiente, dará una idea del concept que de él tuvo la antigüedad cristiana, lo que se refiere *infra* 17,1. Cf. San Jerónimo, *De vir. Ill.* 11.

52 Solamente dos se han conservado; los titulados *In Flaccum* y *Legatio ad Gaium*. La clasificación de las obras de Filón ha sido objeto de incesantes discusiones.

53 Esta sangrienta persecución de los judíos de Alejandría tuvo lugar en el otoño del año 38, siendo prefecto de Egipto Avilio Flaco. El año 40, los judíos enviaron a Calígula la embajada a que alude en las líneas siguientes, presidida por Filón, mientras los contrarios enviaban la suya, encabezada por Apión, gramático alejandrino, que enseñó también en Grecia y en Roma y que, por sus ataques a los judíos en su *Historia de Egipto*, provocó la reacción de F. Josefo que escribió su *Contra Apionem*.

de Roma en favor de sus congéneres de Alejandría. Refiere cómo se presentó ante Cayo en defensa de las leyes patrias y cómo no sacó en limpio más que burlas y sarcasmos, faltando poco incluso para dejar su vida en el lance.⁵⁴

2. Estos hechos los menciona también Josefo en el libro XVIII de sus *Antigüedades*; escribe textualmente:

«Y hubo una revuelta en Alejandría, entre los judíos allí residentes y los griegos y se eligieron tres embajadores de una y otra facción para presentarse ante Cayo.

3. »Uno de los embajadores alejandrinos era Apión, el cual había calumniado mucho a los judíos diciendo, entre otras cosas, que miraban con malos ojos el honrar al César, pues, mientras todos los que estaban sometidos a la soberanía de Roma construían altares y templos a Cayo y en todo lo demás le equiparaban a los dioses, solamente los judíos creían indigno honrarle con estatuas y jurar por su nombre.

4. »Muchas y graves acusaciones profirió Apión, naturalmente con la esperanza de excitar el ánimo de Cayo. Filón, que presidía la embajada de los judíos, hombre ilustre en todo, hermano del alabarca⁵⁵ Alejandro y hábil filósofo, tenía sobrada capacidad para habérselas con las acusaciones en su discurso de defensa.

5. »Pero Cayo le cortó y le ordenó marcharse lejos. Estaba irritadísimo y era claro que iba a tomar serias medidas contra ellos. Filón salió de allí ultrajado y dijo a los judíos de su séquito que había que tener ánimo, que Cayo se había enfurecido contra ellos, pero que, en realidad, estaba atentando contra Dios». ⁵⁶

Hasta aquí Josefo.

6. Pero también el mismo Filón, en su obra *Embajada*,⁵⁷ expone con todo pormenor y exactitud lo que él hizo por entonces. Dejaré de lado casi todo y referiré solamente aquello que ayude a los lectores a tener una prueba manifiesta de las desdichas que, a la vez o con poca distancia unas de otras, cayeron sobre los judíos por causa de sus crímenes contra Cristo.

7. Narra, pues, en primer lugar que, en tiempo de Tiberio, Sejano, hombre por entonces de gran ascendiente e influjo ante el emperador, tomó muy a pecho el acabar por completo con toda la raza judía en la ciudad de Roma y que, en Judea, Pilato, bajo el cual se había perpetrado el crimen contra el Salvador, había emprendido contra el templo, que aún se erguía en Jerusalén, algo que

54 Cf. Filón de Alejandría, *Leg. Ad Gai. Passim*.

55 Quizá disimilación de "arabarca". El cargo de *arabarca*, una especie de recaudador superior de impuestos aduaneros en la ribera árabe del Nilo, fue ejercido con frecuencia en esta época, por judíos de las más relevantes familias, como era la de Filón.

56 Josefo, *AJ* 18(8,1)257-260; cf. Filón de Alejandría, *Leg. Ad Gai.* 349-373. Es extraño que Eusebio, en vez de citar aquí a Filón, como era de esperar, cite a Josefo. De hecho, a pesar del conocimiento que demuestra tener de las obras de Filón (cf. *infra* 18), solamente cita de ellas en su *HE* un par de pasajes; el del c. 6, breve, y el más largo del c. 17, cuyo testimonio le parecía único.

57 Cf. Filón de Alejandría, *Leg. Ad Gai.* 159-298.

iba contra lo que está permitido a los judíos, exacerbándolos terriblemente.

6

MALES QUE AFLUYERON SOBRE LOS JUDÍOS DESPUÉS DE SU OSADÍA CONTRA CRISTO

1. Sigue Filón narrando que, después de la muerte de Tiberio, asumió Cayo el poder y empezó a cometer mil insolencias contra muchos, pero sobre todo a perjudicar lo más posible a toda la raza judía. Pero esto mejor será saberlo brevemente por sus mismas obras, en las que escribe textualmente:

2. «Tan extraordinariamente caprichoso era el carácter de Cayo para con todos, pero muy especialmente para con la raza judía, a la que tenía un odio implacable. En las otras ciudades, comenzando por Alejandría, se adueñó de las sinagogas y las llenó de imágenes y estatuas con su propia efigie (pues el que permitía a otros levantarlas, él mismo con su poder se las erigía), y en la Ciudad Santa, el templo, que hasta entonces había salido intacto por considerársele digno de toda inviolabilidad, lo cambió y lo transformó en templo propio, para que se llamara: Templo de Cayo, Nuevo Zeus Epífano».⁵⁸

3. El mismo autor, en un segundo libro que escribió, titulado *Sobre las virtudes*,⁵⁹ narra otras innumerables e indescriptibles calamidades ocurridas a los judíos en Alejandría, por las fechas indicadas. Con el coincide también Josefo, al hacer notar igualmente, que los infortunios que cayeron sobre toda la raza judía tuvieron su comienzo en los tiempos de Pilato y de los crímenes contra el Salvador.

4. Pero escucha más bien lo que este declara textualmente en el libro II de su *Guerra de los judíos* cuando dice:

«Enviado por Tiberio a Judea como procurador, Pilato hace entrar durante la noche en Jerusalén, encubiertas, las efigies del César, las llamadas enseñas. Al hacerse de día, esto produjo enorme conmoción entre los judíos, que, acercándose para ver, quedaron aterrorizados: sus leyes habían sido pisoteadas, ya que en modo alguno permitían que en la ciudad se levantaran imágenes».⁶⁰

5. Si cotejas todo esto con la Escritura del Evangelio, verás que no tardaron mucho en ser

58 Filón de Alejandría, *Leg. Ad Gai.* 346.

59 Para Eusebio esta obra es distinta de la citada *supra* 5,6 con el título de *Embajada*. Para la mayoría de los críticos, el título *Sobre las virtudes* era el epígrafe general con que se conocía la obra que se componía de los cinco libros aludidos *supra* 5,1; cf. *infra* 17,3; 18,8.

60 Josefo, *BJ* 2(9,2)169-170; cf. *AJ* 18(3,1)55-57.

alcanzados por el grito que profirieron en presencia del mismo Pilato, cuando voceaban que no tenían otro rey sino sólo el César.⁶¹

6. Pero aún hay otra calamidad que alcanzó a los judíos y que el mismo escritor nos narra a continuación como sigue:

«Y después de esto suscitó otra agitación cuando vació el tesoro sagrado llamado *corbán*,⁶² gastándolo en la traída de aguas desde una distancia de trescientos estadios. Ante esto el pueblo se enfureció y, cuando Pilato se apersonó en Jerusalén, le rodearon vociferando todos a una.

7. »Pero él contaba de antemano con la agitación de los judíos y había hecho que se mezclaran entre ellos soldados armados. Camuflados bajo trajes de paisano, con prohibición de emplear la espada, pero con orden de golpear con bastones a los gritadores. Desde su asiento dio la señal. Los judíos, heridos, muchos perecieron bajo los golpes y muchos quedaron aplastados por los demás al huir. La plebe, impresionada por el infortunio de los caídos, enmudeció».⁶³

8. El mismo autor hace saber que, además de estas, se movieron en la misma Jerusalén muchísimas otras revueltas, afirmando que desde aquel tiempo, ni en la ciudad ni en toda Judea faltaron ya sediciones, guerras y malvadas maquinaciones de unos contra otros, hasta que, finalmente, les llegó el asedio de Vespasiano. Así es como la justicia divina alcanzaba a los judíos por sus crímenes contra Cristo.

7

TAMBIÉN PILATO SE SUICIDÓ

No es para ignorar que una tradición refiere cómo también aquel mismo Pilato de los días del Salvador, se vio hundido en tan grandes calamidades en tiempos de Cayo —cuyo período queda explicado—, que se vio forzado a suicidarse y convertirse en verdugo de sí mismo: la justicia divina, por lo que parece, no tardó mucho en alcanzarlo.

De los griegos, lo refieren los que dejaron escritas las series de olimpiadas junto con los sucesos de cada época.⁶⁴

61 Cf. Jn 19,15; sin embargo, Josefo parece indicar que el hecho ocurrió poco después de la llegada de Pilato, es decir, antes de la pasión.

62 Cf. Mc 7,11; Mt 27,6.

63 Josefo, *BI* 2(9,4)175-177.

64 Aquí Josefo, para apoyar la tradición del suicidio de Pilato, acude a los cronistas griegos, mientras que, en su *Crónica*, al asignar el hecho al año 39, habla de “historiadores romanos”, a pesar de que la coincidencia de expresión indica que utilizó para ambas obras la misma fuente. Quizá la diferencia se deba al traductor latino de la *Crónica*. En todo caso, tanto los cronistas como los historiadores aludidos nos son desconocidos. Filón no dice nada; solamente los apócrifos desarrollan esta tradición. Por otra parte, Eusebio no dice nada de que Pilato fuera ejecutado por Nerón.

8

HAMBRE EN TIEMPOS DE CLAUDIO

1. Pero Cayo no llegó a cumplir los cuatro años de ejercicio del mando. Le sucedió como emperador Claudio,⁶⁵ bajo el cual se abatió sobre el mundo una gran hambre (y esto lo transmiten en sus historias incluso los escritores más ajenos a nuestra doctrina)⁶⁶ y tuvo cumplimiento la predicción del profeta Agabo, según los *Hechos de los Apóstoles*,⁶⁷ de que era inminente una gran hambre sobre todo el mundo.

2. Lucas describió en los *Hechos* la gran hambre de los tiempos de Claudio y, después de narrar cómo los hermanos de Antioquía habían enviado socorros a los hermanos de Judea por medio de Pablo y de Bernabé, cada cual según sus posibilidades, añade:

9

MARTIRIO DEL APÓSTOL SANTIAGO

1. *En aquel tiempo —evidentemente el de Claudio— el rey Herodes se puso a maltratar a algunos de la Iglesia. Y mató a Santiago, el hermano de Juan, con la espada.*⁶⁸

2. Acerca de este Santiago, Clemente, en el libro VII de sus *Hypotyposeis*, añade un relato digno de mención, afirmando haberlo tomado de una tradición anterior a él. Dice que el que le introducía ante el tribunal, conmovido al verle dar testimonio, confesó que también él era cristiano.

3. «Ambos, pues —dice Clemente—, fueron llevados juntos de allí y en el camino pidió a Santiago que le perdonara, y este, después de mirarle un instante, dijo; La paz esté contigo y le besó y así es cómo los dos fueron decapitados a un tiempo».⁶⁹

4. Entonces, como dice la Escritura divina,⁷⁰ viendo Herodes que su hazaña de asesinar a Santiago había complacido a los judíos, la emprendió también contra Pedro, lo encarceló y poco hubiera faltado para ejecutarlo también si un ángel, mediante aparición divina, no se le hubiera presentado por la noche y no lo hubiera sacado milagrosamente de las prisiones, dejándole libre para el ministerio de la predicación. Tal fue la providencial disposición por lo que respecta a Pedro.

65 Calígula cayó asesinado el 24 de enero del año 41; cf. Josefo, *AJ* 19(2,5)201; *BI* 2(11,1).

66 Tácito, *Annal.* 12,43; Suetonio, *Claud.* 18; Dios Casio, *Hist.* 60,11.

67 Hch 11,27-30

68 Hch 12,1-2.

69 Clemente de Alejandría, *Hypotypos*, fragm. 14.

70 Hch 12,3-17.

10

**AGRIPA, LLAMADO TAMBIÉN HERODES, PERSIGUIÓ A LOS
APÓSTOLES Y PRONTO EXPERIMENTÓ LA VENGANZA DIVINA**

1. El merecido por los atentados del rey contra los apóstoles no sufría demora y el ministro vengador de la justicia divina le alcanzó en seguida. Inmediatamente después de su conjura contra los apóstoles, según narra el libro de los *Hechos*, se puso en camino para Cesarea y allí, estando adornado con espléndidas y regias vestiduras y puesto en alto delante de una tribuna, dirigió la palabra al pueblo. Todo el pueblo aplaudió su discurso, como si fuese voz de Dios y no de hombre, y en ese mismo instante —narra la Escritura— un ángel del Señor lo hirió y, convertido en pasto de gusanos, expiró.⁷¹

2. Pero es de admirar cómo también concuerdan en este extraño suceso la Escritura divina y la narración de Josefo. Es evidente que Josefo atestigua la verdad en el libro XIX de su *Antigüedades*, donde explica el portentoso con las palabras que siguen:

3. «Se había cumplido el tercer año de su reinado sobre toda Judea⁷² y él se hallaba en la ciudad de Cesarea, que primeramente se llamaba Torre de Estratón. Estaba celebrando allí juegos públicos en honor del César, por cuya salud sabía él que eran esta clase de fiestas. A ellos había concurrido una muchedumbre de autoridades y dignatarios de la provincia.

4. »El segundo día de la fiesta, habiéndose puesto un vestido hecho todo él de plata, de modo que resultaba un tejido admirable, entró en el teatro al rayar el día y entonces la plata, iluminada por la irrupción de los primeros rayos del sol, reverberaba admirablemente y despedía reflejos que atemorizaban y hacían estremecerse a cuantos fijaban su vista en él.

5. »En seguida comenzaron los aduladores, cada cual por su lado, a levantar sus voces, para él nada provechosas, llamándole dios y diciendo: ¡Sé propicio! Si hasta aquí te hemos temido como a hombre, desde ahora confesamos que eres superior a la naturaleza mortal.

6. »El rey no los reprendió ni trató de rechazar la impía adulación. Pero de allí a poco, alzando la mirada vio a un ángel⁷³ planear por encima de su cabeza y en seguida pensó que aquel ángel era causa de males como algún tiempo lo fuera de sus bienes.⁷⁴ La congoja oprimió su corazón.

7. »y le entró un repentino dolor de vientre que comenzó con gran vehemencia. Clavando, pues, la mirada en sus amigos, dijo: Yo, vuestro dios, he recibido ya la orden de restituir la vida. El hado se ha apresurado a desmentir vuestras voces engañosas de hace un instante. Yo, el que

71 Hch 12,19.21-23.

72 Efectivamente, Herodes Agripa I no recibió el dominio de toda Judea —más exactamente: todo el territorio de Herodes el Grande— hasta el año 41, cuando Claudio añadió Judea y Samaria a los territorios sobre los que Calígula le había constituido rey; cf. *supra* 4,1. Murió, pues, el año 44, repentinamente, en Cesarea; cf. Eusebio, *Chronic. Ad annum* 44.

73 Eusebio, influido quizá por Hch 12,23, transforma en ángel el búho de los mss. De Josefo y omite que estaba sobre “una maroma” (Esto solo aparece en el grupo T^oER). Es posible también que el cambio y la omisión estuvieran ya consumados en el texto que utilizó.

74 Cf. Josefo, *AJ* 18(6,7).

vosotros llamabais inmortal, soy ya conducido a la muerte. Hay que aceptar el destino como Dios lo ha querido, porque en modo alguno hemos vivido mal, sino con larga dicha.

8. »Mientras decía esto, la fuerza del dolor le iba agotando. Se le condujo, pues, con cuidado dentro del palacio.

»A todos fue llegando el rumor de que irremediablemente moriría dentro de poco. Pero la muchedumbre, con sus mujeres y sus hijos, pronto vino a sentarse sobre saco, según las costumbres patrias y empezó a suplicar a Dios por el rey. Los ayes y lamentos lo llenaban todo, y el rey, acostado en el dormitorio alto, viéndolos abajo inclinados, postrados, tampoco él pudo contener las lágrimas.

9. »Acabado por el dolor intestinal de unos cinco días continuos, murió a los cincuenta y cuatro años de edad, en el séptimo de su reinado.⁷⁵ Reinó cuatro años bajo el cesar Cayo, gobernó la tetarquía de Felipe durante tres y en el cuarto recibió también la de Herodes. Reinó además tres años bajo el imperio del César Claudio».⁷⁶

10. Estoy admirado de cómo Josefo, en este y en otros puntos, confirma la verdad de las Escrituras divinas. Es cierto que a algunos les podía parecer que discrepan en cuanto al nombre del rey,⁷⁷ pero el tiempo y el modo de obrar están demostrando que se trata del mismo, debiéndose el cambio de nombre a un error de escritura o a que uno solo tenía dos nombres, como ocurre también con otros muchos.

11

EL IMPOSTOR TEUDAS

1. Puesto que Lucas, en los *Hechos*,⁷⁸ introduce a Gamaliel diciendo, en la deliberación acerca de los apóstoles, que en el tiempo señalado surgió Teudas, que decía ser alguien y que, al ser eliminado, todos los que le habían creído se dispersaron, comparemos también lo escrito por Josefo sobre esto, porque, efectivamente, en la obra citada hace un instante narra esto mismo textualmente como sigue:

2. «Siendo Fado procurador de Judea, cierto impostor llamado Teudas logra persuadir a una gran muchedumbre a que tomen sus bienes y le sigan a él hacia el río Jordán, pues decía que era profeta y afirmaba que con su mandato separaría al río para hacerlo más fácilmente vadeable. A muchos engañó hablando así.

3. »No les dejó Fado saborear su demencia, sino que envió contra ellos un escuadrón de caballería que cayó de improviso sobre ellos y dio muerte a muchos y capturó vivos a muchos

⁷⁵ Contado desde el año 37, en que Calígula le hizo rey de las antiguas tetarquías de Felipe y de Lisaniás.

⁷⁶ Josefo, *AJ* 19(8,2)343-351.

⁷⁷ El Nuevo Testamento le llama Herodes; F. Josefo prefiere Agripa. En realidad tenía los dos nombres.

⁷⁸ Hch 5,34-36.

otros. Al mismo Teudas le cogieron vivo, le cortaron la cabeza y se la llevaron a Jerusalén».⁷⁹

A continuación de esto, Josefo menciona también el hambre que hubo en tiempos de Claudia, como sigue:

12

ELENA, REINA DE ADIABENE

1. «En este tiempo⁸⁰ ocurrió que hubo la gran hambre en Judea. Durante ella, la reina Elena gastó mucho dinero en la compra de trigo egipcio, que distribuía a los necesitados».⁸¹

2. Hallarás que también esto concuerda con el texto de los *Hechos de los Apóstoles*, que recoge cómo los discípulos de Antioquía determinaron enviar algo, cada uno según sus posibilidades, en socorro de los que habitaban en Judea; lo que hicieron enviándolo a los ancianos por mano de Bernabé y de Pablo.⁸²

3. De esta Elena mencionada por el escritor, se muestran aun hoy día espléndidas estelas en los suburbios de la actual Elia. Se decía que había sido reina del pueblo de Adiabene.⁸³

13

SIMÓN MAGO

1. Sin embargo, habiéndose propagado ya la fe en nuestro Salvador y Señor Jesucristo a todos los hombres, el enemigo de la salvación de los hombres tramaba ya anticiparse en la captura de la ciudad imperial y condujo allá a Simón, del que más arriba hablamos.⁸⁴ Efectivamente, secundando las hábiles artes de ese hombre, se ganó para el error a muchos habitantes de Roma.

2. Esto lo demuestra Justino, que se distinguió en nuestra doctrina no mucho tiempo después de los apóstoles y del que expondremos oportunamente lo que sea conveniente.⁸⁵ En su primera

79 Josefo, *AJ* 20(5,1)97-98. Siendo Cuspido Fado el primer gobernador de Judea después de la muerte de Herodes Agripa (año 44), el Teudas del que habla Josefo no puede ser el mencionado por Hch 5, 36., cuyo levantamiento fue anterior al de Judas Galileo (año 6 d. C.).

80 Últimos años de Cuspido Fado y primeros de su sucesor en el gobierno de Judea, Tiberio Alejandro, que terminó en sus funciones en el año 48.

81 Josefo, *AJ* 20(5,2)101; también (2,5)49-51.

82 Hch 11,29-30.

83 Cf. Josefo, *AJ* 20(4,3)95-96; *BI* 5(2,2)55; (3,3)119; (4,2)147. Adiabene estaba al norte de Asur, en la frontera del imperio romano con los partos. Elena, madre del rey de Adiabene, Izates, se había convertido al judaísmo y había logrado que sus hijos, el rey Izates y Monobaso, la siguieran; cf. Josefo, *AJ* 20(2,1)17; (2,5)53. La visita a Jerusalén (que todavía no era Elia) en tiempos del hambre debió ocurrir el año 46. Sus relaciones con la ciudad, al parecer, fueron muchas y provechosas para esta.

84 Cf. *supra* 1,11. Aquí Eusebio identifica al hereje Simón con el Simón de Hch 8,9-24. Justino no los identifica.

85 Cf. *infra* IV 12; 16-18.

Apología, dirigida a Antonino, en favor de nuestra fe, escribe como sigue:

3. «Y después de la ascensión del Señor al cielo, los demonios impulsaban a algunos hombres a decir que ellos eran dioses, los cuales no sólo no han sido perseguidos por vosotros, sino que se les ha considerado dignos de honores. Un tal Simón, samaritano, originario de la aldea llamada Gitón,⁸⁶ que en tiempos del César Claudio realizó mágicos prodigios en vuestra imperial ciudad, Roma, por arte de los demonios que en él obraban, fue tenido por dios y como a dios se le honró entre vosotros con una estatua en el río Tíber, entre los dos puentes, con la inscripción latina siguiente: SIMON DEO SANCTO,⁸⁷ es decir: A Simón, el dios santo.

4. »Y casi todos los samaritanos, además de unos pocos de otras naciones, le proclaman y adoran como al Dios primero. Y a cierta Elena, que por aquel tiempo andaba en gira con él y que primero estuvo en un prostíbulo —en Tiro de Fenicia—, la llamaban el Primer Pensamiento nacido de él».⁸⁸

5. Esto Justino. También Ireneo concuerda con él cuando, en el primero de sus libros *Contra las herejías*,⁸⁹ traza el bosquejo de este hombre y de su impía y nefasta doctrina. Exponerla en detalle en esta mi obra sería superfluo, pudiendo cuantos lo quieran informarse también del origen, vida y principios de las falsas doctrinas de los heresiarcas que después de él se fueron sucediendo uno tras otro, así como de sus prácticas, meticulosamente transmitido en el mencionado libro de Ireneo.

6. Hemos, pues, recibido por tradición, que Simón fue el primer autor de toda herejía. Desde él, incluso hasta hoy, los que participando de su herejía fingen la filosofía de los cristianos, sobria y celebrada universalmente por su pureza de vida, no menos vienen de nuevo a dar en la superstición idolátrica de la cual parecían estar libres, pues se prosternan delante de escritos y de imágenes del mismo Simón y de su compañera, la susodicha Elena y se afanan en rendirles culto con incienso, sacrificios y libaciones.

7. Pero sus más secretas prácticas, de las que se dice que quien por primera vez las escucha queda estupefacto y, según una expresión escrita que corre entre ellos, espantado, verdaderamente están llenas de espanto, de frenesí y de locura y son tales que no solamente no se les puede poner

86 A unos 10 km al oeste de la antigua Siquén, luego Nablusa, patria de San Justino.

87 La estatua hallada en 1574 en la isla del Tíber lleva la inscripción: SEMONI SANTO DEO FIDIO SACRUM. Es evidente la equivocación de San Justino, debida sin duda al desconocimiento del latín arcaico. *Semo Sancus* era, en realidad, una vieja divinidad sabina protectora del juramento y de la palabra empeñada, generalmente en cuestiones de propiedad rural.

88 San Justino, *Apol. I*, 26. Cf. San Ireneo, *Adv. Haer.* 1,23,2: «Ennoniam exsilientem ex eo»; Tertuliano, *Apolog.* 13; San Cirilo de Jerusalén, *Catech.* 6,14.

89 San Ireneo, *Adv. haer.* 1,23,1-4.

por escrito, sino que ni siquiera con los labios puede un hombre sensato pronunciar lo más mínimo, por la exageración de su obscenidad y costumbres infames.

8. Porque todo cuanto pueda pensarse de más impuro y vergonzoso queda bien superado por la abominabilísima herejía de estos hombres, que abusan de mujeres miserables y cargadas verdaderamente de males de toda índole.⁹⁰

14

PREDICACIÓN DEL APÓSTOL PEDRO EN ROMA

1. A este Simón, padre y autor de tan grandes males, el poder malvado y odiador de todo bien, enemigo de la salvación de los hombres, lo destacó en aquel tiempo como gran adversario de los grandes y divinos apóstoles de nuestro Salvador.

2. Sin embargo, la gracia divina y supra celeste vino en socorro de sus servidores y con sola la aparición y presencia de estos extinguió rápidamente el fuego prendido por el maligno; y por medio de ellos humilló y abatió toda *altura que se levanta contra el conocimiento de Dios*.⁹¹

3. Por lo cual ninguna maquinación, ni de Simón ni de ningún otro de los que por entonces vegetaban, prevaleció en aquellos mismos tiempos apostólicos: la luz de la verdad y el mismo Verbo divino, que recientemente había brillado sobre los hombres, floreciendo sobre la tierra y conviviendo con sus propios apóstoles, triunfaba de todo y lo dominaba todo.⁹²

4. En seguida el mencionado impostor,⁹³ como herido en los ojos de la mente por un ofuscamiento divino y extraordinario, cuando anteriormente el apóstol Pedro había puesto al descubierto sus malvadas intenciones en Judea, emprendió un larguísimo viaje, más allá del mar y marchó huyendo de Oriente a Occidente, convencido de que solamente allí le sería posible vivir según sus ideas.

5. Llegó a la ciudad de Roma, y con la gran ayuda del poder que en ella se asienta,⁹⁴ en poco tiempo alcanzó tal éxito en su empresa, que los habitantes del lugar incluso le honraron, igual que

90 Cf. 2 Tm 3,6. Aquí, como en el párrafo anterior, Eusebio no sigue ya a Irineo, pero no se puede saber a quién. Quizá se trate de la *Revelatio magna*, atribuida Simón, citada por Hipólito, *Refut.* 6,11-20.

91 2 Co 10,9.

92 Eusebio, a pesar de los peligros para la fe que se denuncian ya en el Nuevo Testamento, está convencido de que ninguno de ellos pudo prevalecer mientras vivieron los apóstoles; cf. Hegesipo, *Memorias: infra* IV 22,4.

93 Hch 8,18-23.

94 Es decir, el demonio; cf. Ap 13. San Justino (*Apol.* I 13,3) lo mismo que Hipólito (*Refut.* 6,20), atestigua esta venida de Simón a Roma. Sobre la estatua, cf. *infra* 13,3.

a un dios, con la dedicación de una estatua.

6. No llegaría muy lejos esta prosperidad. Efectivamente, pisándole los talones, durante el mismo imperio de Claudio, la providencia universal, santísima y amantísima de los hombres, iba llevando de la mano hacia Roma, como contra un tan grande azote de la vida, al firme y gran apóstol Pedro,⁹⁵ portavoz de todos los otros por causa de su virtud. Como noble capitán de Dios, equipado con las armas divinas,⁹⁶ Pedro llevaba de Oriente a los hombres de Occidente la preciadísima mercancía de la luz espiritual,⁹⁷ anunciando la buena nueva de la luz misma, de la doctrina que salva las almas: la proclamación del reino de los cielos.

15

EVANGELIO DE MARCOS

1. Así es como, por morar entre ellos la doctrina divina, el poder de Simón se extinguió y se redujo a nada en seguida, junto con él mismo.⁹⁸ En cambio, el resplandor de la religión brilló de tal manera sobre las inteligencias de los oyentes de Pedro, que no se quedaban satisfechos con oírle una sola vez, ni con la enseñanza no escrita de la predicación divina, sino que con toda clase de exhortaciones importunaban a Marcos —de quien se dice que es el *Evangelio* y que era compañero de Pedro— para que les dejase también un memorial escrito de la doctrina que de viva voz se les había transmitido; y no le dejaron en paz hasta que el hombre lo tuvo acabado y de esta manera se convirtieron en causa del texto del llamado *Evangelio de Marcos*.

2. Y dicen que el apóstol, cuando por revelación del Espíritu supo lo que se había hecho, se alegró por la buena voluntad de aquellas gentes y aprobó el escrito para ser leído en las iglesias. Clemente cita el hecho en el libro VI de sus *Hypotyposesis*⁹⁹ y el obispo de Hierápolis llamado Papías lo apoya también con su testimonio.¹⁰⁰ De Marcos hace mención Pedro en su primera carta; dicen que esta la compuso en la misma Roma y que él mismo lo da a entender en ella al llamar a dicha ciudad, metafóricamente, Babilonia, con estas palabras: *Os saluda la que está en Babilonia*,

95 Cf. Hipólito, *Refut.* 6,20; Eusebio, *Chronic.* Ad annum 42.

96 Cf. Ef 6,14-17; 1 Ts 5,8.

97 Jn 1,9.

98 Sobre el final de Simón hay dos tradiciones, de las que se hacen eco, respectivamente, Hipólito (*Refut.* 6,20) y Arnobio (*Adv. nat.* 2,12)

99 Fragmento 9; cf. *infra* VI 14,5-7, donde, sin embargo, Clemente dice que Pedro «ni lo impidió ni lo estimuló».

100 Cf. *infra* III 39,15, pero sin señalar el ruego de los oyentes de Pedro, a quien, de hecho, supone ya muerto.

*elegida con vosotros y mi hijo Marcos.*¹⁰¹

16

MARCOS FUE EL PRIMERO EN PREDICAR A LOS EGIPCIOS EL CONOCIMIENTO DE CRISTO

1. Este Marcos dicen que fue el primero en ser enviado a Egipto y que allí predicó el Evangelio que él habla puesto por escrito y fundó iglesias, comenzando por la misma Alejandría.¹⁰²

2. Y surgió allí, al primer intento, una muchedumbre de creyentes, hombres y mujeres, tan grande y con un ascetismo tan conforme a la filosofía y tan ardiente, que Filón estimó que era digno poner por escrito sus ejercicios, sus reuniones, sus comidas en común y todo lo demás de su género de vida.¹⁰³

17

FILÓN CUENTA DE LOS ASCETAS DE EGIPTO

1. Un documento dice que Filón, en tiempos de Claudio, llegó a Roma para entrevistarse con Pedro, que por entonces estaba predicando a los de allí. Esto, en realidad, podría no ser inverosímil, ya que la obra misma que digo —compuesta por él mas tarde, pasado mucho tiempo— contiene claramente las reglas de la Iglesia, observadas incluso hasta nuestros días.¹⁰⁴

2. Pero es que, al describir con la mayor exactitud posible la vida de nuestros ascetas, aparece evidente que no solo conocía, sino que también aprobaba, reverenciaba y honraba a los varones apostólicos de su tiempo, de origen hebreo, a lo que parece y que por ello conservaban todavía la mayor parte de las antiguas costumbres muy a la manera de los judíos.

101 P 5,13. Eusebio no parece estar muy seguro de ambas identificaciones, la de Marcos y la de Babilonia.

102 Eusebio, (*Chronic. Ad annum* 43) dice: «Marcus evangelista interpres Petri Aegipto et Alexandriae Christum adnuntiat». En *HE* Eusebio sigue apoyándose en una tradición oral. ¿Cuál? No lo sabemos. En el capítulo 24 parece apoyarse en algún documento; quizá únicamente en la lista de obispos. En todo caso, la tradición debió de surgir y se aceptada muy pronto si tenemos en cuenta la temprana importancia de la sede de Alejandría.

103 La obra, conocida bajo el título *De vita contemplativa*, fue discutida por mucho tiempo, pero se ha ido imponiendo la aceptación de su autenticidad como obra de Filón. Lo realmente extraño es que Eusebio tenga por cristianos a los ascetas cuyo género de vida allí se describe, más o menos idealizado.

104 Imposible determinar de dónde tomó Eusebio esta tradición que, a partir de él se irá repitiendo sin más apoyo crítico; cf. San Jerónimo, *De vir. Ill.* II; Focio, *Biblioth.* Cod. 105. Lo cierto es que Eusebio no la ha inventado, pues supone una tradición documental; por otra parte, Eusebio la acepta solo como «no inverosímil», supuesta su identificación de los terapeutas de Filón con los ascetas cristianos. La fecha de composición de la obra aludida —*De vita contemplativa*— no puede ser muy posterior al año 40, a pesar de la expresión que sigue: «pasado mucho tiempo», ya que por entonces, cuando su viaje de embajador, Filón era ya viejo; cf. *Leg. Ad Gai.* I.

3. En primer lugar, en el libro que tituló *De la vida contempla o Suplicantes*, Filón deja bien asentado que no añadirá a lo que va a contar nada contrario a la verdad ni de su propia cosecha.¹⁰⁵ Dice que a ellos se les llamaba *terapeutas* y a las mujeres que estaban con ellos *therapeutisas*¹⁰⁶ y añade las razones de tales apelativos: o bien, porque a guisa de médicos libraban de los sufrimientos causados por la maldad a las almas de los que se les acercaban, curándolos y cuidándolos, o bien a causa de la limpieza y pureza de su servicio y culto a la divinidad.

4. Por lo tanto, no es necesario extenderse discutiendo si Filón les impuso este nombre por sí mismo, escribiendo el nombre que correspondía a la índole de esos hombres, o si en realidad ya llamaron así a los primeros cuando comenzaron, puesto que el nombre de cristianos todavía no era bien conocido en todo lugar.

5. Sin embargo, en primer lugar atestigua su apartamiento de las riquezas,¹⁰⁷ afirmando que, cuando comienzan a vivir esa filosofía, ceden sus bienes a los parientes y luego, libres ya de toda preocupación por la vida, salen fuera de las murallas para hacer su vida en campos aislados y en huertos, sabedores de que el trato con gentes de diferente sentir resulta sin provecho y nocivo.¹⁰⁸ En aquel entonces, según parece, los que ponían esto en ejecución se ejercitaban en emular con su fe entusiasta y ardiente la vida de los profetas.

6. Efectivamente, también en los *Hechos de los Apóstoles*, que están reconocidos como auténticos, se refiere que todos los discípulos de los apóstoles vendían sus posesiones y riquezas y las repartían a todos conforme a la necesidad de cada uno, de suerte que entre ellos no había indigentes.¹⁰⁹ Por lo tanto, según dice el libro,¹¹⁰ *todos los que poseían campos o casas los vendían y, llevando el producto de la venta, lo depositaban a los pies de los apóstoles, de modo que pudiera repartirse a cada uno según sus necesidades.*

7. Filón, después de atestiguar prácticas semejantes a estas, continúa diciendo textualmente:

«Este género de hombres se halla en muchos lugares del mundo, pues era menester que tanto Grecia como las tierras bárbaras participaran del bien perfecto. Pero donde abundan es

105 Filón de Alejandría, *De vita cont.* 1.

106 Ibid., 2.

107 Filón de Alejandría, *De vita cont.* 13-16.

108 Ibid., 18-20.

109 Hch 2,45.

110 Hch 4, 34-35.

en Egipto, en cada uno de los llamados *nomos*¹¹¹ y sobre todo en torno a Alejandría.

8. »Los mejores de cada región son enviados en plan de colonia, como a la patria de los terapeutas, a un lugar adecuadísimo, que se encuentra a orillas del lago Mareya, sobre una colina baja, en las mejores condiciones por causa de su seguridad y el buen temple del aire».¹¹²

Describe a continuación cómo eran sus moradas y acerca de las iglesias de la región dice lo que sigue:

9. «En cada casa hay una sala sagrada, que se llama oratorio privado y monasterio,¹¹³ en la cual se aíslan y realizan los misterios de la vida sagrada. No introducen en ella ni bebida. ni alimentos ni nada de cuanto es necesario para el cuerpo, sino leyes, oráculos anunciados por medio de los profetas, himnos y todo aquello con que el conocimiento y la religión se acrecientan y se perfeccionan».¹¹⁴

Y después de otras cosas, dice:

10. «El tiempo que va del alba al ocaso lo emplean íntegro en este ejercicio: leen las Escrituras Sagradas, filosofan y exponen la filosofía patria empleando la alegoría, ya que piensan que la expresión hablada es símbolo de la naturaleza oculta, que se manifiesta en alegorías.

11. »Poseen también escritos de antiguos varones que fueron los fundadores de su secta y dejaron numerosos monumentos de su doctrina en forma de alegorías. Los toman por modelos e imitan su manera de pensar y obrar».¹¹⁵

12. Tal parece ser, pues, lo que dijo el hombre que los escuchó interpretar las Sagradas Escrituras. Y quizás los escritos de los antiguos, que él dice que tienen, sean posiblemente los Evangelios, los escritos de los apóstoles y algunas explicaciones que interpretan, como es natural, a los antiguos profetas, como son las que contienen la *Carta a los Hebreos*¹¹⁶ y otras cartas de Pablo.

13. Después Filón continúa escribiendo lo que sigue sobre cómo componen para si nuevos salmos:

«De suerte que no solamente se dedican a la contemplación, sino que también componen cantos e himnos a Dios, en toda clase de metros y melodías, aunque marcándoles forzosamente con números bastante graves».¹¹⁷

14. Muchas otras cosas sobre el tema va explicando en el mismo libro, pero ha parecido necesario enumerar aquellas por las cuales se exponen las características de la vida de la Iglesia.

111 Recibían este nombre los distritos en que se dividía Egipto, con excepción de la Tolemaida y Alejandría.

112 Filón de Alejandría, *De vita cont.* 21-22.

113 Filón no habla de «iglesias», como dice Eusebio, sino de una habitación sagrada con doble nombre: oratorio privado o lugar para una sola persona.

114 Filón de Alejandría, *De vita cont.* 25.

115 *Ibid.*, 28-29.

116 Cf. *infra* III 38,2-3.

117 Filón de Alejandría, *De vita cont.* 29.

15. Pero si a alguien le pareciere que cuanto hemos dicho no es propio de la forma de vida según el Evangelio, sino que parece aplicarse también a otros, además de a los indicados, que se convenza por las palabras de Filón que siguen a continuación, en las cuales, si su intención es buena, encontrará un testimonio incontrovertible sobre este punto, pues escribe así:

16. «Comienzan por establecer como fundamento del alma la continencia y encima edifican las demás virtudes. Ninguno de ellos tomaría alimento o bebida antes de la puesta del sol, pues juzgan que el filosofar conviene a la luz, mientras que las necesidades corporales van bien con las tinieblas; por eso dejan el día para aquel menester y un breve espacio de la noche para estas.¹¹⁸

17. »Algunos incluso descuidan el alimento durante tres días: en ellos está más enraizado el amor de la ciencia. Otros de tal manera se gozan y deleitan en el banquete de la sabiduría, que tan rica y abundantemente les abastece de doctrina, que pueden resistir doble tiempo y probar apenas el alimento necesario al cabo de seis días, por la costumbre».¹¹⁹

Estas palabras de Filón creemos que se refieren clara e indiscutiblemente a los nuestros.

18. Pero si, después de lo dicho, alguien se empeñara todavía en contradecirlo, apártese también a este de su incredulidad y convéznase con pruebas más claras, que no se pueden hallar en cualquier parte, sino solamente en la religión cristiana según el Evangelio.

19. Dice, efectivamente, que con los hombres de que habla conviven también mujeres, la mayoría de las cuales llegan vírgenes a la vejez después de guardar la castidad, no por necesidad, como algunas sacerdotisas de entre los griegos,¹²⁰ sino más bien por convicción voluntaria, a causa de su celo y sed de sabiduría, con la cual se afanan por vivir, sin importarles nada los placeres corporales y deseosas de tener, no hijos mortales, sino inmortales, los que solo el alma amante de Dios puede engendrar de sí misma.¹²¹

20. Un poco más abajo expone aún más claramente lo que sigue:

«Pero las interpretaciones de las Sagradas Escrituras las hacen por medio de sentidos simbólicos, en alegorías, ya que toda la legislación les parece a estos hombres semejante a un ser vivo: por cuerpo tiene las expresiones convenidas; por alma, el sentido invisible encerrado en las palabras, sentido que esta secta¹²² comenzó sobre todo a contemplar viendo reflejada, como a través del espejo de los hombres, la belleza extraordinaria de los conceptos».¹²³

118 Eurípides, fragm. 183.

119 Filón de Alejandría, *De vita cont.* 34-35.

120 Tales eran, por ejemplo, las vestales, obligadas a guardar virginidad durante treinta años.

121 Cf. Filón de Alejandría, *De vita cont.* 18.

122 Secta o comunidad.

123 Filón de Alejandría, *De vita cont.* 78.

21. ¿Para qué añadir a todo esto sus reuniones en un mismo lugar, el género de vida que llevan separadamente en el mismo lugar los hombres y las mujeres y los ejercicios que por costumbre todavía practicamos hoy nosotros, sobre todo los que acostumbramos a realizar en la fiesta de la Pasión del Salvador: abstinencias, vigili­as nocturnas y aplicación a las palabras divinas?¹²⁴

22. Todo esto precisamente nos lo ha transmitido muy exactamente el mencionado autor en su propia obra, con el mismo carácter con que se viene observando hasta hoy entre nosotros solos. Describe las vigili­as completas de la gran fiesta,¹²⁵ los ejercicios que en ella tienen lugar y los himnos que acostumbramos a decir y cómo, mientras uno va salmodiando con ritmo y ordenadamente, los demás escuchan en silencio y repiten con él solamente el estribillo de los himnos¹²⁶ y cómo también en los días señalados se acuestan sobre lechos de paja y no prueban el vino en absoluto —como escribe textualmente—, ni carne siquiera. antes bien tienen por única bebida el agua y por condimento del pan sal e hisopo.¹²⁷

23. Además de lo dicho, describe el orden de precedencia de aquellos a quienes están confiados los oficios eclesiásticos públicos, el servicio y las presidencias del episcopado, que están por encima de todas. Quien desee un conocimiento exacto de todo esto puede conseguirlo en la mencionada obra de dicho autor.¹²⁸

24. Y que Filón escribió esto después de aceptar a los primeros heraldos de la doctrina evangélica y de las costumbres que desde el principio transmitieron los apóstoles, es cosa evidente para todos.¹²⁹

18

OBRAS DE FILÓN QUE HAN LLECADO HASTA NOSOTROS

1. Rico en lenguaje, de amplios pensamientos, sublime y elevado en la contemplación de las

124 Cf. *Ibid.*, 32. Eusebio alude a la fiesta de pascua de resurrección; cf. VC 3,18; *infra* V 23,1.

125 Cf. . Filón de Alejandría, *De vita cont.* 83. A pesar de que Eusebio sigue pensando en la pascua de resurrección, Filón habla de Pentecostés.

126 Cf. *Ibid.*, 80-81.

127 Cf. *Ibid.*, 69.

128 Cf. *Ibid.*, 66-72. Filón menciona: un presidente, presbíteros (no precisamente por la edad), jóvenes servidores y los vigilantes diurnos. Naturalmente, ninguno corresponde a los cargos eclesiásticos, a pesar del vocabulario.

129 El tratado resumido aquí fue y sigue siendo un enigma no resuelto, a pesar de los últimos descubrimientos. No lo es menos la identificación que Eusebio hace de la vida descrita en él, con el género de vida de los primeros cristianos transmitido directamente por los apóstoles. El ideal moral y teológico del tratado era seductor. Sin duda Eusebio, en su afán apologético, creyó haber hallado en él un testimonio único y como tal lo utiliza y hace de Filón «uno de los nuestros». San Jerónimo (*De vir. Ill. II*) le seguirá, incluyéndolo entre los escritores cristianos. Cf. el resumen de Schuerer, 3 p. 535-538 que, sin embargo, considera el tratado inauténtico.

divinas Escrituras. Filón hizo de las palabras sagradas una exposición variada y multiforme.¹³⁰ Primeramente, en orden concatenado y seguido, expuso detalladamente las dificultades del contenido del Génesis en los libros que tituló *Alegorías de las leyes sagradas*¹³¹ y luego, parcialmente, distinguiendo, suprimiendo y haciendo concordar capítulos de las Escrituras puestos en tela de juicio, en los mismos a que aplicó el título de *Problemas y soluciones sobre el Génesis y Sobre el Éxodo*, respectivamente.

2. Tiene, además de estos, algunos estudios de ciertos problemas particularmente trabajados, como son: dos libros *Sobre la agricultura*,¹³² y otros dos *Sobre la embriaguez*¹³³ y algunos otros que llevan títulos diversos y apropiados, tales como *Sobre las cosas que el sobrio entendimiento desea y abomina*,¹³⁴ *Sobre la confusión de las lenguas*, *Sobre la fuga y la invención*, *Sobre la agrupación para la instrucción*, *Sobre quién es el heredero de las cosas divinas* o *Sobre la división en partes iguales y desiguales* y también *Sobre las tres virtudes que Moisés describió junto con otras*.

3. Está además la obra *Sobre los cambios de nombres y el porqué de esos cambios*, en la cual dice que tenía compuestos también los libros I y II *Sobre los testamentos*.¹³⁵

4. Es también suya la obra *Sobre la emigración y vida del sabio perfecto según la justicia*¹³⁶ o *Sobre las leyes no escritas*; y también *Sobre los gigantes* o *De cómo la divinidad no cambia*, así como los libros I-V de la obra *De cómo, según Moisés, es Dios quien envía los sueños*.¹³⁷ Estas son las obras que han llegado hasta nosotros de las que tratan sobre el Génesis.

5. En cuanto al Éxodo, conocemos de él lo siguiente: los libros I-V de *Problemas y soluciones*, las obras *Sobre el tabernáculo*, *Sobre el decálogo* y los libros I-IV *Sobre las leyes que en especial se refieren a los capítulos principales del decálogo*; *Sobre los animales para los sacrificios y especies de sacrificios* y *Sobre los premios para los buenos y castigos y maldiciones para los*

130 La lista que a continuación va a dar Eusebio no está completa: cita obras que se han perdido, pero omite otras que se han conservado. Posiblemente se atenga a las obras que se hallaban en la biblioteca de Cesarea. San Jerónimo (*De vir. Ill. II*) se limita a repetir casi lo mismo

131 Es quizá la obra más importante de Filón. En los tres libros conservados se comentan, respectivamente, Gn 2,1-17; 2,18-3,1; 3,8-19.

132 El segundo libro lleva también el título *De plantatione Noe*.

133 El segundo libro se ha perdido totalmente.

134 Más conocido con el título *De sobrietate*; solo se ha conservado en fragmentos.

135 Cf. Filón de Alejandría, *De mutat. Nom.* 53. Ello indica que Eusebio ya no conoció directamente esta obra. Los dos libros se han perdido.

136 Eusebio da el título como si se tratara de una sola obra; en realidad son dos: *Sobre la emigración y Sobre la vida del sabio perfecto según la justicia*.

137 Solo se conserva en parte.

malos, que están en la ley.

6. Además de todas estas, se dan como suyas, obras de un solo libro, como son: *Sobre la Providencia*,¹³⁸ el tratado que compuso *Sobre los judíos*,¹³⁹ *El Político* y aun el *Alejandro o de cómo los animales irracionales tienen razón* y además *De cómo todo hombre malo es esclavo*,¹⁴⁰ al que sigue otra obra: *De cómo todo hombre bueno es libre*.¹⁴¹

7. Después de estas, tiene compuesta la obra *De la vida contemplativa* o *Suplicantes*, de la que hemos citado los pasajes acerca de la vida de los varones apostólicos¹⁴² y las *Interpretaciones de los nombres hebreos que hay en la ley* en los *Profetas* se dice que son también obra suya.

8. Llegó Filón a Roma en tiempos de Cayo y se dice que sus escritos sobre la teofobia de Cayo, que él tituló, con su punta de ironía, *Sobre las virtudes*,¹⁴³ los expuso delante del senado romano en pleno, en tiempos de Claudio, de suerte que sus obras fueron muy admiradas y se las consideró dignas de ser colocadas en las bibliotecas.

9. Por este tiempo, Pablo realizaba su periplo desde Jerusalén hasta el Ilírico,¹⁴⁴ Claudio expulsaba de Roma a los judíos¹⁴⁵ y Aquila y Priscila, arrojados de Roma con los demás judíos, desembarcaban en Asia y convivían allí con el apóstol Pablo, que consolidaba los fundamentos recién puestos por él de aquellas iglesias. Quien nos enseña todo esto es también la sagrada escritura de los *Hechos*.¹⁴⁶

19

CALAMIDADES QUE SE ABATIERON SOBRE LOS JUDÍOS DE JERUSALÉN EL DÍA DE LA PASCUA

1. Todavía regía Claudio el imperio cuando ocurrió que, en la fiesta de la Pascua, se produjo en Jerusalén un levantamiento y una confusión tales que solamente de los judíos, que se

138 Solo se conserva completa en traducción armenia; fragmentos griegos, solamente los transmitidos por Eusebio: *PE* 7,21,1-4; 8,14,1-72.

139 Es el mismo que la *Apología de los judíos* citada por Eusebio en *PE* 8,11,1-18.

140 Se ha perdido.

141 Esta obra desarrolla el principio estoico de la libertad del sabio, tal como la viven los escenios.

142 Cf. *supra* 17,7ss.

143 Cf. *supra* 6,3; 17,3.

144 Cf. *Rm* 15,19.

145 De esta expulsión da cuenta Suetonio (*Claud.* 25,4). Casi con toda seguridad, Dion Casio (*Hist.* 60,6) se refiere al mismo acontecimiento, aunque parezca situarlo al comienzo del reinado de Claudio y no en 49-50.

146 Cf. *Hch* 18,2,18-19,23.

apretujaban con toda su fuerza en las salidas del templo, perecieron treinta mil, aplastados unos por otros, convirtiéndose la fiesta en duelo para toda la nación y en llanto para cada familia. También esto lo refiere expresamente Josefo.¹⁴⁷

2. Claudio estableció como rey de los judíos a Agripa, hijo de Agripa y envió a Félix como procurador de toda la región de Samaria, de Galilea y, además, de la llamada Perea.¹⁴⁸ Después de haber ejercido el mando durante trece años y ocho meses, murió, dejando a Nerón como sucesor en el imperio.¹⁴⁹

20

LO OCURRIDO EN JERUSALÉN EN TIEMPOS DE NERÓN

1. En tiempos de Nerón y siendo Félix procurador de Judea, los sacerdotes se levantaron unos contra otros; lo describe Josefo textualmente en el libro XX de sus *Antigüedades*, como sigue:

2. «Los sumos sacerdotes levantaron contienda contra los sacerdotes y primeros personajes del pueblo de Jerusalén y cada uno de ellos creó para sí una tropa de hombres de los más atrevidos y revolucionarios y se hizo su jefe. Cuando se enfrentaban, se insultaban unos a otros y se arrojaban piedras. No había nadie que lo reprimiera, al contrario, como en ciudad desgobernada, esto se hacía con libertad.

3. »Tal desvergüenza y audacia se apoderó de los sumos sacerdotes, que se atrevieron a enviar esclavos a las eras con el fin de tomar para si los diezmos debidos a los sacerdotes y se dio el caso de ver a los sacerdotes pobres morir de indigencia. Así es como la fuerza de los facciosos prevalecía sobre toda justicia».¹⁵⁰

4. Refiere también el mismo escritor¹⁵¹ que por aquel tiempo surgió en Jerusalén cierta especie de ladrones que, según dice él, en pleno día y en medio de la ciudad asesinaban a quien se topase con ellos.

147 Cf. Josefo, *BI* 2 (12,1); cf. *AJ* 20(5,3) 105-112. El hecho ocurrió siendo procurador Ventidio Cumano (48-52) y provocó toda una serie de violencias.

148 Claudio quiso que, al morir Herodes Agripa I (año 44), le sucediera el único hijo varón de este, Marco Julio Agripa, pero se lo impidieron sus conejeros y así toda palestina pasó a ser gobernada por procuradores romanos. Al fin, el año 50, pudo Agripa recibir de Claudio el pequeño reino de su tío Herodes de Calcis, fallecido el 48, reino que el año 53 aumentó con la anexión de las tetarquías de Felipe y Lisania, con el dominio de Varo y, más tarde, bajo Nerón, con buena parte de Galilea y Perea. Esto es sin duda lo que hace a Eusebio llamarle «rey de los judíos», título que nunca tuvo; de hecho vemos a Félix nombrado casi a la vez procurador de buena parte de Palestina.

149 Cf. Josefo, *BI* 2(12,8)247-248. Claudio murió el 13 de octubre del 54 y el mismo día le sucedió L. Domicio, con el nombre de Nerón Claudio César.

150 Josefo, *AJ* 20 (8,8)180-181.

151 Cf. Josefo *BI* 2 (13,3) 2454-256.

5. Sobre todo en los días de fiesta, se mezclaban con la muchedumbre llevando dagas¹⁵² escondidas bajo los vestidos y con ellas acuchillaban a sus contrarios. Cuando estos caían, los mismos asesinos se unían a los que manifestaban su indignación, por lo cual, con semejante apariencia de honradez, no habla quien diera con ellos.

6. Al primero, pues, que degollaron fue al sumo sacerdote Jonatán¹⁵³ y después de él, cada día fueron matando a muchos. El miedo era más terrible que las calamidades, pues todo el mundo esperaba la muerte en cada momento, igual que en una guerra.

21

EGIPCIO AL QUE TAMBIÉN LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES MENCIONAN

1. Seguido de lo anterior añade tras otros detalles:

«Con una plaga peor que esto perjudicó a los judíos el seudo profeta Egipcio. En efecto, llegó este al país como hechicero y con aires de profeta. Logró reunir unos treinta mil ilusos y los condujo desde el desierto hasta el monte llamado de los Olivos, desde donde le sería posible entrar por la fuerza en Jerusalén y someter la guarnición romana y al pueblo, utilizando despoéticamente las fuerzas que le habían acompañado.

2. »Pero Félix se anticipó a su ataque saliéndole al paso con los soldados romanos y todo el pueblo contribuyó a la defensa, de manera que, entablado el combate, el Egipcio se dio a la fuga con algunos pocos, mientras la mayor parte de los que con él estaban perecieron o fueron hechos prisioneros.¹⁵⁴

3. Esto lo escribe Josefo en el libro II de sus *Historias*. Con todo, bueno será relacionar lo que en ellos se menciona sobre el Egipcio, con lo que se dice en los *Hechos de los Apóstoles*,¹⁵⁵ en el pasaje donde el tribuno militar de Jerusalén le decía a Pablo en tiempos de Félix, cuando el populacho judío se había vuelto contra él: *¿Entonces no eres tú el Egipcio que hace algunos días levantó una sedición y llevó al desierto los cuatro mil sicarios?*

Esto sucedió en tiempos de Félix.

152 Estas dagas eran las *sicae* que daban el nombre a sus portadores, *sicarii* («y de allí se llamaron sicarios, los que con dagas y traición mataban a los hombres», explica Covarrubias). Sinónimo de asesinos y bandidos ya en latín clásico, *sicarii* es también el nombre que ch 21,38 (cf. *infra* 21,3) reciben los secuaces de un partido político.

153 Era hijo de Anás, pero solo había ejercido el sumo sacerdocio del año 36 al 37.

154 Josefo, *BI* 2 (13,5) 261-263; cf. *AI* 20 (8,6) 167ss.

155 Hch 21,38.

22

**PABLO, ENVIADO PRESO DESDE JUDEA A ROMA, PRONUNCIÓ SU DEFENSA
Y FUE ABSUELTO DE TODA ACUSACIÓN**

1. Como sucesor de este, Nerón envió a Festo.¹⁵⁶ Fue en su tiempo cuando Pablo sostuvo sus derechos y fue enviado preso a Roma.¹⁵⁷ Con él estaba Aristarco, al que en algún lugar de sus cartas llama con toda naturalidad compañero de cautividad.¹⁵⁸ Y Lucas, el que puso por escrito los *Hechos de los Apóstoles*, termina su narración con estos acontecimientos, indicando que Pablo pasó en Roma dos años enteros en libertad provisional y que predicó la palabra de Dios sin ningún obstáculo.¹⁵⁹

2. Es, pues, tradición¹⁶⁰ que el Apóstol, después de haber entonces pronunciado su defensa, partió de nuevo para ejercer el ministerio de la predicación y que, habiendo vuelto por segunda vez a la misma ciudad, consumó su vida con el martirio, en tiempos del mismo emperador. Estando preso, compuso la segunda carta a Timoteo y alude a la vez a su primera defensa y a su fin inminente.

3. Pero escucha más bien su propio testimonio: *En mi primera defensa —dice— ninguno me ayudó, antes bien, todos me abandonaron (¡no se les tenga en cuenta!). Pero el Señor me ayudó y me infundió fuerzas para que por mí fuese cumplida la predicación y todas las naciones la oyesen y fui librado de las fauces del león.*¹⁶¹

4. Por estas palabras claramente deja asentado que, en la primera ocasión, para que se cumpliera su predicación, fue librado de las fauces del león, refiriéndose con esta expresión, según parece, a Nerón, por causa de su crueldad. En cambio, en lo que sigue no ha añadido algo así como: *me libraré de las fauces del león*, porque en su espíritu estaba ya viendo que su muerte iba a ser inminente.

5. Por lo cual, a las palabras: *y fui librado de las fauces del león*, añade: *El Señor me libraré*

156 Nerón destituyó a Félix en el año 60 y en seguida envió como sucesor a Porcio Festo, que solo duró unos dos años en el cargo. Murió a finales del 61 o comienzos del 62.

157 Hch 25,8-12; 27,1-2.

158 Col 4,10.

159 Hch 28,30-31.

160 Tradición documental, según la expresión utilizada. Sin duda se trata de las *Cartas pastorales* de San Pablo. Eusebio insiste en que hubo un segundo viaje de San Pablo a Roma, hecho que a comienzos del siglo IV alguno debían de negar.

161 2 Tm 4,16-17.

de toda obra mala y me preservará para su reino celestial,¹⁶² indicando con ello su martirio inminente. Esto lo expresa todavía más claro un poco antes, en la misma carta, cuando dice: *porque yo estoy ya para ser ofrecido en libación y el tiempo de mi partida está encima*.¹⁶³

6. Ahora bien, en la segunda carta de las que envió a Timoteo afirma que, en el momento de escribirla, solamente le acompaña Lucas,¹⁶⁴ mientras que, cuando hizo su primera defensa, ni siquiera este.¹⁶⁵ De donde se deduce que Lucas probablemente concluyó los *Hechos de los Apóstoles* por aquel entonces, habiendo narrado lo que sucedió mientras estuvo con Pablo.

7. Decimos esto para mostrar que el martirio de Pablo no tuvo lugar durante su primera estancia en Roma, descrita por Lucas.

8. Es probable que Nerón, al menos al comienzo,¹⁶⁶ estuviera más propicio y que aceptara más fácilmente la defensa de Pablo en favor de su doctrina, pero después que avanzó en sus audacias criminales, acometió a los apóstoles lo mismo que a los demás.

23

SANTIAGO, EL LLAMADO HERMANO DEL SEÑOR, SUFRIÓ EL MARTIRIO

1. Al apelar Pablo al César y ser enviado por Festo a la ciudad de Roma,¹⁶⁷ los judíos, frustrada la esperanza que les indujo a tenderle asechanzas,¹⁶⁸ se volvieron contra Santiago, el hermano del Señor, al que los apóstoles habían confiado el trono episcopal de Jerusalén.¹⁶⁹ Lo que sigue es lo que osaron hacer también contra él.

2. Lo condujeron al medio y delante de todo el pueblo le pedían que renegase de la fe de Cristo. Pero cuando él, contra el parecer de todos, con voz libre y hablando más abiertamente de lo que esperaban, delante de toda la muchedumbre se puso a confesar que nuestro Salvador y Señor Jesús era hijo de Dios, ya no fueron capaces de soportar más el testimonio de este hombre, justamente

162 2 Tm 4,12. Eusebio presta aquí a San Pablo una referencia a Nerón en lo que, sin duda, el apóstol no pensaba cuando escribió estas palabras.

163 2 Tm 4,6.

164 2 Tm 4,11.

165 2 Tm 4,16.

166 Es decir, entre el 54 y el 59, conocido por «quinquennium Neronis», debido a la calma y bienestar que en él se disfrutó. Nerón escuchaba todavía los consejos de Burro y se séneca más que los de su madre Agripina.

167 Hch 25,11-12; 27,1.

168 Hch 23,13-15; 25,3.

169 Cf. *supra* I,2; *infra* n. 4.

porque se le consideraba el más justo entre todos por la cima de sabiduría y piedad a que había llegado en su vida y lo mataron, aprovechando oportunamente la falta de gobierno, pues habiendo muerto en Judea por aquel entonces Festo, la administración del país quedó sin jefe y sin control.¹⁷⁰

3. El modo como tuvo lugar la muerte de Santiago ya lo han dejado claro las palabras citadas de Clemente,¹⁷¹ que cuenta cómo lo arrojaron desde el pináculo del templo y lo apalearon hasta matarlo. Pero quien narra con mayor exactitud todo lo que a él se refiere es Hegesipo,¹⁷² que pertenece a la primera generación sucesora de los apóstoles y que, en el libro V de sus *Memorias*, dice así:

4. «Sucesor¹⁷³ en la dirección de la Iglesia es, junto con los apóstoles, Santiago, el hermano del Señor. Todos le dan el sobrenombre de 'Justo', desde los tiempos del Señor hasta los nuestros, pues eran muchos los que se llamaban Santiago.

5. «Pero solo este fue santo desde el vientre de su madre. No bebió vino ni bebida fermentada, ni comió carne;¹⁷⁴ sobre su cabeza no pasó tijera ni navaja y tampoco se ungió con aceite ni usó del baño.

6. «Sólo a él le estaba permitido entrar en el santuario, pues no vestía de lana, sino de lino. Y solo él penetraba en el templo y allí se le encontraba arrodillado y pidiendo perdón por su pueblo,¹⁷⁵ tanto que sus rodillas se encallecieron como las de un camello, por estar siempre de rodillas adorando a Dios y pidiendo perdón para el pueblo.

7. «Por su eminente rectitud se le llamaba 'el Justo' y 'Oblías', que en griego quiere decir protección del pueblo y justicia, como declaran los profetas acerca de él.

8. «Así, pues, algunos de las siete sectas que hay en el pueblo y que yo describí anteriormente (en las *Memorias*)¹⁷⁶ trataban de informarse de él sobre quién era la puerta de Jesús¹⁷⁷ y él respondía que este era el Salvador.

170 Estos meses de anarquía entre la muerte de P. Festo y la llegada del sucesor, Luceyo Albino —el verano u otoño del 62, lo más tarde— los aprovechó el sumo sacerdote Ananos —hijo del Ananos o Anás de la pasión de Cristo— para juzgar y lapidar a sus enemigos. Una de las víctimas, según los manuscritos de Josefo (quizá por una interpolación temprana de mano cristiana) fue «Santiago, el hermano de Jesús llamado Cristo» (AI 20 [9,1] 197-204; BI 2 [22,1]647-651). De aquí se desprende que la muerte de Santiago debió ocurrir el año 62

171 Clemente de Alejandría, *Hypotypos* 7.

172 ES la primera vez que Eusebio menciona a Hegesipo. Procedía de Palestina, aunque de familia de habla griega. Nacido antes del año 110 (cf. *infra* IV,8,2), es muy fácil que conociese todavía a algunos miembros de la comunidad primitiva, muy ancianos ya, naturalmente, pero él mismo no pudo ser de ninguna manera «de la primera generación» post apostólica. Pudo hacerse con rico arsenal de tradiciones orales, lo que no impidió que para su obra, redactada hacia el año 180 (cf. *infra* IV 22,3), echara mano también de fuentes escritas, judeo-cristianas en su mayor parte. La torpeza que muestra en el manejo de sus fuentes debe atribuirse a su no excesiva instrucción literaria. Eusebio, de hecho, no se prodigó en elogiarla (cf. *infra* IV, 8,2).

173 Si las palabras aducidas por Epifanio (*Haer.* 78,7) en su paráfrasis de este pasaje de Hegesipo fueron omitidos por Eusebio, entonces en el texto de Hegesipo, Santiago aparecía como sucesor de Cristo, que «le había confiado su trono en la tierra, a él el primero», es decir, le habría así consagrado como primer obispo: cf. *infra* VII,19, si se puede hablar, de entonces, así. Si no, es difícil saber de quién es sucesor Santiago.

174 Cf. Lv 10,9; Nm 6,3; Lc 1,15.

175 El pasaje es oscuro por demás. Para Schwartz abundan los dobles. Pero también es posible que solo se trate de torpeza literaria por parte de Hegesipo y de alguna que otra omisión de frases del texto original por parte de Eusebio. Si completamos las noticias de este con las de Epifanio (*Haer.* 29; 78,13-14), sacaremos la conclusión de que Santiago, aunque nunca fue sumo sacerdote, probablemente fue el único de la generación apostólica que ejerció algún cargo sacerdotal.

176 Cf. *infra* IV, 22,7.

177 Cf. Jn 10,2-9. Clemente de Alejandría, *Protrept.* I 10,2.

9. «Algunos creyeron que Jesús era el Cristo. Pero las sectas mencionadas anteriormente no creyeron ni en la resurrección ni en que vendrá a dar a cada uno según sus obras.¹⁷⁸ Pero cuantos creyeron, creyeron por Santiago.

10. «Siendo, pues, muchos los que creyeron, incluso de entre los jefes,¹⁷⁹ los judíos, escribas y fariseos se alborotaron diciendo: todo el pueblo corre el peligro de esperar al Cristo en Jesús.¹⁸⁰ Se reunieron, pues, delante de Santiago y dijeron: Te lo pedimos: retén al pueblo, que está en un error respecto de Jesús, como si él fuera el Cristo, Te pedimos que persuadas acerca de Jesús a todos los que vengan para el día de la Pascua, porque a ti todos te obedecemos. Nosotros, efectivamente y todo el pueblo, damos testimonio de ti, de que eres justo y no tienes acepción de personas.¹⁸¹

11. «Tú, pues, convence a toda la muchedumbre de que no se engañe respecto del Cristo. El pueblo entero y nosotros te obedecemos. Yérguete, pues, sobre el pináculo del templo para que desde lo alto seas bien visible y el pueblo todo oiga tus palabras, porque con motivo de la Pascua se reúnen todas las tribus, incluso con los gentiles.¹⁸²

12. «Y así los susodichos escribas y fariseos pusieron a Santiago de pie sobre el pináculo del templo y le dijeron a gritos: '¡Oh, tú, el Justo!, a quien todos debemos obedecer, puesto que el pueblo anda extraviado detrás de Jesús el crucificado, dinos quién es la puerta de Jesús'.¹⁸³

13. «Y él respondió con una gran voz: '¿Por qué me preguntáis sobre el Hijo del hombre? También él está sentado en el cielo a la diestra del gran poder y ha de venir sobre las nubes del cielo'.¹⁸⁴

14. «Y siendo muchos los que se convencieron del todo y ante el testimonio de Santiago, prorrumpieron en alabanzas diciendo: '¡Hosanna al Hijo de David!'¹⁸⁵ Entonces los mismos escribas y fariseos de nuevo se dijeron unos a otros: 'Hicimos mal en proporcionar un testimonio así a Jesús, pero subamos y arrojémosle abajo, para que cobren miedo y no le crean'.

15. «Y se pusieron a gritar diciendo: '¡Oh, oh, también el Justo se ha extraviado!' Y así cumplieron la Escritura que se halla en Isaías: *Quitamos de en medio al justo, que nos es incómodo. Entonces comerán el fruto de sus obras.*¹⁸⁶

16. «Subieron, pues y arrojaron abajo al Justo. Y se decían unos a otros: '¡Lapidemos a Santiago el Justo!' y comenzaron a apedrearlo, porque al caer arrojado no había muerto. Pero él, volviéndose, se arrodilló y dijo: 'Yo te lo pido, Señor, Dios Padre: perdónalos, porque no saben lo que hacen'.¹⁸⁷

17. «Y cuando estaban así lapidándole, un sacerdote, uno de los hijos de Recab, hijo de los

178 Cf. Rm 2,6; Sal 62,13; Pr 24,12; Mt 16,27; Ap 22,12.

179 Cf. Jn 12,42.

180 Cf. Jn 12,19.

181 Cf. Lc 20,21.

182 Traduzco «gentiles», pero no es posible determinar si verdaderamente se trata de ellos o de judíos de la diáspora; cf. Jn 12,20.

183 Cf. *supra* n° 8.

184 Cf. Mt 26,64; Mc 14,62; Hch 7,56.

185 Cf. Mt 21,9.

186 Is 3,10 (LXX var.).

187 Cf. Lc 23,34; Hch 7,59-60.

Recabín, de los que el profeta Jeremías había dado testimonio,¹⁸⁸ gritaba diciendo: '¡Parad!, ¿qué estáis haciendo? ¡El Justo ruega por vosotros!'

18. «Y uno de ellos, batanero, agarró el mazo con que batía los paños y dio con él en la cabeza del Justo, y así es cómo este sufrió martirio. Lo enterraron en el lugar aquel, junto al templo y todavía se conserva su estela al lado del templo. Santiago era ya un testigo veraz para judíos y para griegos de que Jesús es el Cristo. Y en seguida Vespasiano los sitió.»¹⁸⁹

19. Esto es lo que Hegesipo refiere prolijamente, concordando al menos con Clemente,¹⁹⁰ Era Santiago un hombre tan admirable y tanto se había extendido entre todos los demás la fama de su rectitud, que incluso los judíos sensatos pensaban que esta era la causa del asedio de Jerusalén, comenzado inmediatamente después de su martirio y que por ningún otro motivo les había sobrevenido más que por causa del crimen sacrílego cometido contra él.

20. En verdad, por lo menos Josefo no vaciló en atestiguar también esto por escrito con estas palabras:

«Esto sucedió a los judíos en venganza de Santiago el Justo, hermano de Jesús, el llamado Cristo, porque precisamente los judíos le habían dado muerte aunque era un hombre justísimo».¹⁹¹

21. El mismo autor describe también la muerte de Santiago en el libro XX de sus *Antigüedades* con estas palabras:

«Enterado el César de la muerte de Festo, envió a Albino como gobernador de Judea. Pero Ananos el Joven, del que ya dijimos que había recibido el sumo sacerdocio, tenía un carácter singularmente resuelto y atrevido y formaba parte de la secta de los saduceos, quienes en los juicios son precisamente los más crueles, entre los judíos, como ya hemos demostrado.»¹⁹²

22. «Ananos, pues, al ser así, considerando oportuna la ocasión, por haber muerto Festo y hallarse Albino todavía en camino, convoca la asamblea de jueces y, haciendo conducir ante ella al hermano de Jesús, el llamado Cristo —él se llamaba Santiago— y a algunos más para

188 Cf. Jr 35,2-19 (LXX 42,1-19). San Epifanio (*Haer.* 78,14) al citar este pasaje, pone las palabras de Recabín en boca de Simeón, primo de Santiago.

189 En realidad Vespasiano comenzó la guerra contra los judíos en el año 67, pero quien puso cerco a Jerusalén fue su hijo Tito, el año 70; cf. Schuerer, I p. 610-634. Tanto si el texto se refiere a lo primero (*infra* VIII 10,12 y X 8,8, ese verbo significa también atacar, agredir, hacer la guerra), como si se refiere a lo segundo (Tito sitiaba en nombre de Vespasiano), en ambos casos tenemos una fecha de la muerte de Santiago que contradice a la de Josefo (año 62), seguida por Eusebio (*supra* n° 2). Sin embargo, según el párrafo 19, Eusebio parece entender, efectivamente, «el asedio de Jerusalén» como castigo inmediato, por lo que la fecha del martirio se concreta en la pascua (cf. n° 11) de año 69 (cf. *infra* III 11,1).

190 Es decir, Clemente de Alejandría, que probablemente sigue a Hegesipo (cf. *supra* I,4,5).

191 La cita falta en los manuscritos de Flavio Josefo. Eusebio, que, contra su costumbre (cf. *infra* n° 21), no indica obra ni libro, podría haberla recogido de Orígenes, quien, lo mismo que Hegesipo, relaciona la muerte de Santiago también con el cerco de Jerusalén y dice tomarlo de las *Antigüedades* de Josefo; cf. Orígenes, *Comm. In Math.* 10,17 (sobre Mt 13,55); *C. Celsum* 1,47; 2,13. También es probable que ambos dependan de una fuente común, por ejemplo, de un florilegio, pues sería raro que Eusebio osara poner en estilo directo lo que en Orígenes aparece en estilo indirecto. De todos modos, Schuerer (I p.581) considera este pasaje como una interpolación cristiana conservada en el *textus receptus*. No obstante, no se puede rechazar de plano toda alusión a Santiago por parte de Josefo.

192 Josefo, *BI* 2 (8,14) 166.

acusarlos de violar la ley, los entregó para que fueran lapidados.

23. «Pero todos los ciudadanos con fama de ser los más sensatos y más exactos observantes de la ley tomaron muy a mal esta sentencia y enviaron una legación secreta al rey¹⁹³ para exhortarle a escribir a Ananos que no pusiera por obra tal cosa, porque ya desde el comienzo no había actuado con rectitud. Algunos de ellos incluso salieron al encuentro de Albino, que viajaba desde Alejandría, para informarle que, sin su parecer, no le estaba permitido a Ananos convocar la asamblea.

24. «Persuadido Albino por lo que le dijeron, escribió airado a Ananos, amenazándole con que se le pediría cuenta. Y el rey Agripa lo destituyó por este motivo del sumo sacerdocio, que ejercía desde hacía tres meses, e instituyó a Jesús, el hijo de Dameo.¹⁹⁴

Tal es la historia de Santiago, del que se dice que es la primera *carta* de las llamadas católicas.

25. Pero ha de saberse que no se considera auténtica. De los antiguos no son muchos los que hacen de ella mención, como tampoco de la llamada de Judas, que es también una de las siete llamadas católicas. Sin embargo, sabemos que también éstas, junto con las restantes, se utilizan públicamente en la mayoría de las iglesias.¹⁹⁵

24

ANIANO NOMBRADO PRIMER OBISPO DE LA IGLESIA DE ALEJANDRÍA DESPUÉS DE MARCOS

Corriendo el año octavo del imperio de Nerón, el primero que después de Marcos el Evangelista recibió en sucesión el gobierno de la iglesia de Alejandría fue Aniano.¹⁹⁶

25

LA PERSECUCIÓN EN TIEMPOS DE NERÓN, EN LA CUAL PABLO Y PEDRO EN ROMA SE ADORNARON CON EL MARTIRIO POR LA RELIGIÓN

1. Afirmado Nerón en el poder, vino a dar en prácticas impías y tomó las armas contra la religión misma del Dios del universo. Describir de qué maldad este hombre fue capaz, no es tarea

193 Al rey Agripa II (50-100).

194 Josefo, *AI* 20 (9,1) 197.199-203; según el texto Flaviano, pues, ocurría el año 62, como el mismo Eusebio indicaba ya *supra* párrafo 2, según vimos, en franca oposición a la tradición de Hegesipo, a la que sigue en el párrafo 19.

195 Cf. *infra* III 25,3.

196 No sabemos más de él. La fecha que da aquí Eusebio corresponde al año 61-62. Si Aniano sucede a Marcos por muerte de este, dicha fecha, anterior a la muerte de los apóstoles Pedro y Pablo, contradice a la que se desprende de *infra* V 8,3 (= S. Ireneo, *Adv. haer.* 5,30), posterior a «la partida de ambos» (cf. También Papías, *infra* III 39,15). La *Crónica* sitúa el comienzo de Aniano el año 62. Creo que debemos atenernos a esta fecha. Es de notar que el traductor de la *Crónica* dice: «ordinatus episcopulus» (Helm. P. 183) mientras que el pasaje de *HE* que nos ocupa, lo mismo que *infra* III 14; 21; IV 4; 5,5; 11,6; 19; V 22 (aunque no en V 9; VI 26 y 35), Eusebio parece querer evitar el uso de la terminología referente a «obispo», limitándose a consignar la sucesión.

de la presente obra,

2. ya que, siendo muchos los que han transmitido en exactísimos relatos sus fechorías, podrá quien tenga afición aprender de ellos la grosera demencia de este hombre extraño, que, llevado por ella y sin la menor reflexión, produjo la muerte de innumerables gentes y tanto extremó su afán homicida que no se retuvo ni siquiera ante los más allegados y queridos, sino que a su madre, lo mismo que a sus hermanos, a su esposa y con ellos a muchísimos otros familiares, los hizo perecer con variados géneros de muerte, como si fueran adversarios y enemigos.¹⁹⁷

3. Pero es de saber que a todo lo dicho faltaba añadir sobre él, que fue el primer emperador que se mostró enemigo de la piedad para con Dios.

4. De él hace mención también el latino Tertuliano cuando dice:

«Leed vuestras memorias. En ellas encontraréis que Nerón fue el primero en perseguir a esta doctrina, sobre todo cuando, después de someter todo el Oriente,¹⁹⁸ en Roma era cruel para con todos. Nosotros nos gloriamos de tener a un tal por autor de nuestro castigo, porque quien lo conozca podrá comprender que Nerón no podía condenar nada que no fuera un gran bien.»

5. Así, pues, este, proclamado primer enemigo de Dios entre los que más lo fueron,¹⁹⁹ llevó su exaltación hasta hacer degollar a los apóstoles. Efectivamente, se dice que, bajo su imperio, Pablo fue decapitado en la misma Roma y que Pedro fue crucificado. Y de esta referencia da fe el título de Pedro y Pablo que ha predominado para los cementerios de aquel lugar hasta el presente.

6. Y no menos lo confirma un varón eclesiástico llamado Cayo,²⁰⁰ que vivió cuando Zeferino era obispo de Roma. Disputando por escrito con Proclo, dirigente de la secta catafriga,²⁰¹ dice

197 Su madre, Agripina, fue víctima el año 59 (Tácito, *Annal.* 14,3-4); su mujer, Octavia, el año 62 (ibid., 14,51-56); el hermano de esta y medio hermano suyo, Británico, lo había sido el año 55 (ibid., 13,17,1); su maestro, Séneca, el año 65 (ibid., 15,48-63); cf. Eusebio, *Chronic. Ad annum* 58-67; Helm., p. 182-184.

198 Este «Oriente» de la traducción griega ha salido de la frase original «cum maxime Romae orientem», participio referido al cristianismo. El texto original queda, pues, mal parado, pero quizá no la verdad histórica, ya que, de hecho, la victoria sobre los partos, que permitió el sometimiento de Oriente, puede fecharse el año 64, en cuyo verano tuvo lugar el incendio de Roma, pretexto para la persecución neroniana.

199 Esta primera persecución contra los cristianos ocurría en el otoño del año 64; Nerón cargó sobre ellos la responsabilidad del incendio que entre el 19 y el 24 de julio anteriores, había reducido a cenizas diez de las catorce regiones urbanas de Roma, según Tácito, *Annal.* 15,44. Sobre el precedente jurídico de esta persecución, que condiciona a las que vendrán luego, la literatura es inmensa, dividida entre los que suponen un decreto o un rescripto imperial de Nerón y los que lo niegan, aportando diversas explicaciones del precedente indiscutible sentado por tal persecución.

200 Escritor de finales del siglo II y comienzos del III. Escribió un *Diálogo contra Proclo*, en el que, a las pretensiones de este, que se basaba en la autoridad de las hijas de Felipe el evangelista (¿diácono? Cf. *infra* III 31,4), opone la incomparable autoridad de los apóstoles Pedro y Pablo: «Yo en cambio...» (*infra* n° 6). Aparte del fragmento citado aquí en el párrafo 7, solo conservamos los citados *infra* III 28,1; 3,4; VI 20,3. Eusebio (*infra* VI 20,3) califica a Cayo de sapientísimo, mientras que aquí le llama varón eclesiástico, en el sentido de ortodoxo, por oposición a hereje.

201 Efectivamente, Proclo era un dirigente del montanismo. Antes de Eusebio no lo mencionan más que Hipólito, Tertuliano y, naturalmente, Cayo.

acerca de los mismos lugares en que están depositados los despojos sagrados de los apóstoles mencionados lo que sigue:

7. «Yo, en cambio, puedo mostrarte los trofeos de los apóstoles,²⁰² porque, si quieres ir al Vaticano o al camino de Ostia, encontrarás los trofeos de los que fundaron esta iglesia».

8. Que los dos sufrieron martirio en la misma ocasión lo afirma Dionisio, obispo de Corinto, en su correspondencia escrita con los romanos, en los términos siguientes:

«En esto también vosotros, por medio de semejante amonestación, habéis fundido las plantaciones de Pedro y de Pablo, la de los romanos y la de los corintios, porque después de plantar ambos en nuestra Corinto, ambos nos instruyeron y después de enseñar también en Italia en el mismo lugar, los dos sufrieron el martirio en la misma ocasión».²⁰³

Sirva también esto para mayor confirmación de los hechos narrados.

26

LOS INNUMERABLES MALES QUE ENVOLVIERON A LOS JUDÍOS Y DE LA ÚLTIMA GUERRA QUE ESTOS SUSCITARON CONTRA LOS ROMANOS

1. Al describir Josefo²⁰⁴ con todo pormenor las desdichas que se abatieron sobre la nación judía entera, además de muchas otras cosas, explica textualmente que muchísimos judíos de los más relevantes, después de ser ultrajados con la pena de los azotes, fueron crucificados por Floro en la misma Jerusalén y que este era procurador de Judea cuando de nuevo comenzó a encenderse la guerra, el año duodécimo del imperio de Nerón.²⁰⁵

2. Después dice que, tras la revuelta de los judíos, se adueñó de toda Siria una confusión espantosa; por todas partes maltrataban sin piedad a los de esta raza, como si fueran enemigos, los mismos habitantes de las ciudades, de suerte que se podían ver las ciudades repletas de cadáveres insepultos: cuerpos de ancianos arrojados junto a los niños y cadáveres de mujeres sin nada que cubriera sus desnudeces. Toda la provincia rebosaba de calamidades indescriptibles. Pero la

202 Esto es, los sepulcros con los despojos o reliquias de los apóstoles dentro.

203 Cf. *infra* IV 23,9ss, donde se citan otros pasajes de la carta de Dionisio de Corinto al papa Sotero (166-174). Este pasaje es precioso: confirma la visita de San Pedro a Corinto, insinuada por San Pablo (1 Co 1,12) y nos proporciona la noticia expresa más antigua de que Pedro y Pablo, los dos, sufrieron martirio en Italia —no dice en Roma— y «en la misma ocasión».

204 Cf. Josefo, *BI* 2 (14,9) 306-308.

205 Cf. Josefo, *BI* 2 (14,4) 284; *AI* 20 (11,1) 257. Según el cómputo de Josefo, esta fecha va de octubre del año 65 a octubre del 66. La guerra estalló precisamente a causa de las tropelías cometidas el 16 de mayo del 66 por el último y el peor de los procuradores romanos en Judea, Gesio Floro, nombrado el año 64. Además de la noticia de Tácito sobre este (*Hist.* 5,10), véase Schuerer, I p. 585 y 610ss.

violencia de lo que estaba amagando era mayor que los crímenes de cada día. Esto es lo que literalmente dice Josefo.²⁰⁶ Tal era la situación de los judíos.

0-0-0-0-0-0

Fuente:
Eusebio de Cesarea
Historia Eclesiástica – texto bilingüe
Versión española, Introducción y notas por Argimiro Velasco-Delgado, O.P
Editorial Biblioteca a Autores Cristianos, 1973
Páginas 13-117

Adaptación y presentación realizada por
Luis Mariano Salazar Mora

206 Josefo, *BI 2* (18,2)462.465.